

©2002 *Asociación Argentina de Psicología*

y Psicoterapia de Grupo

Redacción y administración:

Arévalo 1840 - Capital Federal

Telefax: 4774-6465 rotativas

ISSN 0328-2988

Registro de la Propiedad Intelectual N° 175835

Hecho el depósito que marca la Ley 11.723

Derechos reservados

Impreso en la Argentina - Printed in Argentina

Producción gráfica:

Ediciones PubliKar. Tel: 4743-4648

Diseño de tapa:

Curioni Producciones. Tel: 4822-6982

TOMO XXV Número 1 - 2002

Afiliada a la Federación Latinoamericana
de Psicoterapia Analítica de Grupo,
a la American Group Psychotherapy Association,
y a la International Association
of Group Psychotherapy

DIRECCIÓN DE PUBLICACIONES

Directora:

Lic. Mirta Segoviano

Secretaria:

Lic. Nora Rivello

Comité Científico:

Lic. Diana Dorin

Lic. Dora Nuesch

Lic. Nora Rivello

Lic. Mirta Segoviano

Correspondentes en el exterior:

Lic. Myriam Alarcón de Soler,
Bogotá, Colombia.

Prof. Massimo Ammaniti, Roma, Italia.

Prof. Dr. Raymond Battegay, Basilea, Suiza.

Dra. Emilce Dio Bleichmar, Madrid, España.

Dr. Joao Antonio d'Arriaga, Porto Alegre, Brasil.

Dr. Rafael Cruz Roche, Madrid, España.

Dr. Alberto Eigner, París, Francia.

Dr. Marco A. Fernández Velloso, San Pablo, Brasil.

Dr. Arnaldo Guiter, Madrid, España.

Dr. Max Hernández, Lima, Perú.

Lic. Gloria Holguín, Madrid, España.

Dra. Liliana Huberman, Roma, Italia.

Lic. Rosa Jaitin, Lyon, Francia.

Prof. Dr. René Kaës, Lyon, Francia.

Prof. Dr. Karl König, Gottingen, Alemania.

Dr. Mario Marrone, Londres, Inglaterra.

Prof. Menenghini, Florencia, Italia.

Prof. Claudio Neri, Roma, Italia.

Dra. Elvira Nicolini, Bologna, Italia.

Lic. Teresa Palm, Estocolmo, Suecia.

Dr. Saúl Peña, Lima, Perú.

Lic. Martha Satne, Pekin, China.

Dr. Alejandro Scherzer, Montevideo, Uruguay.

Dr. Alberto Serrano, Honolulu, Hawaii.

Dra. Estela Welldon, Londres, Inglaterra.

Comité Asesor:

Lic. Elina Aguiar

Dr. Isidoro Berenstein

Dr. Marcos Bernard

Lic. Susana Matus

Lic. Gloria Mendilaharzu

Dra. Janine Puget

Lic. Rosa María Rey

Dra. Graciela Ventrici

COMISIÓN DIRECTIVA

Presidente:

Lic. Susana Sternbach

Vicepresidente 1º:

Lic. Sara Moscona

Vicepresidente 2º:

Lic. Ombretta Velati

Secretaria:

Lic. Susana Vaitelis

Pro-Secretaria:

Lic. Mirta Ungierowicz

Secretaria de Prensa:

Lic. Marta Farhi

Tesorera:

Lic. Rosa Chagel

Pro-Tesorera:

Lic. María Cristina Saviotti

Vocal 1º:

Lic. Beatriz Bernath

Vocal 2º:

Dr. Manuel D'Onofrio

Producción Gráfica:
Ediciones PubliKar
4743-4648

SUMARIO

	11	• Editorial
<i>Carmen Saavedra de Maineri • Dino Bartolacci</i>	15	• Althusser y Dalí. Lo diverso y lo idéntico, entre el dominio y la seducción
<i>Gloria Abadi • María Cristina Beovide Adriana Quattrone</i>	39	• La invisibilidad de la violencia sexual en el vínculo de las madres con sus hijos/as
<i>Norberto Inda •</i>	67	• Los vínculos en Internet. Seducciones en-red-a-das
<i>Oscar Lobera •</i>	89	• Ser progenitor: el poder de un dios
<i>Janine Puget •</i>	103	• Las relaciones de poder, solidaridad y racismo
<i>Paulina Zukerman •</i>	127	• Asimetría y poder en los pactos y acuerdos familiares
<i>Centro Asistencial • Andrée Cuissard</i>	149	• Interrogaciones <i>Acerca de la tarea de supervisión</i>

- Ana M. Fernández • 171** • Algunas transformaciones en las significaciones sociales.
Mercedes López Un estudio en la Facultad de
Raquel Bozzolo Psicología de la Universidad
Enrique Ojáñez de Buenos Aires
Xabier Iraz

PASANDO REVISTA

- Marta Lyda L'Hoste • 211** • *Del fragmento a la situación. Notas sobre la subjetividad contemporánea.*
 Grupo Doce

- Toti García • 219** • *Ensayo y subjetividad. El ensayo como clínica de la subjetividad*
 Marcelo Percia (compilador)

- Comité Científico de la Dirección de Publicaciones • 223** • «Criterios de evaluación de trabajos psicoanalíticos», Jornadas Internacionales en A.P.A.

INFORMACIONES

NÚMEROS ANTERIORES

Editorial

Sea que consideremos la constitución y desarrollo del sujeto singular y sus vínculos desde la óptica de lo intra-subjetivo, o que nos centremos en la perspectiva de lo intersubjetivo y desde allí nos ocupemos de una u otra forma particular de las relaciones entre los humanos, no es posible dejar de lado el papel de la seducción, del dominio y del poder.

Desde la seducción narcisista recíproca jugada entre la madre y el bebé en los comienzos, hasta la seducción traumática que pretende eternizar aquel vínculo volviéndolo entonces incestuoso, cauce de violencias y violaciones.

Desde el dominio progresivo que un sujeto en desarrollo debe establecer respecto de sí mismo y de su entorno, hasta las formas de dominación obsesivas o perversas que pretenden hacer desaparecer la subjetividad del otro.

Desde el poder como capacidad creadora y transformadora, hasta el poderío que aspira a anular cualquier terceridad reguladora de lo humano.

Dondequiera analicemos al sujeto en su entorno, al sujeto en relación, al sujeto así constituido, encontramos la huella y el trámite, la presencia misma –en posición pasiva o activa, como víctimas o como victimarios, o convertidos de los unos en los otros–, de las carencias y los excesos de la seducción, del dominio, del poder. El conjunto de los trabajos que hemos reunido en este número da cuenta de muchas de esas variantes.

Las presentaciones de G. Abadi, C. Beovide, A. Quattrone; de O. Lobera y de P. Zukerman hacen especial hincapié en esos avatares dentro de la relación asimétrica padres e hijo. La de C. S. de Maineri, D. Bartolacci indica relaciones entre tales avatares y las relaciones de pareja establecidas en su adulterio por dos grandes de la cultura de occidente: Althusser y Dalí; las

de N. Inda y de J. Puget, muy ancladas, por otra parte, en las formas más actuales que presentan, consideran sobre todo esas variantes en vínculos de paridad.

Dirección de Publicaciones

**Althusser y Dalí.
Lo diverso y lo idéntico,
entre el dominio y la seducción**

Carmen Saavedra de Maineri *
Dino Bartolacci **

(*) Psicoanalista. Miembro de la Asociación Psicoanalítica de las Configuraciones Vinculares de Córdoba.
Fader 3978, Córdoba (5509).

Tel.: 0351-4811107. E-mail: mcsaavedra@tutopia.com

(**)Psicoanalista. Miembro Fundador, Docente y Supervisor de la Asociación Psicoanalítica de las Configuraciones Vinculares de Córdoba.

9 de Julio 554, 1º 1. Córdoba (5000).

Tel.: 0351-4263225. E-mail: mdbartolacci@hotmail.com

Podría afirmarse que toda re-lectura es una nueva lectura, ocasión en la cual ni el texto ni el lector son los mismos, donde el encuentro entre ambos cobra vida.

Este trabajo tiene su antecedente en un trabajo previo,¹ en el que nos acercábamos a las autobiografías de dos hombres célebres del siglo 20, que nos ofrecieron sus testimonios en el deseo de trascender su existencia individual, formando parte de un interminable proceso de eslabonamiento de sentido, del cual participamos. Sus palabras nos envolvieron, nos intrigaron, se fueron imponiendo; sus palabras se fragmentaban, adquirían coherencia, se tornaban insistentes, como el término *destino*.

Entendemos que toda autobiografía nos habla de realidad psíquica, de realidad vincular, de trabajo de significación y de inscripción, de memorias y olvidos, de construcciones y reconstrucciones del material con que están hechos los sueños y, por qué no, las pesadillas. Existencias y producciones desplegadas en el entramado de la razón y la locura, de la genialidad y el delirio. He aquí sus palabras testimoniales, escritas en circunstancias diferentes.

Sus discursos

Salvador Dalí, en la cima de su fama a los 37 años:
«(...) usualmente los escritores empiezan a escribir sus memorias después de vivir su vida, hacia el fin de su vida; en su vejez. Pero con mi vicio de hacerlo todo diferentemente de los demás, de hacer lo contrario de lo que los demás hacen, creí que era más inteligente empezar escribiendo mis memorias y vivirlas después (...) Era necesario a toda costa que cambiara de piel, que cediera esta gastada epidermis con que me he vestido,

¹ Trabajo presentado en las II Jornadas de F.A.P.C.V., realizadas en Córdoba, en Agosto de 1997, «Dos Vidas, Dos Destinos: Una Mirada Vincular».

ocultado, mostrado, con que luché y triunfé, por esa otra piel nueva, carne de mi deseo, de mi inminente renacimiento, que empezará el día siguiente al que aparezca este libro (...) No estoy en vísperas de un viaje a la China ni tengo intención de divorciarme, tampoco pienso en suicidarme ni en lanzarme a un precipicio asido a la cálida placenta de un paracaídas de seda para intentar nacer de nuevo, no deseo batirme en duelo por nadie ni por nada; sólo deseo dos cosas: primero, amar a Gala mi esposa; y segundo, esta cosa inevitable, tan difícil y tan poco deseada: envejecer.»

Louis Althusser, para hacer uso de la palabra:
«(...) para levantar esta pesada losa sepulcral que reposa sobre mí (...) Estos son los efectos nefastos del no haber lugar y he aquí por qué he decidido explicarme públicamente sobre el drama que he vivido (...) escribo este libro en octubre de 1982, al salir de una prueba atroz de tres años (...) Puesto que en noviembre de 1980, en el curso de una crisis intensa e imprevisible de confusión mental, estrangulé a mi mujer, que lo era todo en el mundo para mí, a ella que me quería hasta el punto de querer morir ya que no podía vivir y, sin duda, yo en mi perturbación y mi inconciencia, le “presté el servicio” del que no se defendió, pero que causó su muerte».

Constantes elementos autorreferenciales nos permiten hacer una afirmación que signa, para cada uno, su condición de sujeto, por lo tanto, su posición en el mundo. Uno, Salvador Dalí, cuya vida toda estuvo signada por la excentricidad; el otro, Louis Althusser, sintiendo atravesado todo su ser por un sentimiento de existencia apócrifa.

El nombre de un muerto: entre la voz y el eco

Ambos llevan nombres que remiten a un muerto. Nombre significativo en la estructura familiar, que enfrenta un duelo: «la sombra del objeto cae sobre la estructura».

“Mi hermano murió a los siete años de un ataque de meningitis, tres años antes de que naciese yo. Su muerte hundió a mis padres en una profunda desesperación; sólo hallaron consuelo en mi llegada al mundo. Mi hermano y yo nos parecíamos como dos gotas de agua, pero dábamos reflejos diferentes (...) mis padres me bautizaron con el mismo nombre de mi hermano –Salvador– y estaba destinado, como mi nombre lo indica, a nada menos que salvar la pintura del vacío del arte moderno, y a hacerlo en esta abominable época de catástrofes mecánicas y mediocres en que tenemos la desgracia y el honor de vivir”.

Salvador está *destinado* a salvar a sus padres de su dolor, que hallan así consuelo, efecto del proceso de elaboración del duelo. Consuelo, sustento en el contacto con el reconocimiento de la pérdida y con la realidad de un nuevo hijo, pero a condición de salvarse a sí mismo de ese destino.

El impacto emocional que experimenta ante la vista del Angelus de Millet, lo conduce a realizar una profunda elaboración de los elementos implícitos en dicha composición. Al avanzar, mediante el empleo del método que denominará paranoico-crítico, se reencuentra con el mito trágico de la muerte del hijo. Partiendo de lo universal, trascendiendo el sufrimiento, se enfrenta al duelo familiar.² A través de la articulación de los niveles trans-, inter- e intra-subjetivo ... emerge la luz que ahuyenta la sombra.

Salvador tuvo la «*desgracia y el honor de vivir (...)*» destinado a recordar, pero también a recrear: «*nos parecíamos como dos gotas de agua, pero dábamos reflejos diferentes (...)*»

² Más tarde se comprobó que Millet había pintado entre los dos campesinos en actitud de oración, un ataúd que contenía a un hijo muerto, que luego cubrió con una capa de pintura, dato que nos ofrece la posibilidad de resignificar el interés obsesivo e intrigante que había despertado en Dalí.

Denise Morel, en su libro *Las familias de creadores*, señala que en la vida de grandes genios, algunos de ellos «se encontraron marcados desde el origen por una misión contradictoria: la de tener el estatuto de un muerto y seguir siendo el garante de la vida». «*Lo desee o no, parezco destinado a una excentricidad truculenta*». Su excentricidad representa, para nosotros, toda una larga lucha para descentrarse del lugar de otro, para ser él mismo su propio centro.

«*No seré yo el sacrificado*» dice, aludiendo al peligro de ser una reedición de otro Salvador, fuese su hermanito muerto, en cuyo lugar podría ser congelado en fallido trabajo de duelo en la estructura familiar, o doble de su propio padre, cuyo mismo nombre lleva.

Fue el Niño-Rey, el de la corona y la capa de armiño, disfraz que sus padres le habían obsequiado y con el cual gustaba vestirse habitualmente. Esta piel narcisista familiar se sostuvo en una alianza entrañable con el sostén de su tierra española, su folklore, sus mitos. Se necesita la posesión de un lugar mágico, en algún tiempo arcaico, que ante la necesidad de la permanencia y el cambio, constituya este espacio amparador: «(...) *aquí, a la panxa del bou, on no neva ni plou*».³ Al mismo tiempo que su tierra se desgarraba por una guerra civil, libraría en su vida su propia confrontación interna, para ser él mismo, sin renunciar a ser sustentado en lo profundo por esta doble pertenencia: es un «hijo dilecto» de su familia y de su pueblo, Figueras, «*región del Ampurdán, donde la locura se alía graciosamente con la realidad*».

En la entrevista que mantuvo con Freud en Londres, este rasgo debió de impresionar vivamente a éste, pues su co-

³ Salvador Dalí relata un juego de su infancia, basado en las andanzas del Pare Patufet, héroe infantil de una leyenda catalana, que habiéndose perdido en el bosque es tragado por un buey; cuando sus padres lo buscan, él responde: «Aquí, en la panza del buey, donde no nieva ni llueve».

mentario fue: «*Nunca vi ejemplo más completo de español. ¡Qué fanático!*»

El Niño-Rey se convirtió en anarquista, pero este movimiento de aparente des-orden tenía un sentido. Era necesario diferenciarse para ser y, verdaderamente, recibió y supo encontrar su lugar. Sus extravagancias, sus desafíos al límite —«*iba contra todo, por sistema y por principio*»—, encontraron el tope instituyente. Fue expulsado de su familia por su padre, de la Escuela de Bellas Artes de Madrid, ... pero no del mundo.

La anarquía se define en su sentido más estricto como «falta de todo gobierno en un Estado», y por extensión, como «desconcierto en cosas necesitadas de ordenación»; en tanto que el anarquismo, como doctrina social de índole revolucionaria, pregonó la total supresión del Estado, una sociedad en la que pueda manifestarse la libertad del individuo y de la colectividad mediante contratos libremente aceptados.

Es posible pensar la anarquía como desconcierto necesario para la creación, des-orden que desarma órdenes anteriores, en sus dos vertientes de posible semantización: *órdenes* como mandatos, admoniciones, en un sentido conminatorio que apela a la obediencia, pero también como sistemas de *ordenación* del pensamiento, de formas de percibir la realidad.

Anarquía como caos, que requiere de la «Capacidad Negativa», que Bion subraya, tomando una cita de Keats: «capacidad de un hombre para estar en medio de la incertidumbre, el misterio, la duda, sin un ansia exacerbada de llegar hasta el hecho y la razón».

El Niño-Rey, «su majestad el bebé», es destronado, despojado de sus ropajes, pero también de los propios deberes indeclinables para con sus súbditos, instaurando su libertad.

Aquel narcisismo generador de «su majestad el bebé» da paso al «buen niño», que adecua su ser en el mundo a lo que recoge como herencia del complejo de Edipo.

Este pasaje del narcisismo primario al secundario requiere dar muerte al niño «maravilloso» o «terrible» que las representaciones narcisistas primarias instauraron en el núcleo de nuestro inconsciente (Leclaire, S., 1990). Duelo que se debe realizar, el de la muerte del Niño-Rey, que atestigua los deseos y los sueños de los padres, duelo por la pérdida de la ilusión compartida de un lugar de completud.

Esta dialéctica de amor y límite, a la vuelta de los tiempos, le permitió un retorno tanto en el arte como en la vida. Así, después de su «guerra civil», regresa ante la puerta de la casa paterna; el padre exclama: «*¿quién va?, ¿quién llama? –Soy yo– ¿quién? –Soy yo, Salvador Dalí, su hijo*». Vemos cómo esta secuencia condensa, por la tarea del *Yohistoriador*, la apropiación de su nombre y de un lugar en la cadena generacional.

Louis: «*(...) en cualquier caso, desde la primera infancia, me correspondió el nombre de un hombre que no cesó de vivir con amor en la cabeza de mi madre: el nombre de un muerto*». Los Berger y los Althusser, dos familias, con escaso contacto social y que vivían en un marcado aislamiento, habían establecido una amistad. Los Althusser tenían dos hijos varones, en tanto los Berger, dos niñas; ambas familias acordaron dos parejas, destinaron al menor, Louis, con Lucienne, la mayor de las Berger, y a Charles, el mayor, con Juliette. Louis muere en la guerra y su hermano Charles le propone a Lucienne «*ocupar junto a ella el puesto de Louis*» y ella aceptó, «*al fin y al cabo todo quedaba en la familia, en las familias, y los padres no podían menos que estar de acuerdo*».

Althusser así nos lo dice: «*la desdichada vivía como podía lo que le había sucedido: tener un hijo al que no había podido evitar llamarlo Louis, el nombre del hombre muerto a quien había amado y al que aún amaba en su*

alma. Cuando me miraba, sin duda no era a mí a quien veía, sino a mis espaldas, en el infinito de un cielo imaginario para siempre jamás marcado por la muerte, a otro, a aquel otro Louis del que llevaba su nombre; pero yo no era aquel muerto en el cielo de Verdún y en el puro cielo de un pasado siempre presente». Su abuelo se hace presente a través del nombre, «*en la escuela, no me llamaban Louis Althusser, demasiado complicado (...) sino Pierre Berger. ¡El nombre de mi abuelo! Esto me iba de primera*». Tan es así, que en *Los hechos*, autobiografía escrita en 1976, comienza diciendo: «*Me llamo Pierre Berger. No es cierto, así se llamaba mi abuelo materno, que murió de agotamiento en 1938, después de bregar toda su vida en las montañas de Argelia, en pleno monte, solo con su mujer y sus dos hijas (...)*»

Condenado a repetir, a conmemorar como la losa sepulcral, destinado a ser el eco de un muerto, que no muere nunca, por lo tanto, él no vivirá; no encontró en su existencia los límites precisos donde su condición de sujeto pudiese advenir. Fue, siempre, otro...

«Ante este doloroso horror, yo debía sentir sin cesar una inmensa angustia sin fondo, así como la compulsión de dedicarme en cuerpo y alma a ella (su madre), de ofrecerme sacrificialmente a socorrerla para salvarme de una culpabilidad imaginaria y salvarla a ella de su martirio y de su marido, con la convicción inextirpable de que esa era mi misión suprema y mi suprema razón de vivir.»

Esta condición de la estructura familiar facilita, abre cauce, al ejercicio de una acción redentora, sacrificial, que posibilita la figura que Piera Aulagnier describe como *interpenetración*, intersección entre las convicciones singulares y lo enunciado en el discurso del otro.

Louis Althusser debió enfrentar una suerte de destierro múltiple: de su madre, un desapuntalamiento radical que connotó su cuerpo erógeno como fuente de extrañeza y peligrosidad. La serie polución (adolescencia), masturba-

ción (27 años, desmayo) y coito (30 años, primera crisis psicótica), en lugar de constituir una progresión que lo dirigiese al mundo placenteramente, constituyó los jalones de una creciente degradación. Oscilaciones que lo instalaron peligrosamente en la desinvestidura libidinal, y por ende, peligro de retorno al cuerpo anatómico o en el exceso mortífero que lo lleva al campo del goce.

Extraños son los caminos que conducen al imaginario acceso irrestricto al cuerpo de la madre. Adviene traído de la mano por desencuentros radicales: una madre que mira hacia un lugar equívoco (el puro cielo de Verdún), posiblemente un posicionamiento encubridor de fijaciones arcaicas que su madre soportaba en su propio ser. Un padre posesivo y violento que, desesperanzado él mismo de conseguir un legítimo acceso al placer en su pareja, emite un imperativo: «*¡Hazla feliz!*», en nuestro parecer, mensaje ambiguo, paradójico, que contribuye a una reversión fatal del deseo, entroniza la endogamia al anular el punto de corte, complementando desde su posicionamiento el cumplimiento del mandato descomplejizante del origen. Tanto su identificación con Louis como con Pierre Berger remiten a objetos de amor de la madre, que coexisten sin haber sufrido los efectos de la represión. Pareciera que estos significantes circularan en forma intercambiable, sin tope alguno.

Argel⁴ representa ese espacio de desapuntalamiento desde lo social, que encuentra su punto de convergencia con el correspondiente al borde pulsional. Fracaso de la envoltura narcisista proveniente tanto del grupo familiar como del conjunto.

⁴ Los dos linajes de Louis, los Berger y los Althusser, conociéndose en tierra extraña, sufrieron los avatares de la emigración y de la conquista. Argel fue un importante foco rebelde durante la guerra de liberación argelina... (desde allí surgieron acontecimientos responsables de la caída de la Cuarta República Francesa, 13 de marzo de 1958).

Su propia producción filosófica es autodescalificada. La siente apócrifa, insustancial. En su obra desarrolla el concepto de *Aparatos Ideológicos del Estado*, cuya finalidad es la de «asegurar, mediante la ideología, una determinada relación de los hombres entre ellos y con sus condiciones de existencia, adaptar a los individuos a sus tareas fijadas por la sociedad». Considera a la familia como uno de sus componentes. La ideología «se ejerce sobre la conciencia de los explotados para hacerles aceptar como natural su condición de explotados; se ejerce sobre los miembros de la clase dominante para permitirles ejercer como natural su explotación y su dominación». Tal como lo cita M. Harnecker, su discípula.

«Pero, ¿cuánto tiempo los espíritus más informados y más inteligentes se dejarán engañar por lo que es aún más ciego y cegador que el terrible veneno sordo del inconsciente, que Freud supo pescar en el más profundo fondo de los mares con su larga red de mallas, cuánto tiempo se dejarán engañar aún por la evidencia cegadora de la naturaleza profunda como aparato ideológico de Estado de la Familia? ¿Hay que añadir ahora que además de las tres grandes heridas narcisistas de la Humanidad (la de Galileo, la de Darwin y la del inconsciente), existe una cuarta, aún más hiriente, porque su revelación es absolutamente inaceptable para cualquiera de nosotros (puesto que la familia es desde siempre el lugar mismo de lo sagrado, y por tanto del poder y de la religión) y porque la realidad irrefutable de la Familia aparece sin duda como el más poderoso de los aparatos ideológicos del Estado?» (El destacado es del autor).

René Kaës, al referirse a la condición alienante de la ideología en el funcionamiento grupal, nos indica que el proceso de pensamiento es reemplazado por una transcripción en eco, que se sostiene en «una repetición perpetua del pasado en función del presente con la finalidad de controlar el futuro». «(...) en un puro cielo de un pasado siempre presente».

«(...) mi única compañía era la familia, mi madre voluble y mi padre silencioso. El resto era comer, dormir, deberes escolares en clase y en casa con absoluta obediencia “libremente consentida”. Sufría en mi cuerpo y en mi libertad la ley de las fobias de mi madre».

«(...) yo había sido violado o castrado por mi madre, que a su vez se había sentido violada por mi padre. No nos librábamos, a fin de cuentas, de un destino familiar.»

Althusser nos cuenta, describiendo su vínculo con esta madre controladora e intrusiva, que descubrió azorado *«que se pueden tener ideas que no se tienen»*; efecto del ejercicio enajenante de una *violencia secundaria* (Piera Aulagnier, 1975) recorriendo todos los vínculos de la estructura familiar, significada como violación, tanto a nivel corporal como mental. *«(...) podrán juzgar por sus efectos el dominio en mi vida de ciertas formaciones violentas que no hace mucho denominé Aparatos Ideológicos del Estado (AIE) y a los que no he podido, ante mi sorpresa, dejar a un lado para comprender lo que me sucedió».*

Foucault ha conceptualizado cómo las redes del poder se despliegan, se entraman, se sostienen, en todos los miembros del grupo o sociedad. Estas presentan zonas de mayor o menor densidad en su entramado.

Sin embargo, es posible pensar que este despliegue se ubique en vínculos asimétricos, como en el caso de un niño, ocupando un lugar de mayor indefensión y con menores recursos propios, en relación a adultos, abusando del poder, pero a su vez siendo sometidos ellos mismos, sin saberlo, a condiciones estructurales que aparentemente *no han podido evitar*. Son inevitables en tanto no hay elección. Althusser, refiriéndose a su madre, decía: *«la desdichada vivía como podía lo que le había sucedido: tener un hijo al que no había podido evitar llamarlo Louis»*. Vivenicia de imposición, desde los *«sucesos»*, al orden estructural en que se hallaba.

«Obediencia libremente consentida». Formulación paradójica que expresa una modalidad propia del *doble vínculo*, ejercida en un vínculo asimétrico de dominio y poder: una madre «voluble» omnipresente; un padre silencioso-silenciado que obtura la posibilidad de ausencia, del espacio singular donde es posible la ensoñación, la creatividad, el registro del propio cuerpo, donde es posible dudar, confrontar, aseverar sobre la propia experiencia; «ausencia» que abre la búsqueda del objeto perdido.

Como en la ficción de *1984*, de Orwell, la omnipresencia de Big Brother perpetúa la imposibilidad de los ciudadanos de alcanzar mínimas certezas, debido a su «volubilidad», arbitrariedad constante, falsificación sistemática de la realidad, lo que hace imposible la historización, la distinción entre lo verdadero y lo falso, entre pasado, presente y futuro, maniobras todas tendientes al mismo fin: reproducir un orden dado, un poder que se asienta en un ataque sistemático al pensamiento.

Piera Aulagnier (1984) recurre a esta obra literaria para ilustrar cómo, en el registro de la psicosis, la instalación sistemática de situaciones paradójicas está al servicio de hacer efectiva una prohibición: «prohibido pensar lo prohibido», donde el sujeto sufre el terror insopportable y la concomitante persecución interna de cometer «crímenes por el pensamiento». En tanto en el registro de la neurosis está «prohibido desear lo prohibido», terreno de la contradicción, del conflicto neurótico, de artilugios y escaramuzas entre el deseo y la defensa, por imperio de la represión.

No es casual que en la sociedad de *1984* la sexualidad sea considerada la amenaza mayor, ya que el deseo se constituye como último reducto de la singularidad, amenaza pulsional que podría desbaratar el proceso tendiente a lograr «cuerpos-máquinas», cuerpos de necesidad, que no presten material donde pueda sustentarse la fantasmatización. *«Al parecer, por entonces yo ponía todo mi amor propio en desmarcarme visible y efectivamente de las técnicas familiares, y si no todavía "a pensar por mí mismo*

dentro de mi cuerpo”, al menos a querer apropiarme de mi propio cuerpo por mí mismo y según mi deseo, como para empezar a salir de las reglas y normas de la familia».

Tarea compleja la que, al mismo tiempo que despoja sistemáticamente de libertad, debe sostener en los sujetos una ilusión de libertad, donde la obediencia, respuesta exigida inexorablemente en la estructura de poder, aparezca como respuesta voluntaria; trabajo permanente de enfrentar al sujeto a situaciones paradójicas, que instituyen círculos sin fin, enloquecedores, de no salida.

La anarquía como doctrina se nos presenta como modelización paradigmática contrapuesta al sistema de poder instituido al servicio del control y dominio de los individuos a través de los «aparatos ideológicos del Estado». Estos atraviesan todos los estamentos de la sociedad, con el fin de mantener a los sujetos-sujetados en lugares preeterminados, sin que ellos tengan conciencia de tal condición. El objetivo es reproducir y perpetuar, generación tras generación, un orden dado.

Es de notar que en 1984 se denomine Big Brother, Gran Hermano o Hermano Mayor, a ese personaje omnipresente a quien nunca nadie ha visto, pero que ejerce un poder omnímodo. Se apela a la nominación propia del vínculo fraterno, tal vez porque se ha asociado al poder del hermano mayor como tiránico en tanto la función paterna podría representar, en el mejor de los casos, el poder legalizado, acotado por la cultura, instituido como representante de una ley a la cual él mismo está sometido, poder que no puede ejercer impunemente y ajeno a todo límite temporal, sino sujeto al devenir generacional.

¿Es asimilable –según los conceptos trabajados por I. Berenstein– al Creonte de la tragedia edípica ampliada? ¿Representantes, ambos, de un poder devenido tiránico, principio y efecto del ataque a la vida misma en lo novedoso, en lo cambiante, en lo diverso, en lo inaprehensible, en lo misterioso e inagotable, en los límites de la razón?

Muerte psíquica, muerte real que se presentifica en el vínculo enloquecedor de Althusser y Hélène. *No ha lugar* para otro, inclusive de un posible tercero, que no llega a nominarse hijo, que queda en el estatuto de embarazo. Si el deseo de hijo hace lugar a lo novedoso, a lo inédito, el deseo de niño queda a mitad de camino, entre el aborto y el advenimiento de un sujeto diferenciado, destino de la *psicosis*.

Seducción y dominio. Sexualidad y muerte

Ambos, Dalí y Althusser, se inician sexualmente, cerca de los treinta años, con quienes serán sus mujeres «hasta que la muerte los separa».

Dalí quiere decir Deseo en catalán: «*Cor, que vols, cor, que desitjes?*⁵, eso me decía mi madre cada vez que se apresuraba a colmar mis deseos. Para agradecer a Gala (...) le repito: “Cor, ¿que vols?, cor, ¿que desitjes?” Y ella me responde con un nuevo regalo para mí: ¡un corazón de rubíes que late!»

Gala «estaba destinada a ser mi *Gradiva*, “la que avanza”, mi *victoria*, mi *esposa*. Pero, para ello, tenía que curarme, y ¡me curó! (...) mi regresión al período infantil se acentuaba con la delirante ilusión en que me hallaba de que Gala era la misma persona, convertida en mujer, que la niñita “de mis falsos recuerdos” y a quien, al narrárselos, llamaba *Galuchka*, diminutivo de Gala. Los fantasmas y representaciones de vértigo (alturas, deseo de arrojar a alguien, o quizás a mí mismo, desde lo alto de un precipicio) reaparecieron con intensidad creciente (...) estas ascensiones iban acompañadas de obvias intenciones criminales de mi parte (...) ella había venido para destruir y aniquilar mi soledad, y empecé a abrumarla con reproches absolutamente injustos: *impedíame trabajar, insinuábame*

⁵ Expresión catalana que, literalmente, significa: «corazón, ¿qué quieres?, corazón ¿qué deseas?»

sobrepticiamente en mi cerebro, “me despersonalizaba”. Además, estaba persuadido de que iba a lastimarme (...); Gala empezaba a hacer repetidas alusiones a “algo” que debería suceder entre nosotros; (...) Nunca en mi vida había hecho el amor (...) aprovechaba todas las oportunidades para repetir a Gala (...) ¡Ante todo recuerda que nos prometimos no lastimarnos nunca ! (...) –¿Qué quieres que te haga?– le dije, rodeándola con mis brazos. La emoción le impedía hablar... mientras las lágrimas corrían por sus mejillas (...) –Si no quieres hacerlo, ¿me prometes no decírselo a nadie? ¡Quiero que me revientes! Ninguna interpretación podía modificar el significado de esa respuesta, que quería decir precisamente lo que decía. –¿Lo harás?– preguntó (...) Volví a estrecharla entre mis brazos y, con la mayor seriedad de que era capaz, contesté: –¡Sí!– Y volvía a besarla, duramente, en la boca, mientras repetía en el fondo de mí mismo: “¡No! ¡No la mataré!” (...) Con nuestro perfecto acuerdo sobre la cuestión como punto de partida, el incidente de su muerte hubiera podido hacerse pasar fácilmente por suicidio. Todo lo que necesitaba habría sido tener yo en poder mío una carta de Gala confirmando esta hipótesis. Gala me describía su insuperable horror a la “hora de su muerte”, el cual la había torturado desde la infancia. Deseaba que ocurriese sin saberlo ella, de manera “ limpia ” y sin experimentar el temor de los últimos momentos (...) ¿Qué te pasa Dalí? cuando se te ofrece regalado, tu crimen, ¿ya no lo deseas? Así Gala me destetó de mi crimen y curó mi locura. ¡Gracias! ¡Quiero amarte! Había de casarme con ella.»

En su encuentro con Gala, fue necesario mentar la muerte para refundar la vida; sacar de escena las representaciones narcisistas primarias para dar espacio a lo nuevo y a lo creativo, dentro de sí y en el vínculo.

«Algo» que debía suceder entre ellos, ¿«algo» –operatoria vincular como acto inédito, con entidad propia, sostenido en el interjuego de la ausencia, registro del deseo y la presencia, registro de la ajenidad del otro pero también de uno mismo?

Aquello propio del vínculo, la transformación de relación de objeto-Galuchka, objeto interno, motor de búsqueda, y de encuentro con el otro-Gala, que introduce lo ajeno, motor de trabajo psíquico, ya que el otro es constituyente pero al mismo tiempo aliena, «enajena», *«había venido para destruir mi soledad (solipsismo), y empecé a abrumarla con reproches absolutamente injustos: impedíame trabajar, insinuábase subrepticiamente en mi cerebro, me despersonalizaba»*.

Dialéctica de ausencia y presencia, de relación de objeto y vínculo, en tanto se implican, se realimentan, entramado posibilitador del espacio transicional, de descubrimiento, de intersección de subjetividades, de intrincación de fantasía y realidad, de bordes imprecisos, de hiatos como páginas en blanco, como pantallas de sueños.

Se insinúan los deseos criminosos hacia el otro, en tanto metáfora, como amenazante del solipsismo, representación anticipadora que promueve la discriminación y al mismo tiempo la supervivencia del vínculo.

Dalí debía matar sus secretos, sus «falsos recuerdos», sus viejos fantasmas, para renacer en su nueva piel. Dalí debía matar a Galuchka para que Gala viva. Se abre paso así, progresivamente, la oscura noción de que el otro no es sólo el producto de nuestro delirio; interrogando el deseo del otro, descubriendo que el otro también tiene secretos... *«Cor, ¿que vols?, cor, ¿que desitjes?»*

La vida secreta de Salvador Dalí, así denomina su autobiografía. Secretos que revela, secretos que calla, secretos que nos hablan del logro de un espacio de autonomía mental, frente a la omnipresencia materna, espacio habitado por el propio deseo, el cual puede y debe ser interrogado, en tanto no se concibe la transparencia del otro.

En su encuentro con Gala, la palabra circula, nominando la muerte, entrelazada con el erotismo, *«quiero que me revientes»*, que como potencialidad se alojaba en uno y

otro, y en el vínculo; pero, por esto mismo, abría a la diferencia y a la creatividad. Gala era, como Gradiva, «la que esplende al avanzar». Este avance implica una comprensión, decodificación y resignificación de los núcleos delirantes circulantes en el vínculo.

Freud, al analizar la Gradiva de Jenssen, muestra cómo la protagonista, Zoe, logra introducirse, deslizarse, en la construcción delirante de Norberto y, mediante el juego identificatorio recíproco y el imaginario compartido, *diluye el delirio e instaura historia*. Esto le resulta posible porque, a la manera de un arqueólogo, descubre las relaciones de objeto infantiles «sepultadas bajo las cenizas» de la represión. La labor de Zoe implica en sí misma, por el proceso de elaboración, la introducción de la diferencia, ya que la protagonista le hace una advertencia a su amado: «la de no copiar con excesiva fidelidad al modelo por el que (ella) le ha elegido»; aludiendo a su propio padre.

Althusser conoce a Hélène, «(...) *Imaginad aquel encuentro: dos seres en el colmo de la soledad y de la desesperación que por azar se encuentran cara a cara y que reconocen en cada uno de ellos la fraternidad de una misma angustia, de un mismo sufrimiento, de una misma soledad y de una misma espera desesperada* (...) nunca aquella madre tuvo un gesto de ternura para ella: nada excepto el odio. Hélène, que como toda criatura deseaba que la quisiera su madre y veía que todo se le negaba (...) tuvo que identificarse irrevocablemente con la terrible mujer que la odiaba (...) en el momento de despedirse se irguió y con la mano derecha acarició imperceptiblemente mis cabellos rubios, sin decir palabra. Pero yo lo comprendí perfectamente. Me invadieron la repulsión y el terror. No podía soportar el olor de su piel, que me pareció obsceno.

«(...) El “drama” se precipitó unos días más tarde cuando Hélène, (...) me besó. Yo no había besado nunca a una mujer (¡a los treinta años!), y sobre todo, nunca me había besado una mujer. Me atravesó el deseo, hicimos el amor encima de la cama, aquello era algo nuevo, sobrecojedor,

entusiasta y violento. Cuando ella se fue, se abrió un abismo de angustia en mí, que no se cerró jamás (...)» Unos días más tarde, es internado, con diagnóstico de «demencia precoz», durante varios meses en los cuales recibe tratamiento de electroshocks, la primera de otras varias internaciones. «*(...) Hélène, que se había quedado embarazada de nuestra única relación sexual, había abortado en Inglaterra, para que no padeciera el martirio de una nueva depresión ante aquella noticia, ya que yo había manifestado un horror tan atroz por el hecho de haberla amado físicamente (...)* La había conocido en el fondo del abismo y hasta dentro de la miseria material más siniestra. “Siniestra”: la palabra volvía sin cesar a mi boca y seguiría allí familiar hasta su muerte (...) Sí, vivía para sí una existencia “siniestra” (...)

La relación con Hélène fue signada por la condición de siniestra, sostenida en la «fraternidad» del mismo desamparo y rechazo materno, que se sella en el aborto de una nueva oportunidad. «Fraternidad» que nos envía al terreno de lo semejante.

En sus elaboraciones sobre lo siniestro, Freud explica cómo la compulsión a la repetición se instala «*provista de poderío suficiente como para sobreponerse al principio del placer*». En este artículo se refiere al recurso literario de provocar en el lector el efecto de lo siniestro, al generar la duda de «*si determinada figura que se le presenta es una persona o un autómata*».

Althusser, autómata de sí mismo, de su familia, autómata de Hélène, realizando sus deseos de suicidio «*por interpósita persona*», «*crimen piadoso*» que ella misma había debido ejecutar con sus propios padres, siendo casi una niña, ante la enfermedad terminal que padecían. Hélène cargaba sobre sí, una historia de muertes.

Despojados de su singularidad, sostienen la condición de *doble*, «*un enérgico mentís a la omnipotencia de la muerte*» pero que «*de un asegurador de la supervivencia se*

convierte en un siniestro mensajero de la muerte». La carga mortífera omnipresente en sus vínculos, encuentra ocasión de realización plena en el fatal desenlace.

El asesinato que lleva a Louis al destierro psíquico es la culminación de un proceso de enajenación que quiso ser cortado de un solo golpe. Sin embargo, sigue su lucha por reencontrar su propio sentido. Sus alegatos autobiográficos en contra de las instituciones de Salud, de Justicia, que habían decretado su forclusión (su inimputabilidad, su destierro psíquico), constituyen una dramática demanda en torno de su avasallada condición de sujeto.

Nos acercamos a la definición de destino como encadenamiento de los sucesos considerado como necesario; imposición vivida como proveniente de oscuras fuerzas ajenas al dominio del propio individuo (encarnadas, según la época, en los dioses, los Aparatos Ideológicos del Estado, el Inconsciente), en franca oposición al ejercicio (¿ilusorio?) de la facultad de libre albedrío.

Este *encadenamiento* nos remite a una vincularidad tendiente al congelamiento de un cierto orden, donde debe sostenerse y reproducirse un funcionamiento dado, aún, a costa de una violación de la identidad de sus miembros, al colocarlos en un «*puro cielo de un pasado siempre presente*» que desafía las leyes inexorables del tiempo y del espacio. Althusser siempre fue fiel a su «*vocación de desaparecido. Ni muerto ni vivo, no sepultado aún pero sin obra (...) un desaparecido que puede reaparecer (...)*». Condición de lo siniestro, que impregna toda la estructura, y retorna en la pareja. Condenado a un destino ineludible, como el héroe de la tragedia griega, que aún cuando creyendo desafiarlo, él mismo va tejiendo los encadenamientos fatales; ya, que su destino es no desafiar al Destino.

«*Renacimiento*», proclama triunfal Dalí. Ferviente defensor de las tradiciones, fue al mismo tiempo un representante de los movimientos de vanguardia de sus tiempos. Integró dentro de sí, la permanencia y el cambio en un

proceso de re-creación constante. Representante de una vincularidad donde, se interroga al deseo del otro, donde es posible «la vida secreta», donde es posible transformar el *destino en historia*. Renacimiento en una nueva piel vincular, producto de una nueva gestación.

Bibliografía

- Althusser, L. (1992) *El porvenir es largo*, Ediciones Destino, 1993, Buenos Aires.
- Aulagnier, P. (1975) *La violencia de la interpretación*, 1977, Amorrortu, Bs.As.
- Aulagnier, P. (1984) *El aprendiz de historiador y el maestro-brujo*, 1986, Amorrortu, Bs.As.
- Berenstein, I. (2001) *El sujeto y el otro*, Paidós, Bs. As.
- Dalí, S. (1989) *El mito trágico del Angelus de Millet*, Editorial Tusquets, 1989, Barcelona.
- Dalí, S. (1993) *Vida secreta de Salvador Dalí*, Editorial Antártida, 1993, Barcelona.
- Dalí, S. (1996) *Diario de un genio*, Editorial Tusquets, 1996, Barcelona.
- Foucault, M. «Las redes del poder», *Revista anarquista Barbare*, nº 4 y 5 1981-82, San Salvador de bahía, Brasil.
- Freud, S. (1906) El delirio y los sueños en 'La Gradiva', de W. Jensen, *Obras Completas*, Tomo II, Editorial Biblioteca Nueva, Madrid.
- Freud, S. (1919) Lo siniestro, *Idem*, Tomo III, Ídem.
- Kaës, R. (1993) *El grupo y el sujeto del grupo*, Amorrortu editores, 1995, Buenos Aires.
- Kaës, R. (1994) *La invención psicoanalítica del grupo*, Edición de la Asociación Argentina de Psicología y Psicoterapia de Grupo, Buenos Aires.
- Leclaire, S. *Matan a un niño. Ensayo sobre el narcisismo primario y la pulsión de muerte*, 1990, Amorrortu, Bs. As.
- Morel, D. (1988) *Las familias de creadores*, Éditions universitaires, Begedis, 1988.
- Topía. Revista (1993) Año III, Número 8, Autobiografía de Althusser.

Resumen

A partir del análisis de la producción autobiográfica de dos hombres célebres contemporáneos, Althusser y Dalí, los autores se interrogan acerca de las redes vinculares. En los relatos que son objeto de análisis, resaltan los vínculos familiares y extrafamiliares, los intentos por dotarlos de sentido y cómo, uno y otro, lo hacen, en tanto van adquiriendo sus identidades tan distintamente procesadas.

El acompañarlos en sus itinerarios vitales ha invitado a los autores a reflexionar en los procesos constitutivos de la subjetividad, sus fuentes, sus transformaciones. Dentro de ellos, lo que se debe al contacto emocional en ese inacabable trabajo de articular dos bordes: el cuerpo y la cultura.

Summary

Taking the analysis of an autobiographic production of two famous and contemporary men, Althusser and Dalí, the authors ask themselves about bonds nets. Reports are object of analysis, family and non family bonds are emphasized the intention of giving them sense and how one or the other do it meanwhile they keep acquiring their identities processed in so variable ways.

To accompany them in their vital itineraries have invited the authors to think about constitutive processes of subjectivity, their sources and transformations. Among them what is due to emotional contact in that not ever finishing work of articulating two edges: the body and the culture.

Résumé

A partir de l'analyse de la production autobiographique de deux hommes célèbres contemporains, Althusser et Dalí, les auteurs s'interrogent au sujet des réseaux des liens. Dans les récits analysés, ils soulignent les liens familiaux

et extra-familiaux, les tentatives de leur fournir un sens et comment l'un et l'autre le réalisent, en même temps qu'ils acquièrent leur identité traitée de manière si distincte.

Le fait de les suivre à travers leurs itinéraires de vie a invité les auteurs à réfléchir aux processus qui constituent la subjectivité, leurs sources, leurs transformations. Et en particulier, ce qui est lié au contact émotionnel dans cet inachevable travail d'articuler deux bords: le corps et la culture.

La invisibilidad de la violencia sexual en el vínculo de las madres con sus hijos/as

Gloria Abadi *
María Cristina Beovide **
Adriana Quattrone ***

- (*) Licenciada en Psicología. Integrante del Equipo de Familia y Pareja del Centro de Salud Mental N° 3, «A. Ameghino». Instructora de Concurrentes del mismo Centro de Salud. Socia Activa y Coordinadora docente del Área de Familia y Pareja de la Asociación Escuela Argentina de Psicoterapia para Graduados. Terapeuta del Equipo de Familia y Pareja del Centro Asistencial «A. Rascovsky».
Beruti 3639, 2ºP (1425) Buenos Aires.
Tel.: 4832-9661. E-mail: gabadi@infovia.com.ar
- (**) Licenciada en Sociología y Psicología. Integrante del Servicio de Terapia de Pareja y Familia del Centro de Salud Mental N° 3, «A. Ameghino». Docente de Concurrentes. Miembro de la AAPG.
San Ireneo 360 (1424) Buenos Aires.
Tel.: 4901-2721. E-mail: mcbeovide@speedy.com.ar
- (***) Licenciada en Psicología. Coordinadora e integrante del Equipo de Pareja y Familia del Centro de Salud Mental N° 3, «A. Ameghino». Docente de Concurrentes. Egresada del IPCV.
Tronador 2834 (1428) Buenos Aires.
Tel.: 4541-6763. E-mail: adriana4ne@fibertel.com.ar

Este trabajo surge de una extensa investigación que venimos realizando en el Equipo de Pareja y Familia del Turno Mañana, del Centro de Salud Mental N° 3 «Doctor Arturo Ameghino», dependiente del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires.

Desde 1995, estamos produciendo trabajos relacionados con la particularidad de los procesos psicoanalíticos con familias derivadas desde el sistema jurídico (Juzgados de Familia de Capital Federal).

El recorrido que hicimos con relación a la demanda jurídica nos introdujo en un área de trabajo con características novedosas. Entre otras, por ejemplo, la ruptura de la privacidad del encuentro terapéutico y la no espontaneidad de la demanda. Fue en el desafío con esta clínica donde encontramos discursos familiares que poco a poco nos condujeron a visibilizar las formas abusivas en el vínculo madre-hijos.

Podemos señalar dos trabajos nuestros como los principales antecedentes: «Padres construidos desde la justicia» (1995) y «Es un *berso* (sic). La violencia de un padre ejemplar» (1997), en los que se marcan dos extremos en un eje que va desde un mínimo a un máximo contacto afectivo de padres varones con sus hijos. En ambos se trata de casos derivados desde la Justicia.

En otras consultas derivadas por juzgados y relacionadas con la disolución del vínculo conyugal, aparece un discurso en relación a la mujer madre, con enunciados como: «*Es una madre ejemplar, pero ella cree que los hijos son de ella*»; o bien, lo contrario: «*Ella no se ocupa. Yo soy todo para los chicos*», o «*No tiene instinto de madre*», donde el varón padre parece adjudicarse las cualidades «naturales» que en el imaginario social serían privativas de las madres.

Para nosotras, las consultas de derivación jurídica constituyeron un desafío porque nos hicieron interrogar sobre

cuestiones absolutamente atravesadas por enunciados del orden del patrimonio colectivo que tienen una alta pregnancia, condicionando percepciones y prácticas. Nos preguntamos entonces: ¿qué subjetividad descubrimos detrás del posicionamiento parental?

En ese recorrido, también llegamos a pensar acerca del abanico de alternativas de desempeño del rol materno. Y pudimos ver la confusión, y a veces el elemento hostil, que aparece cuando el comportamiento de la madre es medido con relación a un ideal social que impide pensar otras formas genuinas de ejercer la maternidad. Por ejemplo, es frecuente que se signifique como una renuncia a la maternidad el no desear la convivencia con los hijos o, aún más, el no poder sostenerla. En cambio, un padre que puede organizar una convivencia sería decididamente admirable para el conjunto social y su ex-mujer quedaría absolutamente sospechada.

Otro tema que surgió en relación con estas derivaciones, es que, cuando el orden de lo público es convocado a intervenir en el ámbito privado de la vida familiar, el terapeuta queda involucrado en lo que hace a la responsabilidad social, sobre todo, en relación a los jurídicamente denominados «menores».

En la separación conyugal se redefinen derechos y deberes parentales y filiales, ya que habrá una nueva organización familiar que se irá constituyendo, en un principio, en medio del conflicto de la ruptura conyugal. En torno a esta cuestión, apareció la importancia de la asimetría de los lugares, en tanto la subjetividad adulta incluye siempre recursos yoicos que el niño-hijo aún no posee.

Como psicoanalistas en esta clínica novedosa, nos preguntamos: si la madre es un enigma para sí, ¿qué responsabilidad le cabría en el acto abusivo? Es claro que no podemos hablar de responsabilidad en cuanto a las determinaciones inconscientes, pero sí en cuanto a las consecuencias, ya que consideramos que desresponsabilizar connota un

camino hacia la desubjetivación.¹ Todos estos son cuestionamientos de la ética en el seno del vínculo terapéutico. Temor a las formas policíacas o moralistas de intervención. Miedo a lo pedagógico. Trampas varias. En fin, vacilaciones.

El encuentro con el problema. El camino hacia el tema de la investigación

Una de las primeras cuestiones que luego entenderíamos que nos acercó a la temática-problema de esta investigación, fue la frecuencia con que escuchábamos algunos enunciados de los pacientes que se reiteraban, y que por esto parecía que transmitían algo del orden de las representaciones colectivas, constituyendo un imaginario compartido.

Recordemos que las consultas de derivación jurídica se producen habitualmente en un tiempo más o menos cercano a la disolución conyugal. El divorcio –tanto de hecho como de derecho– ya ha producido efectos en todos los vínculos de parentesco. Una de las cuestiones es que la separación conyugal no implica la disolución de la función parental. Esa seguirá siendo la pareja parental durante la crianza de los hijos y hay derechos y deberes que marcan las obligaciones parentales durante esa etapa. Así deberá dirimirse en cuanto a tenencias, régimen de visitas, usos del hogar conyugal, cumplimiento de la cuota alimentaria, etc.

Tradicionalmente aparecen en ese momento crítico dos prácticas observables: la mujer, en una actitud apropiadora de sus hijos; el hombre, en una retracción en la cual aspectos de su función quedan sustraídos. «*No me meto porque es peor, más me los niega*»; «*Ella decide todo y ¡mejor!*,

¹ Sabemos de la complejidad de este tema, que introduce los conceptos de ética, responsabilidad y sujeto social; no es el propósito tratarlos aquí, sin embargo consideramos importante su enunciación.

que ella se pelee con los chicos, yo los veo menos. ¡A qué hacerme el autoritario!; «Yo le llevo comida, porque ella nunca manejó bien el dinero».

Respecto del ex-esposo, la mujer afirma frecuentemente: «*Nunca supo hacer nada, ni dónde encontrar las medias de los chicos. Ni se da cuenta si tienen frío o fiebre. Dejárselos me da miedo*»; «*Siempre fue un descuidado y resulta peligroso. Cuando vivíamos en casa estaba yo. El no se hace responsable*».

Es probable que en ambos integrantes de la pareja exista una desilusión en cuanto a un discurso que pensaron unívoco durante la convivencia, aunque más no sea por lo complementario de las funciones. Ahora, en la separación conyugal no es fácil el «control» del otro. La verbalización de funciones no pensadas anteriormente y ahora jugadas en espacios físicos y emocionales separados, es una cuestión nueva, con el agregado de la reintroducción frecuente de las familias de origen de uno o ambos padres en la dinámica familiar post-divorcio.

En muchos de los casos que aquí recorremos, los padres solicitaban vehementemente el cumplimiento de un régimen de visitas, pero luego, frente a cualquier necesidad del niño, se mostraban como incapaces de resolver y recurrían a las madres. Por ejemplo: «*Tenía fiebre, poca, pero mejor que quede con su madre*»; «*No, en casa no se queda a dormir porque no tengo camita para él*» (no poder armar un espacio mínimo para el niño). Estos padres muchas veces afirman: «*Como madre, no tengo nada que decir de ella, vive pensando en los chicos. Es excelente. Pero no entiende que yo tenga derecho a verlos*».

Este discurso también es frecuentemente patrimonio de juzgados y profesionales de la salud mental, a pesar de que en la nueva legalidad –Ley 24270– se prevé que los niños queden viviendo con el progenitor que menos obstaculice el régimen de visitas y que garantice el contacto continuo con el otro progenitor. Con esta ley se pone en cuestión la

idea tradicional de que «siempre los hijos están mejor con la madre».

Frecuentemente, a nuestros ojos, la apropiación del niño por parte de la madre es potencialmente patógena, y la pensamos como un vínculo productor de procesos de alienación en el hijo.

Sin embargo, aun en estos casos, los enunciados paternos seguían una línea muy particular: «*Como madre es bárbara, ellos son la luz de sus ojos, pero estoy harto ya de que no me los deje. Siempre hay un “pero”*», o «*Están pegados a ella, y así debe ser, pero yo tengo derecho también*».

Hemos atendido a madres que controlaban tanto a sus hijos que terminaban siendo sus sombras, mirándolos, «sospechando» y autorizándose por esa sospecha a olerlos, tocarlos, acompañarlos todo el tiempo. Sospecha de que no se lava bien cuando se baña, cuando defeca u orina, sospecha de que ha fumado, de que ha... de que le han. Es decir, que bajo el título de «cuidarlos», invadían sus zonas más íntimas.

Y aun en esos casos, el hombre, quejoso, a veces apesadumbrado, justificaba eso que en general llamaría «sobreprotección», «excesos de la madre», etc.

Las madres racionalizaban esas prácticas al modo de: «*Y... es una nena, hay que cuidarla... porque vio que los chicos no dicen si alguno los estuvo toqueteando...*».

Cuando se sancionó la *Ley de Protección contra la Violencia Familiar*, en el año 1995, aparecieron más frecuentemente denuncias de casos de violencia sexual en la familia. Las denunciantes solían ser las madres, que también aparecían victimizadas en ese entramado familiar. En ese momento, se nos hizo más evidente la existencia de familias que comenzamos a llamar de *transacciones incestuosas*, donde no hay diferencias ni asimetría, tanto entre las

generaciones, como en los lugares y en las funciones. Apareció la figura de la madre cómplice o con un cierto grado de actividad² que deja «que el padre haga», violenta, acose sexualmente, etc. Ella también victimizada en un lugar en apariencia pasivo, fallando en sus funciones, sin ninguna posibilidad de intervenir para impedir el acto de violencia.

Históricamente, la primera imagen de la violencia familiar fue el padre violentando emocional y físicamente, y la madre llorando, rezando o «en otra parte», aparentemente desresponsabilizada del hecho.

Y fue necesario andar un poco más en la clínica de la violencia para develar otra situación: la violencia materna.

Primeramente apareció la violencia física de las madres. Más sancionadas moralmente que sus maridos, las madres violentas eran despreciadas, sobre todo cuando no se podía encontrar que eran «llevadas» por el hombre a esa situación, pues siempre ello era un «atenuante».

Pero, despojada de toda explicación, cuando nada «atenuaba», la violencia materna se veía como «antinatural» y terrible. En general, la apelación a «lo natural» ha sido más común en los comentarios sobre vínculo materno-filial que paterno-filial.

Fue para nosotras revulsivo cuando concluimos que la mujer ejercía violencia sexual sobre sus niños. A la pregunta de ¿por qué no *vimos* esto antes?, concluimos que para *ver*, se necesita tener un casillero codificado que no teníamos y que recién entonces empezamos a construir.

Sólo al pensar en esta posibilidad, empezamos a visualizar retrospectivamente y en lo actual esas situaciones clíni-

² Tal como J. E. Tesone (1999), pensamos que la actividad y la pasividad en los vínculos familiares no pueden definirse en términos fisiológicos, sino que «la pasividad está dada por la inadecuación para simbolizar lo que sobreviene en nosotros de parte de otro».

cas que antes no se nos habían develado bajo esa significación. Reflexionando con colegas, también ellos empezaron a pensar bajo este enfoque algunas cuestiones que nunca habían nominado como abusivas.

Notamos que, cuando se trata de codificar las situaciones abusivas maternas que probablemente producen severas perturbaciones, frecuentemente se apela a una denominación que delata la necesidad de que aquellas permanezcan invisibles. Así, se habla de *sobreprotección* o de *exceso de cuidados maternos*, como si la única representación posible tuviera que seguir ligada a esos primeros momentos de indefensión del niño, cuando aquellos cuidados lo ingresaron al universo humano. Se codifica el gesto abusivo, entonces, como *exceso de una función maternante*. Salvo que se detecte una intencionalidad de abuso irrevocable, no se nominan estos hechos como *actos de perversión* o de *violencia sexual*. Mientras que estos mismos excesos protagonizados por el padre se designarían seguramente como perversión.

Aun frente a estas situaciones, denominadas por nosotras como *abusivas*, es frecuente que el padre semantice como «*una muy buena madre*» a una madre con un excesivo contacto corporal con sus hijos, apartando de este modo su mirada, y quedando atrapado en un *no ver*, producto de un imaginario social que le impide ejercer un control crítico sobre el vínculo maternal, aun a costa de no poder acercarse él a sus propios hijos.

La pregunta acerca de *por qué no vimos* comenzó a encontrar respuesta cuando empezamos a indagar la construcción histórica del concepto de *maternidad*.

También fue necesario repensar las condiciones de visibilidad de las prácticas humanas. Pensar en términos de *régimen de luz*, es preguntarse qué es visible y desde dónde, en tanto creación sociohistórica de una manera de iluminar, de ver y de hacer ver bajo determinada luminosidad.

La percepción se da en un mundo lingüístico. No hay isomorfismo ni homología, sino que, en realidad, las dos formas, la enunciación y la visibilidad, se insinúan una en otra. Los entrecruzamientos y ataques mutuos de la enunciación y la visibilidad constituyen el saber, las condiciones de producción de verdad que rigen en cada formación sociohistórica.

Foucault (en Chanquía D., 1998), concibe al ser histórico del lenguaje como estableciendo las formas de sensibilidad de cada época. La apropiación del mundo, visual, olfativa o táctil, es una actividad de producción de sentido, pero la pregnancia de un enunciado es un severo obstáculo para la asignación de todo nuevo sentido.

La visibilidad de la que hablamos, entonces, no se refiere a un fenómeno del orden de la percepción, sino de la significación. Lo que permanece invisible no es una relación madre-hijo con una modalidad de interacción particular, sino que lo que se invisibiliza es el sentido referido, sentido que queda subsumido en una representación de la maternidad que absorbe lo novedoso bajo los enunciados de su núcleo incuestionable. Se eliminan entonces las significaciones que contradicen lo instituido.

Estos desarrollos se enlazan con la pregunta que nos formulábamos más arriba, *por qué no vimos*. Además, pensamos que el sentimiento de *revulsión* que experimentamos es la manifestación del estado de perplejidad motivado en la carencia de parámetros para explicar determinados actos. Condensa a la vez la resistencia que opone la significación estable de la representación y la fuerza de lo novedoso por inaugurar un nuevo sentido. Lo revulsivo describe entonces el sentimiento que resulta de la atribución de una semantización que contradice una definición de la función materna, de la cual se desprenden las nociones de amor incondicional, altruismo, pasividad, ternura, etc.

También el visibilizar algunos aspectos –hasta ese momento en sombras– de la relación madre-hijo, nos posibili-

tó la resignificación de, por ejemplo, aquellos casos en los que el exceso aparecía a través de las denuncias, efectuadas por la madre, de violencia o de abuso sexual por parte de algún hombre cercano. En general, la gravedad de la situación hacía desviar la mirada de los efectores que interveníamos hacia los «supuestos abusadores-hombres», opacando así la posible actividad sexual abusiva materna, en algunos casos verificada durante el tratamiento.

Además, esta nueva mirada abonó el terreno para volcar también una interpretación diferente de algunos «casos públicos» (ver *Apéndice II*).

En medios escritos de comunicación, encontramos también cómo el discurso social opera invisibilizando tales prácticas. Observamos, finalmente, que la idea del exceso abarcaba actos que iban desde la actitud de una madre que trata a su hijo adolescente como si le hablara a un niño, aun en una situación pública, hasta actos en donde la no asignación de una significación sexual podría ser considerada como una desmentida del goce en juego.

Formulación del problema

Hemos hallado prácticas vinculares materno-familiares abusivas, a veces extendidas desde muy temprano hasta edades avanzadas de la vida de los hijos-as, por las cuales no se consulta ya que:

1. no parecen producir ningún malestar o a veces se registran como algún malestar difuso;
2. se niega que dichas prácticas tengan efectos en la vida sexual y emocional de la vida actual del hijo adulto, y se justifica el acto por haber sido realizado por alguien «autorizado» para ello: la madre.

Este tipo de relación entre una madre y su hijo/a, cuando aparece relatada por uno de los participantes del vínculo o por el *partenaire* de la madre, es incluida dentro del conjunto de prácticas denominadas «excesos maternos». No es

que no se las nomine como patológicas, pero está ausente la connotación de abusivas o claramente sexuales.

Estas prácticas se muestran como inadecuadas para la edad del niño, ya que, por su momento evolutivo, estaría en condiciones de constituir recursos de mayor autonomía. Nos referimos a:

1. tocamiento directo de ambos o uno de los cuerpos cuando por lo menos uno de ellos así lo demanda. «*Mamá, quiero teta*» o «*Tocame, mirá, ¿qué le pasó a mi pito?*»;
2. tocamiento aludiendo a las necesidades del niño, no asignándole los recursos propios para cubrirlas, cuando el niño, por su momento evolutivo contaría con habilidades para hacerlo. Por ejemplo ponerle pomadas en genitales o ano, lavarle los genitales, etc.;
3. no ayudar al hijo a constituir espacios privados. Por ejemplo: entrar al baño cuando está el hijo, desnudarse delante de él o ella, bañarse juntos, etc., como si el *dar amor* estuviera solamente representado por un contacto íntimo de los cuerpos o por el no establecimiento de límites entre las personas.

En diversos recorridos clínicos, estamos comprobando que la resignificación, por parte de los terapeutas, de estas prácticas como abusivas, ha permitido la apertura de cadenas asociativas en los pacientes y la resignificación de hechos históricos y actuales en torno a su vida sexual y emocional.

Esto nos lleva a delinear dos cuestiones fundamentales:

- el terapeuta, al visibilizar, modifica su modo de escuchar y de intervenir;
- el paciente produce una nueva semantización de la situación vivida de la cual pareciera haber desmentido la posible connotación sexual.

Hipótesis, consideraciones y posibilidades

I. El trabajo más exhaustivo lo realizamos en el área clínica, con casos en los que trabajamos los siguientes indicadores:

1. El *motivo de consulta*, que en general no es la situación que denominamos abusiva.

2. La *modalidad discursiva*, es decir, la manera como se enuncia esa situación denominada abusiva desde nuestra conceptualización. Esta modalidad muestra cómo se significa el hecho y corrobora nuestra idea de que estos enunciados se relacionan con lo instituido y sus significaciones cristalizadas.

3. *El desglose* de los enunciados. Lo realizamos en el material aportado por el paciente y destacamos lo enunciado por la denominada persona victimizada y lo enunciado por los padres o, por lo menos, la madre.

4. La *dinámica de la reabsorción*. La centramos en ver cómo se reabsorbía la práctica vincular que estimamos abusiva en la significación «exceso materno», relacionada con exceso de aquello que provee una madre de acuerdo a la representación social: afecto, cuidados, protección, ternura.

II. De manera impensada, fue surgiendo otra área de interrogación: la de las consultas a colegas acerca de la incidencia de esta temática en su tarea clínica profesional, y la relación con la posibilidad de *visualizar* en el sentido ya explicitado.

III. Elegimos algunos casos que conmovieron de una manera muy particular a la opinión pública, porque nos pareció interesante considerar la pregnancia de algunos enunciados centrales de la representación social *madre* que invisibilizan, a nuestro entender, la sexualidad y la amoralidad³ en juego, bajo el peso de lo proveniente de «la naturaleza», para entender el sentir y el actuar de una madre.

³ Es Liliana Percovich (en Tubert, S., 1996) quien analiza la *amoralidad*, según sus palabras, de las mujeres en la sociedad actual, consi-

A continuación explicitamos algunas hipótesis:

1. La representación social «madre» invisibiliza todo lo que queda fuera de las significaciones instituidas asociadas a ella, limitando la producción de nuevos sentidos.
 2. La fuerza de lo instituido produce un efecto de repetición y reproducción.
 3. Cuando el objeto (fenómeno, situación, vínculo) se empieza a resistir a quedar apresado en una significación, se produce una reabsorción de lo no esperable bajo una enunciación novedosa que no contradice el núcleo fundamental de la representación. Esto sucede con la enunciación del «exceso materno» o «exceso de protección materna» y/o «sobreprotección» o «simbiosis materno filial», que velan el goce de la madre detrás de la racionalización acerca de lo que es dar placer y cuidado al hijo/a.
 4. Cuando esta invisibilización actúa también en los terapeutas, el modo de abordaje del problema es sensiblemente diferente al que se produce cuando la situación se ha hecho visible.
1. En lo referente a las consecuencias psíquicas del velamiento, podemos mencionar:
 - a) impide una saludable ligazón de los episodios infantiles con ideas persistentes o dolorosas actuales;
 - b) produce violencia, por el desplazamiento de la hostilidad hacia otros;
 - c) genera efectos *a posteriori* en la resignificación de áreas vinculadas al tema del vínculo materno-filial (por ejemplo con la elección de *partenaires* por parte de los hijos);

derándola como un producto de su posición subordinada y su fallido estatuto de sujeto que expresa, por otra parte, la imposibilidad de simbolización del lugar de origen, no reconocido ni valorizado. La experiencia de la mujer (tanto en el vínculo amoroso como en el maternal) se ubica más cercana al orden de la naturaleza y entonces, sobre la maternidad, el aborto y el cuidado de los niños las mujeres harían de acuerdo a sus «valores», sus intuiciones, y los hombres hablarían, dando sentido al acto y afirmando la ley.

- d) produce alienación en la operatoria de otorgamiento de sentido.

No afirmamos que estos problemas tengan forzosamente relación con las experiencias infantiles de violencia sexual, pero sí que desplegar esa área interpretativa posibilita abrir el campo de pensamiento y levanta la prohibición de dar un nuevo sentido a esas experiencias, que en general no están definitivamente olvidadas, sino que han sido incorporadas como «naturales» de la vincularidad con la madre.

Ideas directrices

En nuestra tarea como investigadoras se han ido perfilando una serie de ideas rectoras. Durante estos años hemos encontrado en algunas familias un tipo de intercambio particular que nos condujo a categorizarlas como familias de *transacciones incestuosas* (Heritier, F. y otros, 1994). Se trataba de familias sin reglas, de gran horizontalidad, sin diferencia generacional que marque la autoridad parental, o familias con un funcionamiento más claramente perverso.

En ambos tipos de familias se detecta ausencia o escasez severa de intercambios con el exterior que marcan un alto grado de aislamiento; éste debe medirse con parámetros que no se detengan sólo en la evidencia de las interacciones.

Además, en los relatos de estas familias se repetían algunas cuestiones:

- falta de proscripciones en las elecciones sexuales. Familias con frecuencia alta de uniones entre parientes políticos (por ejemplo, cuñados) y entre consanguíneos.
- A través de un estudio diacrónico, repetición de situaciones incestuosas de primero y segundo grados.
- Madres:
 - intrusivas; con un discurso de un saber omnipotente sobre el hijo/a;

-
- de gran vulnerabilidad personal (pedido implícito o explícito de ayuda a los hijos en situaciones de supuesto malestar sexual; asignación de responsabilidades adultas a los jóvenes dentro del sistema de parentesco, etcétera).
 - Varones seducidos por sus madres exhibicionistas.
 - Ambigüedad en la codificación de los intercambios familiares.
 - En las familias con transacciones incestuosas existe una enunciación paranoide en las interacciones, que asigna frecuentemente a los otros una voluntad de violación: «*Siempre pensé que iba a pasar. Ella* (hija de 12 años) *le andaba atrás a mi concubino*». «*Siempre tuve la impresión de que mi hija quería violarme*» (joven madre que pertenece a una familia con repetición de situaciones incestuosas).

Las relaciones familiares no han delineado en estos casos fronteras gestuales claras, y por ende tranquilizadoras. Son familias en las que es frecuente escuchar relatos como los siguientes:

- Una madre dice: «*Yo cuido a las chicas por las duras. ¡Es hombre como todos, por más que sea su padre!*».
- Otra madre: «*Duermo con ella* (la hija de 8 años) *muy agarrada en la cama grande porque mi marido (padastro) es degenerado*».

Las palabras de estas madres recubren el acto, le asignan un sentido a sus prácticas. Hablan de «*cuidar*», «*proteger*» o «*contar para que no se repita*» (por ejemplo, la violencia sexual de sus compañeros).

Pensamos que en estas prácticas existe un plus, algo que no se dice o que ni siquiera se piensa. Un goce que no es sin consecuencias y que, debido a su origen en un vínculo asimétrico adulto significativo-niño, obstaculiza la defensa desde el hijo (sentimientos confusos como «*me dio vergüenza porque yo le dije de su desnudez y ella se sorprendió, porque ¡es cierto!, ¡es mi madre!*»).

La representación *madre* obstaculiza el desarrollo, la visibilización del exceso de lo significado, resistiendo a la diversidad y a los cambios en el discurso y en las prácticas vinculares y sociales. Sobre todo cuando esas prácticas pudieran poner definitivamente en cuestionamiento los elementos centrales de la representación.

Por ese efecto de invisibilización estará obstaculizado, desde las distintas formas resistentes, el libre encadenamiento de los significantes que irán semantizando esas prácticas sobre las cuales se produce el velamiento.

No se trata sólo de la negación de lo que se ve, sino de la reabsorción del exceso con enunciados que surgen con coherencia lógica de los enunciados centrales de lo instituido.

Si pensamos que la naturalización permite convertir los elementos nucleares en –con palabras de S. Moscovici– «entidades objetivas que uno observa en sí mismo y en los otros» (en Flores Palacios, F., 2001), encontraremos que la tendencia es connotar como «exceso materno» todas aquellas prácticas que son excesivas respecto de la condición «natural» de la maternidad.

En lo relativo a la madre, se habla de lo natural del «instinto materno» con todas sus implicancias amorosas y cognitivas (saber amar y el saber acerca de los hijos). Históricamente desde la constitución de esa representación, entra en oposición «madre» y «mujer sexuada» en el discurso de género. «Una madre puede renunciar a su sexualidad si lo merece el cuidado de los hijos».

La autora Estela Welldon considera que, desde su experiencia clínica, «la maternidad brinda a la mujer la oportunidad de tener el completo control de una situación» y señala que la etapa de la crianza de los hijos puede crear el «caldo de cultivo idóneo para que algunas mujeres que han sufrido experiencias perjudiciales o traumáticas, exploten y abusen de sus hijos» (Welldon, E., 1993, pág. 91).

Los cuidados de los hijos que no son adecuados para su momento evolutivo, las tentativas de apropiación del hijo en sus diversas áreas de desarrollo, los contactos corporales uni o bidireccionales amorosos, etc., son decodificados socialmente como extensiones en el tiempo de modos de vincularidad que no pudieron sustituirse por otras formas de contacto, como excesos en la protección y cuidados maternos.

Si bien esta vincularidad se puede definir como patológica, no se decodifica con ningún tipo de intención sexual desde la madre. Desde el proceso de invisibilidad del que estamos hablando, se hace una lectura estrictamente relacionada con la necesidad de la mujer-madre de no perder a su hijo/a pequeño; de no renunciar a ese lugar asimétrico que autoriza a adjudicar significaciones que produzcan un discurso unívoco vincular; de los obstáculos en el psiquismo materno para permitir una terceridad, etcétera.

También en estas ideas directrices, un tema central es el de la asimetría en el vínculo filial, ya que en la madre, tanto sus recursos yoicos, como su posición de adulto significativo la ubican del lado de la actividad, y al hijo –aun activo en sus gestos verbales o no verbales–, del lado de la pasividad.

Laplanche se refiere, con su concepto de seducción originaria, a la situación fundamental en que el adulto propone al niño significantes tanto verbales como no-verbales, incluso comportamentales, impregnados de significaciones sexuales inconscientes. Y cuando define los significantes enigmáticos, se formula la siguiente pregunta: ¿se puede seguir descuidando, en la teoría analítica, la investidura sexual e inconciente rectora, por parte de la mujer, del pecho mismo, órgano natural de la lactancia? (Laplanche, J., 1989).

APENDICE I
Tipología - Casos clínicos

Hemos elaborado, con el fin de dar luz sobre estas formas de vincularidad abusiva materno-filial, una tipología según el modo discursivo y la forma de incluir los cuerpos y las emociones en el vínculo.

- 1) Madres que ejercen un claro avance sobre el cuerpo de los hijos.
 - a) La sospecha del abuso de «los otros» les permiten interrogar y observar el cuerpo de sus hijos de modo reiterado. Por ejemplo, una madre dice: *«La nena es como una bebita, yo tengo que controlarla por si la manosean»* (habiendo hecho reiteradas denuncias por abuso contra los hombres cercanos). Otra madre: *«Ella y yo formamos un equipo. Ojalá no me pase nada, no sé qué va a ser de Lara (6 años). Yo no puedo confiar en Pedro (el padre)»* (Ella la bañaba y la cuidaba como a un bebé).
 - b) La instrumentación gozosa del cuerpo de los hijos a riesgo de la no metabolización por parte de los menores de las consecuencias. Ejemplo 1: *«Andá con esa remerita y el short, vas a ver cómo el verdulero nos cobra más barato»*. Ejemplo 2: El caso de la madre que agotaba a sus hijos pequeños fotografiándolos desnudos en poses inadecuadas para su edad, sexo y vínculo.
 - c) Saneamiento del cuerpo del niño. Ejemplo 1: acompañar al joven al baño para entretenarlo para que pueda defecar a pesar del estreñimiento. Ejemplo 2: pasarle pomada por los genitales para hacerlo más adecuadamente. Ejemplo 3: para aliviarle los dolores menstruales hacerle «masajitos» en los pechos y panza.
 - d) Madres que tocan el cuerpo a demanda del niño: dar el pecho a niños grandes, tocarles los genitales o dejarles frotar sus genitales en el cuerpo materno.
 - e) Tocamientos mutuos o unilaterales que, fenoménicamente, aparecen con intencionalidad de placer sexual.

2) Madres que se muestran vulnerables:

- a) relatan a sus hijos sus padeceres sexuales y les piden ayuda. Por ejemplo, un hijo dice: «*Yo ya no quiero saber más nada de lo que te hace papá en la cama, aunque te lastime!*».
- b) Demandan un excesivo acercamiento corporal como parte de la búsqueda de amparo afectivo. Por ejemplo, en el relato de un hijo: «*Yo quiero dormir solo (...) pero ella dice que no la quiero, si no duermo con ella*».

3) Madres que se muestran autorizadas a desnudar sus cuerpos y a mostrar sus emociones en la sexualidad sin censura delante de los hijos. Por ejemplo, dice un hijo «*No lo veo mal que anden desnudas porque son mi madre y mi hermana. Yo muchas veces probé si me pasaba algo, y no, porque son mi madre y mi hermana*».

Hemos verificado que en los quince casos clínicos trabajados en esta investigación, el motivo de consulta no ha sido la situación que hemos denominado abusiva. La modalidad discursiva, tanto en los casos clínicos como en los dos casos públicos (que trabajamos en el *Apéndice II*), evidencia que la significación de la situación denominada abusiva tiene relación con lo instituido y sus sentidos cristalizados.

En algún caso clínico hay idea de victimización, pero en ninguno hay enunciados que adjudiquen placer al acto por parte de la madre. Ninguno de los abusados dice, dirigiéndose a su madre: «*A vos te gustaba mostrarte así*», «*Te gusta que sepamos lo que hace papá con vos*», «*Te gustaba tocarme por eso te lo permití*», «*Nos gustaba a los dos*».

Tal como esperábamos, la significación «exceso materno» relacionada con el exceso de protección, afecto, ternura, aparece cuando se intenta absorber en la representación la práctica vincular inadecuada con relación a la edad y/o recursos del hijo, sin que tal significación entre en conflicto con el núcleo central de la representación.

APENDICE II *Casos Pùblicos*

Respecto de la interpretación dada a algunos hechos de conocimiento público, nos pareció interesante relatar dos situaciones. La primera relacionada con el concepto de *amoralidad* y la segunda con el concepto de *naturalización* de las prácticas maternas.

Nos pareció claro que esa modalidad discursiva obstaculizaba un análisis más amplio del conflicto que se estaba dando a conocer públicamente, y que eran un claro ejemplo de invisibilidad por la alta pregnancia de la representación social madre.

1) «*Absolvieron a la maestra acusada de tener un romance con un alumno*» (*Clarín*, «El caso de la maestra de Punta Alta», 15 de junio de 2001).

Una maestra de 32 años tuvo una relación amorosa con un alumno de 11 años, que el Juez no pudo probar si incluía o no relaciones genitales.

Durante el verano de 1998 se vieron casi a diario, y los padres encontraron cartas de amor con textos como el que sigue: «Me gustó mucho que estuviéramos juntos anoche. Te tengo a mi lado, enamorado como siempre, cumpliendo el mayor deseo de toda mi vida (pasar con vos toda la noche)».

Hubo 70 llamados desde el celular de la maestra a la casa del niño.

Es interesante el fallo del Juez Raúl López Cameló, de Bahía Blanca. Consideró que al chico le hizo más daño «la exposición pública a la que se vio sometido por la acción de los adultos (sus padres), que la relación afectiva con su maestra.»

Dice el Juez: «las pericias psicológicas nos informan de un chico aturdido por el sinfín de interrogatorios y entre-

vistas a que fue sometido, transido de vergüenza por la exposición pública de su caso, y culposo porque a partir del escándalo desatado, *«vio frustrada una situación en la que había depositado expectativas afectivas»*. Evaluó que la relación *«fue la de enamoramiento de una persona que le brindaba afecto y contención»*.

Por un lado, se presume que hubo un cambio de juez en el medio de la situación para favorecer a la maestra, pero esto no podemos saberlo. Lo que es interesante, es que no hubo discusiones públicas en torno a este fallo, que tiende a centrarse en las consecuencias emocionales en el niño, *pero que no alude a la responsabilidad social de la docente en una relación evidentemente asimétrica*. Inclusive, dice en el fallo que *la relación «es registrada como algo gratificante y no displacente, independientemente de lo lesivo que pudiera resultar para el desarrollo de su personalidad»*, refiriéndose al niño. (Los destacados son nuestros)

La sanción no juzga moralmente a la maestra y no parece adjudicarle un goce sexual en el vínculo, como si la maestra hubiera cubierto alguna carencia afectiva (¿de la madre?) en el niño.

Creemos que este caso tiene estrecha relación con la temática de la *amoralidad* del género femenino y con la imposibilidad de ver de otra forma que como *«exceso de algo del orden materno»* algunas conductas que serían de claro contenido sexual.

2) *«La niña debe regresar»* (Página 12, «Un día muy particular», 24 de junio de 1995; «Argentina en guerra», 25 de junio de 1995.)

Caso Daniela, hija de Gabriela Osswald y Eduardo Wilner.

Corría junio de 1995. Gabriela y Eduardo se habían separado en Canadá, donde residían. Gabriela quería vol-

ver a vivir en la Argentina y, llegada a este país por unas vacaciones, pide desde aquí la tenencia de la niña, Daniela, de tres años.

Grupos de mujeres atrincheradas en la cuadra de la casa donde estaba transitoriamente Daniela, se armaban con huevos para resistir a la fuerza pública. No pudo haber restitución al padre y con ello se transgredió lo que había sancionado acerca de la niña canadiense la corte de La Haya. Gabriela, según la gente que mayoritariamente la apoyaba, *había transgredido porque estaba luchando «como una leona»*, aludiendo al parecer a algo del orden de lo *natural* que surge en cada madre cuando debe defender el vínculo filial.

Gabriela había transgredido también el acuerdo conyugal de venir de vacaciones a la Argentina y volver a Canadá.

El abogado Raúl Rosetti, especialista en Derecho Civil, opinaba: «*Hay una concepción jusnaturalista según la cual hay una ley natural que está por encima y es previa a la ley positiva. Según esta concepción, durante la niñez, la relación madre-hija es superadora de cualquier otro vínculo. Creo que si se corta esa relación, puede existir un daño biológico-psíquico para la menor, y esto es lo que percibe la sociedad*» (en esta última afirmación alude al apoyo de la población para la madre en el caso de que se trata).

La abogada Haydee Birgin, relaciona el caso con una vieja prerrogativa masculina de que es el hombre el que fija el domicilio conyugal y que la mujer tiene obligación de seguirlo. En realidad, unos años atrás los esposos de esta historia habían decidido viajar a Canadá para completar los estudios de él y luego decidieron (no se dijo qué acuerdo hubo entonces) quedarse a vivir allí. Luego del divorcio, la ex-cónyuge cambia de parecer. Y, en términos judiciales, *secuestra* a su niña. Posteriormente a cualquier divorcio, sabemos muy bien los que trabajamos en estos casos, el cambio de residencia a lugares lejanos del otro progenitor siempre constituye un tema a acordar, por las consecuencias del alejamiento. *Sin embargo la abogada*

concluye, como si tratara a la mujer como una menor: «De ahora en adelante las mujeres deberemos cuidarnos muy bien de “acompañar” a nuestros maridos a estudiar, ya que el riesgo es que si de manera unilateral se rompe el pacto inicial y él decide no volver, no nos quedaría otro recurso que seguir la propuesta del rey Salomón y cortarnos en dos: mitad madre y mitad ciudadana.»

En el texto de Birgin también parece entrar en conflicto la obediencia a la ley, en el rol de ciudadana, con la necesidad de la mujer de resolver «por su corazón y por su naturaleza». La vulnerabilidad obliga a la abogada a advertir que las mujeres deben cuidarse de los hombres y de su apoyatura en la ley.

Bibliografía

- Abadi, G. «Vicisitudes del divorcio. Incidente en el régimen de visitas: una lectura vincular», Jornada de Psicoanálisis y Género, 1997.
- Abadi, G., Beovide, C., Quattrone, A. «Padres construidos desde la justicia», Jornadas de Psicoanálisis y Comunidad, A.P.A., Buenos Aires, 1995.
- «Es un *berso (sic)*. La violencia de un padre ejemplar», Jornadas Internacionales *Violencia y abuso sexual en niños y adolescentes*, 1997.
- «Condiciones para la producción de transformaciones en procesos psicoanalíticos con familias derivadas del sistema jurídico», trabajo premiado con Mención al Mejor Trabajo Libre, II Congreso de Salud Mental de la Ciudad de Buenos Aires, Gobierno de la Ciudad, Buenos Aires, 1999.
- Abadi, G., Beovide, C., Bianchi H., Quattrone, A. «Acerca de la interrelación Psicoanálisis y Justicia en la Postmodernidad», XII Congreso Latinoamericano de Psicoterapia Analítica de Grupo, 1998.
- Alizade, M. A. (2000) *Escenarios Femeninos. Diálogos y Controversias*, Buenos Aires, Editorial Lumen, 2000.
- André, J. (dir.) (1999) *La feminidad de otra manera*, Claves, Nueva Visión, 2000.

- Aulagnier, P. (1975) *La violencia de la interpretación*, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1977.
- Azaretto, C. Comunicación personal.
- Badinter, E. (1980) *¿Existe el amor maternal?*, Buenos Aires, Paidós, 1981.
- Diccionario de Psicoanálisis de las Configuraciones Vinculares* (1998), Buenos Aires, Ed del Candil, 1999.
- Beovide, M. C. «Una lectura posible del lugar del padre en la consulta de familias del área jurídica», trabajo ganador del Premio Dr. Arturo Ameghino a la Investigación, 1993.
- Berezín, A. Comunicación personal.
- Chanquía, D. (1998) *Lo enunciable y lo visible. Punto de fuga*, Conaculta, Méjico, 1998.
- Ferenczi, S. (1932) Confusión de lenguas entre los adultos y el niño, *El lenguaje de la ternura y la pasión, Obras Completas*, Tomo IV, Ed. Espasa Calpe, Madrid, 1984.
- Fernández, A. M. (1993) *La mujer de la ilusión*, Buenos Aires, Paidós, 1993.
- Flores Palacios, F. (2000) *Psicología social y género*, Méjico, Universidad Autónoma de Méjico, 2001.
- Freud, S. (1915) Pulsiones y destinos de pulsión, *O. C.* Vol. 14, Buenos Aires, Amorrortu editores, 1992.
- (1938) El malestar en la cultura, *O. C.* Vol. 21, Buenos Aires, Amorrortu editores, 1992.
- (1938) Compendio de Psicoanálisis, *O. C.* Vol. 3, Madrid, Ed. Biblioteca Nueva, 1973.
- Glaser, D. y Frosh, S. (1988) *S. Abuso sexual de niños*, Buenos Aires, Paidós, 1997.
- Grimal, P. (1951) *Diccionario de Mitología griega y romana*, Buenos Aires, Paidós, 1981.
- Heritier, F.; Cyrulnik, B. y otros (1994) *Del Incesto*, Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión, 1995.
- Kaës, R. (1999) «Pulsión e inter-subjetividad», *Revista de Psicología y Psicoterapia de Grupo*, vol. XXIII, nº 1, 2000.
- Knibiehler, Y. (2000) *Historia de las madres y de la maternidad en Occidente*, Buenos Aires, Nueva Visión 2000.
- Laplanche, J. (1987) *Nuevos fundamentos para el Psicoanálisis*, Buenos Aires, Amorrortu editores, 1989.
- Laplanche, J. y Pontalis, J.B. (1967) *Diccionario de Psicoanálisis*, Barcelona, Labor, 1981.
- Ley sobre Protección contra la Violencia Familiar, N° 24417, 1995.

- Ley sobre régimen de visitas N° 24270.
- Raiter y otros (1999) *Discurso y ciencia social*, Buenos Aires, Eudeba, 1999.
- Sanz, D.; Molina, M. (1999) *Violencia y Abuso en la familia*, Buenos Aires, Lumen, 1999.
- Tesone, J. E, «De la teoría de la seducción a la seducción traumática teorizada», *Revista de Psicología y Psicoterapia de Grupo*, vol. XXII, Buenos Aires, 1999.
- Tubert, S. (ed.) (1996) *Figuras de la madre. Feminismos*, Valencia, España, 1996.
- Travesías 2: *Violencia sexual, cuerpos y palabras en lucha*. Documentos del Cecym (Centro de Encuentro de Cultura y Mujer). Revista, Año II. N°2, Buenos Aires 1994.
- Verón y otros (1968) *Lenguaje y comunicación social*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1969.
- Welldon, E. (1988) *Madre, virgin, puta. Idealización y desnigración de la maternidad*, Madrid, Siglo Veintiuno, España Editores, 1993.

Resumen

Este trabajo es un resumen de una investigación en curso realizada en un Centro de Salud Mental de la Ciudad de Buenos Aires. En esta investigación se intenta mostrar que la representación social mítica madre tiene una fuerte pregnancia dentro del imaginario social, y que sus enunciados son proveedores de sentido de diversas prácticas en torno al sujeto madre.

En esta línea, se analiza particularmente la producción de invisibilidad cuando se trata de otorgar un sentido a prácticas que contradicen el núcleo central de esa representación mítica. La visibilidad, en oposición, se relacionaría con la creación de nuevos códigos que autorizan al investigador a apartarse conceptualmente de lo instituido. A partir de allí, se intenta lograr la construcción de una tipología como un instrumento de abordaje capaz de ampliar la mirada sobre el objeto de análisis.

Summary

This work is a summary of an actual investigation that is taking place in a Mental Health Center in Buenos Aires city. In this investigation it is intended to show that the social mother representation has a strong pregnancy into the social imaginary and that its enunciations are supplied with sense from different practices around the mother subject.

In this line invisibility production is particularly analyzed when trying to bring sense to practices that contradict central nucleus of that myth representation. In opposite, visibility it is connected to creation of new codes that authorized the investigator to come apart from the established concept. From there on, we attempt to reach the construction of a typology as an approaching instrument able to widen the look on the analysis object.

Résumé

Ce travail est le résumé d'une recherche actuellement en cours et qui se réalise dans un Centre de Santé Mentale de la ville de Buenos Aires. La recherche tente de montrer que la représentation sociale mythique mère est fortement installé dans l'imaginaire social, et que ses énoncés donnent un sens à diverses pratiques liées à ce sujet qu'est la mère.

Dans cette perspective, nous analysons tout particulièrement la production d'invisibilité lorsqu'il s'agit d'accorder un sens à des pratiques qui contredisent le noyau central de cette représentation mythique. A l'inverse, la visibilité serait liée à la création de nouveaux codes qui autorisent le chercheur à s'écartier conceptuellement de ce qui est institué. A partir de là, l'on tâche d'obtenir la construction d'une typologie comme instrument qui permette d'aborder l'objet d'analyse dans une perspective plus élargie.

Los vínculos en Internet. Seducciones en-red-a-das

Norberto Inda *

(*) Licenciado en Psicología. Miembro Adherente y Coordinador de la Sub-comisión de Cultura de la AAPPG. Asesor del Foro de Psicoanálisis y Género (APBA).
Avda. Santa Fe 5380, 7º “E” (1425) Ciudad de Buenos Aires.
Tel.: 4772-6279 - E-mail: ninda@sinectis.com.ar

«*Yo no busco, encuentro*».

Pablo Picasso

«*La unidad es una necesidad de la inercia, la pluralidad, un síntoma de fuerza*».

Federico Nietzsche

I

En un mundo cada vez más poblado de imágenes, con setenta canales y casi ninguna flor, donde *ser* es *ser visto*, o *ser mirado*, donde la gloria tiene el nombre de aparecer unos minutos en la televisión o en las revistas, se extiende, se expande una forma de la comunicación planetaria: la red Internet, que en su dimensión de comunicaciones vía *e-mail* y el dispositivo chateo, compelen a formular sentimientos e ideas en palabras no oídas, sino a través de signos verbales que, en la intimidad, aparecen en una pantalla.

Ahora podemos ser «sin ser vistos». La pertenencia es menos a la polis, que a la red globalizada. La conexión a la «máquina» es una manera de sentirse vivo. Como decía un entrevistado: «*En Internet siempre existo para alguien*». Y todos sabemos la importancia identitaria que tiene estar en la mente de otro.

Acá la globalización no es un concepto, sino una experiencia cotidiana. Intersubjetividades sin tope, en un mundo sin fronteras.

Sabemos que la familia y la escuela no son las fuentes únicas, ni tal vez principales, de conformación de identidad. Los medios de comunicación de masas, particularmente la televisión, ha penetrado la intimidad –de hogares y cabezas– y no son, en tanto lenguaje, sólo reflejo del mundo sino que lo están constituyendo. Ya E. Giberti hablaba de la televisión como uno de los miembros de la familia. Ahora, la *PC* se metió en el hogar, y la red Internet

inaugura formas del lazo social absolutamente inéditas, progresivamente masivas, cuyas consecuencias apenas estamos vislumbrando.

Nuestro andamiaje perceptual y cognitivo, producto de los relatos de la modernidad (entre ellos el psicoanálisis), parece necesitado de complejizaciones interdisciplinarias que den cuenta de las transformaciones aceleradas que, a nivel social e individual, están ocurriendo. Internet es algo nuevo: estoy con otro, sin estarlo físicamente. La red acerca distancias y aleja cercanías. Estoy frente a una pantalla, pero interactuando. La imaginación se despliega, tal vez, con menos máscara social, pero no menor poder inductivo. El desafío supone la gestión de diferencias, convocar en el otro y en mí mismo la dinámica de la pluralidad: otros lazos se están gestando. Nuevas pertenencias, en la pragmática del «yo es otro» de Rimbaud. En esta concepción, que se desancla de la lógica identitaria previa, cada encuentro implica un origen, es decir una novedad. Lo infantil, lo edípico, es un punto de partida, pero no el fundamento de todo lo posterior. El vínculo con el otro requiere una presencia, no sólo como exterioridad, sino como alteridad no abarcable por lo conocido.

II

Para R. Major (1973), el aspecto revolucionario de la terapia freudiana fue la introducción del diván, y con él, la deprivación de la visión en el vínculo entre analista y paciente. Dice *«La innovación capital, desde el punto de vista técnico, consistió en sustraer al terapeuta del campo visual de la histérica, para que ésta se hiciera oír, y para que no encontrara más, en el espectador en lo real, la mirada que encarnara su deseo. Constriñéndola así a reencontrar en su propia palabra su división interna, y en el espejo, su propia mirada»*. Se apuntaba al conocimiento de ese otro que hay en cada uno de nosotros, la dimensión de lo inconsciente, mediante un dispositivo que acentúa el escuchar, sobre todo el escucharse. Otra herida narcisista: el

yo está descentrado con respecto al sujeto. Hoy vamos visualizando cuánto del sujeto se juega en los intercambios. La producción de subjetividad siempre es grupal o vincular, no sólo vínculos originarios sellan una identidad, cada intercambio desestructura y reinstala nuevas versiones del sí mismo.

La investigación «Los vínculos a través de Internet» (Lameiro, M.; Sánchez, R., 1998) destaca, entre otros conceptos, cómo se privilegia la dimensión comunicativa-interpersonal con relación al plano informativo de búsqueda de datos y conocimientos. Hay mayor uso del correo electrónico *–e-mail* y *chat*– por sobre la navegación en la red.

El intercambio en Internet no incluye, hasta ahora, la dimensión visual, y por lo tanto tampoco los vectores histeriformes y persecutorios de la vinculación cara a cara. Los planos del enunciado y la enunciación quedan limitados al del uso de palabras, al de la construcción de frases, lo que sin dejar de armar juegos dramáticos, lo hace de formas diferentes. Un hablar escrito, «diálogo de pantallas» en el que, como en toda intersubjetividad, todo decir es un hacer. Un hacer que es seducir, en el sentido del intento casi permanente de cambiar de lugar al interlocutor. Tal vez, esto configura parte del fenómeno que antes comentábamos: que el vector informativo cede en importancia frente al plano comunicativo.

Por cierto, están aquellos que entienden los vínculos vía Internet como una tecnificación de los intercambios, como una modalidad distante, deshumanizada, de tinte postmoderna. Aquellos que creen que no hay intersubjetividad sin la concurrencia de los cuerpos en interacción y los espacios que éstos configuran, como anclajes indispensables y referencias ineludibles para la identidad y el vínculo con el otro. En ese sentido describen a los vínculos en Internet como fríos e incompletos, sin rostros ni afectos.

Están también, los que consideran a Internet como una herramienta formidable, que no sólo acerca al mundo, sino

que también es el acceso a un conocimiento de prácticamente todo lo que se está gestando a nivel de descubrimientos, opiniones, corrientes de pensamiento, arte, etc. En lo que particularmente nos ocupa, los vínculos entre personas, representa un desafío para formas del intercambio inéditas hasta hoy. Donde si bien los cuerpos no están cerca, no por eso dejan de vibrar, sólo que palpitan en otra dimensión. Pertener a alguna red temática de discusión, precipita un aluvión de intercambios, opiniones, disensos, nuevas respuestas, no sólo a propuestas personales, sino también a las que se despliegan entre otros. Casi un exceso inmetabolizable.

Lo cierto es que, para muchos de nosotros, a la ceremonia del desayuno, o la lectura del diario, le sigue el encender la *PC* y abrir el programa de correo electrónico. Algunos, más ansiosos, abren la máquina con el café o la tostada en la mano. Condenados al vínculo, o a los reclamos del mundo, a la noticia de un amigo, o la publicidad de un nuevo curso, o a la lista de los *jubilados de privilegio*. Otros se dirigen directamente a un canal de chat. Estamos en-red-a-dos.

III

Durante siglos las cartas fueron la memoria del tiempo. Como los diarios íntimos, fueron el testimonio de formas de vida, expectativas, circunstancias, dolores, alegrías y demandas. La correspondencia fue una vía importante del conocimiento íntimo de muchos creadores. Y para todos, una suerte de diario personal, una forma de historizarse. Tal vez el correo electrónico –el *e-mail*– sea el relevo de aquellas cartas, en estos tiempos.

Voy a centrarme más en aquellos que pasan horas de cada día chateando con otros, buscando contactos, conociendo gente y produciendo distintas versiones de sí mismo. Ejercitando una intersubjetividad que, al disolver los confines de la identidad conocida, pone en juego –nunca

mejor expresado— esa dimensión lúdica de la polifonía enunciativa (Bajtin, M., 1979), que desbarata cualquier presunción de una identidad cerrada u homogénea. El otro siempre cuestiona la presencia del mismo, como diría Borges, pero es otro, que, a su vez, participa del «dialogismo»: cada palabra concreta refiere siempre a objetos ya marcados por anteriores enunciados, cada diálogo lo es de múltiples voces que hablan dentro del sujeto.

Recordemos una caracterización mínima y seguramente esquemática de lo que se entiende por relación de objeto y por vínculo. La idea de «*relación de objeto*» se aplica básicamente a las representaciones intrapsíquicas del otro. Siempre parcial, es una relación que se alimenta en ausencia del otro real. Y que se plantea, fundamentalmente, desde el sujeto hacia los otros, desde una idea de identidad que se dirige a la alteridad. En este caso, se trata de que cada encuentro, que por transferencia es un reencuentro, o un desencuentro, esto es, un imposible. Las experiencias infantiles hacen una marca frente a lo cual las nuevas experiencias se inscribirían con relación a ese originario. Freud (1925) teorizaba al yo de placer purificado como la operatoria en que «*el yo desea introyectarse todo lo que es bueno y expulsar todo lo que es malo. Para él lo malo, lo extraño al yo, lo que está afuera, son al principio idénticos*». Como ya nos advirtiera E. Dio Bleichmar (1985), algunas teorías infantiles siguen armando intercambios. Por otro lado, toda la filosofía de occidente priorizó lo UNO con respecto a lo múltiple. La identidad es una noción retrospectiva. La idea de un núcleo identitario de género, por ejemplo, es consustancial a estos planteos.

En contraposición, el trabajo fuerte con los dispositivos vinculares, y toda la corriente que dentro del psicoanálisis trabaja la intersubjetividad, como fuente de todo proceso subjetivante, plantearía que *vínculo* es en presencia, con el otro. Otro, que siempre implica para el sujeto un exceso irreductible a las propias representaciones. Como la ajenidad del inconsciente, cada encuentro no es reencuentro, sino que traería una novedad no asimilable a las propias catego-

rías. La subjetividad es el resultado de funciones y relaciones, no es un dato previo.

Si en el caso de la relación de objeto, la re-presentación, es decir, la vuelta a presentarse, se asienta, por ejemplo, en la idea de la complementariedad o semejanza (de sexos, de géneros), el vínculo implicará el énfasis en la suplementación, el plus no reductible.

Al hablar de presencia, no me estoy refiriendo solamente a la presencia concreta, perceptible, del cuerpo del otro –lo que no ocurre en Internet– sino al albergar al otro en su ajenidad, a considerar el impacto que el otro produce en el sí mismo. Acá lo perceptible son superficies textuales, diálogos de escrituras. En J. Kristeva, la intertextualidad desplaza a la noción de intersubjetividad, aquella que fertilizó los estudios literarios. ¿Es lícito traerla al campo de los vínculos en Internet?

La pregunta que subsiste es *¿qué de vínculo, en el sentido de novedad, o de relación de objeto (repetición-representación) tendrán los intercambios en Internet?*

IV

La *PC* es un pasaporte al mundo, a personas que jamás conocería sin este medio, también una invitación a la inmediatez, casi a la urgencia, como los 74 canales de televisión, cuyo pasar vertiginoso depende de mis dedos. Al ingresar a un canal de *chat*, las pulsiones encuentran un nuevo destino. A veces el objeto es absolutamente contingente: miles de seres como objeto de la descarga, de la urgencia por llenar un vacío, puros medios para un fin personal, pulsional. Ya adelanté que la relación de objeto se nutre de ausencia. También en Internet, cada encuentro puede ser un desencuentro, o a lo sumo un re-encuentro.

Ignacio, 48 años, arquitecto, a quien le divierte buscar mujeres por la *web*, dice«*soy muy selectivo, el primer*

filtro es físico, tengo una percepción especial del espacio, sólo sigo chateando con las que calzan más de 37 (cuanto más grande es el pie, más altas son), si las manos son largas, son delgadas». Ignacio no tarda en concretar una cita, y si la relación sigue, no es por la red, sino en camas nada virtuales.

Pero también Internet trae la posibilidad de establecer vínculos: de información, de afectos, de opiniones, etc. Vínculos de presencia, y presencia no como un dato perceptual, o encuentro cara a cara, cuerpo a cuerpo, sino en lo que la presencia del otro tiene como ajenidad, irreductible a la propia inscripción. Abrirse al encuentro, a la presencia de ese otro no significada previamente, hará lugar a algo relacionado con lo acontecimental. I. Berenstein (2001) dice: «*el acontecimiento es imprevisto, no cabe en el saber sino en el suceder, en el devenir. No es del orden del ser, es irrepresentable, no tiene lugar sino que deberá inaugurarlo, sólo se lo puede enunciar después, cuando se ha sustantivado».*

S. Turkle (1998) describe el caso de una mujer –Ava– a quien, a consecuencia de un accidente, debió amputársele una pierna. Su vida social y afectiva se redujo casi absolutamente. Después de largo tiempo, tuvo ocasión de experimentar sexo virtual, incluyendo su nuevo esquema corporal. Este intercambio, realizado en un ambiente de cuidado mutuo, fue decisivo para el recomienzo de su vida sexual. «*De nuevo empecé a pensar en mí misma como un todo*», concluyó Ava. La operación tiene algo del tanteo del espacio transicional winniciottiano, un objeto metafórico-metónímico de acceso a una nueva manera de configurar los intercambios. No con otro encarnado, pero tampoco sin otro. En la soledad del chateo, sin embargo, la presencia del otro, con sus respuestas, con sus deseos, opera un procesamiento diferente a los realizados solipsísticamente, en lo intrapsíquico.

V

Como en la invitación al diván, que propuso el dispositivo psicoanalítico, la visión, con su capacidad manipulatoria, inductiva e imaginaria está en estos intercambios, en la mayoría de los casos, ausente o demorada; en los tiempos de la inmediatez, la demora, la apelación a una espera. Todas las ideas deben pasar por el troquel de *la palabra escrita*. Hay que formular frases, conceptos, formas escritas convincentes. La pantalla, como la hoja vacía, espera mi producción. Veo en la pantalla mis propios pensamientos. A su tiempo, leeré los de los otros, en esa misma pantalla que, fugazmente, albergó los míos. Verse en una escritura, ir deviniendo con esas palabras, «ir siendo».

Otra característica es *el anonimato*, la invisibilidad de mi cuerpo y de mis gestos, y el cuerpo y el gesto de los otros. Esto no implica que la dimensión corporal esté ausente en cada uno de los interlocutores. Esta particularidad del anonimato es una invitación a la creatividad, a devenir otro, como diría Deleuze. Otros podrán decir, una invitación a la mentira... Me invento un nombre, un *nick* –a veces varios, depende de con quién estoy– que suele ir acompañado de un número, que cuenta una edad –que también pueden ser varias. A veces me invento un género, una experiencia, unos saberes, puras invenciones. Desde la presunción de una identidad cerrada, definida, previa a los intercambios, la que definía como propia de las relaciones, sí, miento. No digo ni mi nombre *verdadero*, ni mi edad *verdadera*, ni mi género *verdadero*. Pero, por ejemplo, ¿hay algo menos propio, que el nombre propio? Se les ocurrió a aquellos que me engendraron, allá lejos, hace tiempo, a veces ni a ellos mismos, porque hay algún abuelo o abuela a la que homenajear estafeando al futuro niño, con aquel apelativo. Las narrativas ficcionales posibles, vuelven a Internet el dispositivo de la cultura de la simulación, que a su vez desenmascara el carácter ficcional de los encuentros llamados reales. R. Barthes¹ (1988) dice que

¹ Citado en Turkle, S. (1998).

después de atravesar las calles de Disneyworld, se dio cuenta de que toda Norteamérica es Disneyworld.

Por cierto, que algunas de estas «mentiras» pueden juzgarse en las intersubjetividades con presencia incluida. Y es verdad. Aunque no todas. La captura perceptual me definirá con una altura que no podrá modificarse, y con un género que, salvo en un buen travestismo, me va a delatar como hombre o mujer.

Aun sentados en la intimidad de los hogares, la red es –podría ser– una propuesta nómada. Siendo que la categoría de sujetos nómades no está definida por los trasladados geográficos, por los viajes del cuerpo, sino por una subversión de las convenciones establecidas. Al decir de R. Braidotti (2000) «*los desplazamientos nómades designan un estilo creativo de transformación; una metáfora performativa que permite que surjan encuentros y fuentes de interacción de experiencia insospechadas, que de otro modo, difícilmente podrían surgir*».

Todos los investigadores de Internet destacan que la situación de intimidad, de soledad que brinda estar solo frente a la máquina, favorece o facilita una especie de rápida situación de sinceramiento con los interlocutores; en poco tiempo, nos encontramos hablando de temores o deseos muy privados, muy ocultos. Dice una chateadora que se presenta como Morocha 27: «*quizá el chatear desde tu casa, desde tu lugar, hace que lo que pueda opinar el otro no te cohiba y te animás a ser más auténtico... vínculos fuertes con personas que en realidad, nunca dejan de ser extraños*».

Como ocurre frente a la propuesta de cualquier dispositivo vincular, en la dramática que se despliega tenemos un rol determinado, un personaje, pero luego el arrastre de la misma dramatización nos lleva a territorios no previstos. Los escritores repiten la experiencia de la progresiva autonomización del texto; si bien hay algunas ideas al comienzo, luego el mismo proceso de escribir va generando situaciones y personajes no previstos.

Si pensamos que cada encuentro no lo es de dos identidades constituidas previa y definitivamente, entonces Internet es el dispositivo probable de una subjetividad supplementada en cada encuentro. Desdibujar las fronteras no implica necesariamente romper los puentes. Cada vínculo puede ser también un nuevo origen, una nueva complejización. Al decir de Marcelo Percia, *una subjetividad que se inventa*.

«*Quiero vivir la vida sin documentos*», decía la canción de A. Calamaro. Hombres y mujeres dan su testimonio, pero no su nombre. El chat permite crear un personaje. Si abandonamos la contraposición tan cara a nosotros entre «realidad y fantasía», entre mundo real y los mundos virtuales que fluyen por las pantallas, tenemos con el chat la posibilidad de experimentar al sujeto múltiple. Sólo bajo la suposición ingenua de que tenemos acceso a la verdad sin fallas, es que podemos sostener que aquélla se desvirtúa en la unidimensionalidad de la pantalla. Virtual proviene del latín «*virtus*»: *fuerza, virtud. Que tiene virtud para producir un efecto, aunque no lo produce en el presente*, que no es lo mismo que la asimilación a algo no real.

El documento es una atadura. La creencia en una identidad, una trampa para la experiencia de lo diferente. En otro trabajo (Inda, N., 1996) consideré la particular frecuencia con que los varones hacen de la identidad de género una identidad personal, a costa del despliegue de otras modalidades y de la creación de comportamientos menos rígidos. Pero la idea de un sí mismo previo a la experiencia, nos atrae en la medida en que provee una base que, aunque ilusoria, nos abriga frente al otro. Así, ocurre con frecuencia que muchos intercambios se completarían con un encuentro llamado «real», el «momento de la verdad», a veces de la desilusión. Bien, pero mientras tanto, ¿cuáles son los fenómenos intersubjetivos, esto es, subjetivos, que fueron ocurriendo?

VI

Hace años, en los talleres sobre enriquecimiento sexual, una propuesta era: «¿Qué prefiere, que su esposo haga el amor con usted pensando en otra, o que haga el amor con otra pensando en usted?» En aquellas épocas no había chateo, pero se tensaba la problemática de qué es la fidelidad, con los cuerpos o con las fantasías. Ahora, ¿es lícito hablar de «infidelidad virtual»?, ¿es éste un operador útil?

Hay sitios particularmente dedicados a la búsqueda de personas con fines de encuentros amorosos y sexuales, los hay preferentemente heterosexuales, de vínculos gay, de *swingers*, de *cyberaffairs*...

Transcribo una consulta hecha justamente a través de un espacio de asesoramiento psíquico de Internet.

«Soy casada hace 11 años, con tres hijos. Las relaciones sexuales con mi marido han mermado un 90%, mi apetito sexual había decaído después de que empecé a tener hijos y sucede que hace un año ha vuelto a renacer, y el doble. Todo empezó porque ingresé al Internet. Alterno con amigos y me han despertado mis fantasías, pero mi esposo está indiferente, lo que me ha empujado a tener un cybernovio que es fenomenal, hablamos por teléfono y las sesiones son intensas y placenteras. ¿Por qué siento tanto con alguien que no conozco, mientras que con mi esposo ya no siento esa atracción por más que quisiera?»

¿Es el *chat* más real que la vida real? Esta mujer está experimentando lo que hace tiempo no puede jugar con su compañero. ¿Será porque lo conoce demasiado? ¿Porque las diferencias, el juego de cada noche quedaron sepultados bajo la inercia de los cuerpos reales? ¿Será que la representación ha clausurado el asombro? En los diálogos que mantiene, no se trata de un solipsismo fantasioso con sus deseos, hay un otro que los alimenta, los amplía, los deriva, en una recursividad que está en esos momentos

gestando otras maneras de ser sexual. En esa zona transicional, ni todo objeto interno, ni todo objeto externo, las palabras, las frases, las propuestas, como el osito de que habla Winnicott, están creando subjetividad. Para esta consultante, Internet está constituyendo una ocasión para experimentarse otra, para flexibilizar lo que R. Lifton llama el «yo proteico».

Como decíamos, el hecho de contar sólo con palabras, paradójicamente legitima un soltarse, y también una urgencia de acortar distancias para superar el frío. Se abre una intimidad y, gracias al anonimato y la protección de estar dentro de casa, las inhibiciones se aflojan, protegidos, en parte, de la violencia del otro y del desenmascaramiento con que nos amenaza. Tal vez por esto es que se dice que el ordenador es un recurso para fóbicos. También una tecnología que institucionaliza el aislamiento y naturaliza las inhibiciones.

Casi sin habérselo propuesto, con la intimidad experimentada, las personas se van involucrando más rápido de lo que pretendían y nuevos personajes se construyen en nosotros. Como si todo este decir –y leer-escuchar– fuera un hacer que nos va transformando. Y, paradójicamente, más fuerte por la deprivación de otros sentidos. Recorremos que en el chateo damos un testimonio, pero no un nombre (sólo un *nick*). Y que, como se trata de un canal privado de códigos analógicos –acá no juegan ni olores, ni gestos, ni llantos, ni tonos– a lo sumo podemos apelar al *emoticón*. *Emoticón* es un metalenguaje que codifica un enlace entre ciertas figuras y determinados estados de ánimo. La ausencia de los cuerpos en interacción directa es, en parte, una limitación que también contiene un desafío. Decía una entrevistada: «*la falta de rostro te obliga a mayor objetividad o simbolización, un conocimiento más profundo de la persona*». La investigación que antes comentara (Lameiro-Sánchez, 1998) recalca la frecuencia con la que los chateadores hablan de alma, como apelación a lo intangible, a lo espiritual... como decía Saint-Exupéry en *El Principito* ¿«*lo esencial es invisible a los ojos*»?

Hay muchas estrategias para anticipar una anatomía, o querer acercar los vínculos virtuales lo más posible a la dimensión llamada de lo real-perceptible, como el caso del arquitecto antes mencionado. Una paciente ponía el perfume de él cerca de la *PC*, como para tenerlo más cerca cuando chateaba. A otros les es parentoria una fotografía del interlocutor.

Se dice que la mentira es moneda corriente en el chat. Y si lo consideramos desde el punto de vista de la modificación de datos, es verdad que es mentira. Esto haría suponer que los encuentros directos, cuerpo a cuerpo, están exentos de mentira, como si los gestos o los cuerpos garantizaran una transparencia. Planteos que nos conducen a la problemática de la construcción de las categorías de lo real, y a cuestionar las dicotomías entre realidad-fantasía, o mundo virtual-mundo real. Internet es un fuerte mentís a las políticas de la identidad y de la representación. Decía un poema de A. Machado:

*«se miente más de la cuenta,
por falta de fantasía,
también la verdad se inventa».*

El *cyberespacio* también es utilizado para experimentar la mudanza de géneros, una de las formas del disciplinamiento de la cultura que prescribe conductas, expectativas y modelos, a veces dicotómicos, para varones y mujeres. En la era de la simulación, los ordenadores de la tecnología Internet se constituyen en una línea de fuga para los estereotipos de comportamientos ligados a las diferencias sexuales. A diferencia de un encuentro cara a cara, los varones suelen también permitirse ser más románticos y las mujeres más «sexuales». Los vínculos en Internet formulan nuevos espacios relationales –ni de adentro, ni de afuera– a los que varones y mujeres llegarían en una posición de mayor paridad, por la mengua de los emplazamientos genéricos.

S. Turkle (1998) menciona un MUD² japonés, que tiene en sus registros, en la vida real, cuatro hombres por cada mujer. Sin embargo, en el plano virtual, la relación es de tres mujeres por cada hombre, lo que implica que un significativo número de jugadores varones, «cambian de ropa». El deseo de probarse mujeres, o pasivos, o dependientes encuentra en el mundo virtual un discurrir menos censurado que en la vida real. También es una fuente de descubrimientos: varios participantes masculinos describen cuánto el interpretar personajes femeninos les había proporcionado una empatía recién descubierta con las mujeres. Por otra parte, aquí se daría una continuidad en relación a las investigaciones (Inda, N., 2000) que delatan un porcentaje mayor de transexualidades masculinas, como también el fenómeno del travestismo que tiene en los varones, ya sean los que ofrecen servicios sexuales como los que los requieren, un universo preponderantemente masculino.

Para los varones, producir personajes femeninos en la comunicación de Internet, puede ser atractivo porque hay modalidades que, consciente o inconscientemente, los varones envidian a las mujeres, pero si actuaran esas modalidades en la vida real, serían estigmatizados. Decía un entrevistado: «*una mujer fuerte es admirable, pero cuando veo a un hombre fuerte lo asimilo a un gallito en potencia*». Hay otros varones que utilizan Internet para poder tener *netsex* con hombres, desde un rol de mujer.

Si vinculamos estas prácticas con la estructuración del superyó masculino (Meler, I., 2000) en lo que tiene de exigencia y severidad, Internet sería un permiso, una zona de experimentación de otras formas de ser, por fuera de la heterosexualidad como normativa, y de la homofobia, que caracteriza la fuerte identificación entre ser y sexualidad, que organiza las mentes masculinas. Un señor tiene sexo virtual –es una manera de llenar desconocimientos previos de su juventud–, se divierte haciéndolo, incluso se lo co-

² MUD: *Múltiple Users Domain*. Sitio de Internet para múltiples usuarios.

menta a su mujer, pero está decidido a seguir monógamo en su matrimonio. Quiere ampliar su experiencia sexual sin poner en peligro su matrimonio.

Otro entrevistado expresaba querer experimentar un sentimiento de intimidad con otra persona, por fuera de su esposa. En este caso, es interesante la reacción de esta señora, que no aprueba estas prácticas de su marido, y se siente engañada cada vez que él está frente a la máquina. Y además, se sigue preguntando «*¿y si la joven con quien hablo fuera un señor, o una niña de 11 años?*»

En ambos ejemplos, estos varones están ejercitándose en los aspectos conversacionales del sexo. Talentos éstos en los que la prescriptiva de género no los instruyó.

Otra consulta:

¿Qué busca mi pareja en los chatrooms que no pueda encontrar en mí? Tengo un novio hace ocho años. El tiene 53, yo 41 años. Somos divorciados, él tiene hijos y yo también, él vive en su casa, yo en la mía, pasamos juntos los fines de semana. En la semana nos hablamos por teléfono, a veces cenamos juntos. Yo lo quiero, lo respeto, y creo que él también, a mí.

El problema es que hace un año él se registro en Internet. Al principio buscábamos información para negocios, etcétera.... Después de un tiempo descubrió los famosos chatrooms, y para él fue como otro mundo. Se pasaba horas y horas en Internet cuando estaba solo. Siempre que lo llamaba, el teléfono estaba ocupado. Le preguntaba «¿qué haces en Internet?», y me contestaba que era su vida privada. Decidí investigar, soy experta en computadoras y pude averiguar. Bueno, se escribe con mujeres, siempre las vive enamorando y les manda postales de amor. Decidí registrarme y una noche entré al chatroom donde él participaba, y da la casualidad de que empezó a chatear conmigo. Me pidió mi e-mail, mi teléfono y una foto. Le mandé una de una amiga. Después de un tiempo descubrí que había sacado un buzón de correo, se compró un celular para que lo llamaran,

etc. Le pregunté si tenía novia; me dijo que no, que se había peleado. Me dolió mucho lo que me dijo, después dejé de mencionar el tema. Creo que la fiebre se le ha calmado.

Él cree que yo me olvidé del tema, pero sé que lo primero que hace es chequear los e-mails; también, en la noche, está en el Internet como por dos horas. Pero cuando le pregunto si se escribe con alguien, siempre miente. Me dice que Internet es sólo una fantasía virtual. Pero lo que él no sabe, es que una de esas mujeres con que se comunica soy yo, hasta hemos hecho el amor virtual y él no sabe nada, cree que es otra persona. Le dije que yo tenía las copias de los mails, se quedó frío... ¿Qué busca un hombre en esos chatrooms de sexo? Si ni siquiera puede conmigo, siempre se queja de que está cansado. Además, las chicas con que se comunica son jóvenes de entre 23 y 35..., claro, él les dice que tiene 33 años.

Tal vez la respuesta la dé otro entrevistado: «*Para que la realidad virtual sea interesante, tiene que emular lo real. Pero hay que hacer algo en lo virtual que en lo real sería casi imposible*». Pero la pregunta sigue en pie... ¿qué busca este hombre... y esta mujer en estos juegos de encuentros y desencuentros? Es probable que la insatisfacción de una cotidianidad esté en el origen de estas búsquedas. Pero también resulta evidente que la puesta en marcha del dispositivo supuso para ambos, más que el descubrimiento, la puesta en producción de otras alternativas de intercambio. Una posibilidad es que los personajes jugados en Internet comiencen a cuestionar sus propias habitualidades, y esto remueva viejos acuerdos. También es posible que no hayan podido extraer las ventajas de la simulación, y que el «*como si*», en lugar de ser una oportunidad de albergar otros destellos, quede como pura ficción, o mentira. Cuando la señora se pregunta «*¿qué busca en Internet que no encuentra en mí?*», debiéramos conjeturar que el «*en mí*» sólo alude a una versión de sí misma, parcial y acotada, como después se demuestra en esa otra-ella misma que sí conquista a ese mismo-ese otro, que es su pareja en

el *cyberespacio*. Excusarse, como hace el varón de esta pareja, diciendo que *Internet es sólo una fantasía virtual*, suena bastante a un intento de minimizar la experiencia que están transitando. Aun sin reconocerlo, él tal vez intuya el peso instituyente de las fantasías, que al mismo tiempo desestima. Fantasías como pasaportes imaginarios para cuestionar las formas de subjetividad y de vínculos instituidas. El «casi imposible» con que el entrevistado remata su respuesta tiene un matiz también alentador: el de que no sea tan imposible re-crear vínculos que no den por sentado nada, que incluyan lo desconocido como una aventura por senderos no transitados, que «*los ecos le den lugar a las voces*», como diría Machado.

VII

Los comentarios que preceden, en relación al establecimiento de vínculos en Internet, son balbuceos frente al impacto y las derivaciones posibles que el uso creciente del *cyberespacio* están generando. No se trata de apologizar estas nuevas tecnologías, pero tampoco de demonizarlas: son parte del contexto de la cultura de la simulación que erosiona las fronteras entre lo real y lo virtual, lo público y lo privado, el yo unitario y el yo múltiple, que ocurre tanto en los campos científicos como en la vida cotidiana.

Como en los ejemplos de los consultados, una cierta apertura a la novedad –del otro, del dispositivo– abonan las mejores apuestas a la complejidad de los intercambios. En paralelo, el psicoanálisis, o mejor, los psicoanálisis, además de aportar sentido a estas prácticas pueden enriquecer su clínica y su teoría, con la condición de la apertura a lo otro de las teorías, de las disciplinas. No habría que rechazar la vida en la pantalla, y tampoco tomarla como una vida alternativa. Los juegos vinculares en Internet, esas experiencias ficcionales de otredad, pueden tener la ventaja de habilitarnos para volver al mundo real mejor preparados para elucidar sus artificios. El hábito identitario cercena,

como vimos, la experiencia de los usuarios, tanto como las certezas en el campo teórico. Los vínculos en Internet son la ocasión para extender la idea de P. Eluard, cuando decía que «*hay otros mundos, pero están en éste*».

Bibliografía

- Baudrillard, J. (1998) *Selected Writings*, California, Stanford University Press.
- Bajtin, M. (1990) *Estética de la creación verbal*, Ed. Siglo XXI Editores, México.
- Berenstein, I. (2001) *El sujeto y el otro: de la ausencia a la presencia*, Barcelona-Buenos Aires-México, Paidós, 2001.
- Braidotti, R. (2000) *Sujetos nómades*, Buenos Aires-Barcelona-México, Paidós.
- Burin, M. y Meler, I. *Varones: género y subjetividad masculina*, Buenos Aires-Barcelona-México, Paidós, 2000.
- Dio Bleichmar, E. *El feminismo espontáneo de la histeria*, Madrid, edic Adotraf, 1985.
- Freud, S. (1925) La negación, Bs.As. O.C. vol. XIX, Amorrortu, 1980.
- Inda, N. «Género masculino, número singular», en *Género, Psicoanálisis, Subjetividad*, Buenos Aires-Barcelona-México, Paidós, 1996.
- «Travesties: el género en cuestión» (2000), conferencia Foro de Género y Psicoanálisis, Asoc. de Psicólogos de Buenos Aires.
- Lameiro, M. y Sánchez, R. (1998) «Los vínculos a través de Internet», *Revista Campo Grupal*, Buenos Aires, año 1, nº 1, 1998.
- Moreno, J. «Realidad virtual y psicoanálisis», *Revista de la Asociación Argentina de Psicología y Psicoterapia de Grupo*, Buenos Aires, tomo XXIII, nº 2- 2000.
- Turkle, S. *La vida en la pantalla*, Barcelona-Buenos Aires-México, Paidós, 1998.

Resumen

El trabajo se propone explorar algunas características de la dimensión comunicativa a través de la red Internet.

Nuestro andamiaje perceptual y cognitivo –producto de los relatos de la modernidad, psicoanálisis incluido– parece necesitar complejizaciones e interdisciplina que aporten sentido a estas nuevas formas del lazo social.

La pregunta que se plantea es: ¿qué de vínculo, en el sentido de novedad, o de relación de objeto, en términos de repetición-representación, tendrán los intercambios en Internet?

En esa dirección, se trabajan distintas versiones del concepto de identidad: a) como instancia conformada que vincula con otra identidad; b) como resultado de cada vínculo, generando formas no predecibles. Aquí también se enlaza la problemática del otro, diferente al objeto –siempre parcial–, trabajado por el psicoanálisis.

Se concluye que los intercambios en Internet pueden cursar distintos destinos, pero que las características del dispositivo albergan esperanzas en la recreación del yo como unidad múltiple, en una cultura de la simulación.

Summary

This work proposes to explore some characteristics about the communicative dimension through Internet net. Our perceptual and cognitive platform –results of modern reports including psychoanalysis– looks like needing complexity and interdiscipline which can contribute with sense to this new ways of social links.

The question raised is: in what bonds in the sense of novelty or of object relation in terms of repetition-representation will be produced by Internet interchanges?

In this direction, different versions from identity concept are worked: a) as a shape instance which links to another identity, b) as a result of every bond which create non predictable ways of being.

Other problematic is connected in a different way from that of the object, always partial, worked by psychoanalysis.

It is concluded that Internet interchanges can develop different destinies, and that dispositif characteristics shelter hopes in the recreation as a multiple unity in a simulating culture.

Résumé

Le travail a pour but d'explorer quelques unes des caractéristiques de la dimension communicative à travers le réseau d'Internet.

Notre échafaudage perceptuel et cognitif –qui est le produit des récits de la modernité, psychanalyse inclue-ensemble avoir besoin de devenir plus complexe et de l'interdiscipline pour apporter du sens à ces nouvelles formes de lien social. La question que l'on peut se poser serait: qu'y a-t-il de lien, dans le sens de quelque chose de nouveau, ou d'une relation d'objet, en termes de répétition-représentation, dans les échanges par Internet?

Dans cette perspective, diverses versions du concept d'identité sont considérées: a) comme instance conformée qui lie à une autre identité; b) comme résultat de chaque lien qui donne lieu à des formes non prévisibles. L'on rejoint ici la problématique de l'autre, différent de l'objet –toujours partiel–, dont s'occupe la psychanalyse.

La conclusion en est que les échanges par Internet peuvent avoir différents destins, mais que les caractéristiques du dispositif permettent avoir de l'espoir du côté de la récréation du moi comme unité multiple, dans une culture de la simulation.

Ser progenitor: el poder de un dios

Oscar Lobera *

(*) Licenciado en Psicología. Miembro de la Asociación Psicoanalítica de las Configuraciones Vinculares de Córdoba (APCVC).
Tel.: 0351-4222333 y 0351-4519417
E-mail: lobcej@arnet.com.ar

Introducción

Voy a referirme a la posibilidad de los hombres de dar vida y muerte a otros y, desde allí, considerar la relación entre el poder y la responsabilidad. Elijo pensar ambos conceptos incluidos en un vínculo especial: una relación de poder.

Postulo que el deseo de poder y el sentido de responsabilidad, se relacionan estrechamente y analizo su puesta en juego en lo que sería la *realización* de una fantasía originaria. Además, que lo que allí se juega trasciende el nivel de lo sexual.

Distingo dos momentos: el de fantasear y el de realizar la fantasía. Supongo que, en este segundo tiempo, cuando se trata de dar vida a otro se instala una marca (Puget, J., 1999), que distingo como *la marca en el progenitor*.

Considero estos conceptos en un vínculo, lo que determina al espacio intersubjetivo como el contexto en el que ubico mis ideas. Por eso uso los términos *relación* y *vínculo* como sinónimos.

*Una muerte en la ficción*¹

Una anciana encuentra en la caja fuerte de su esposo X, que acababa de morir, una película cuyas escenas hacen pensar que es del género de la pornografía sadomasoquista, en la cual una joven es, aparentemente, asesinada.

Haciéndose cargo de esta «herencia», contrata a un investigador, quien deberá descubrir si las escenas responden a lo que realmente ocurrió o si es un truco; si hubo un asesinato, quién es la chica y, además, qué papel había jugado su esposo en todo esto.

¹ Extraído de la película *8 mm*, de J. Schumacher (1999).

El investigador descubre que X había hecho filmar, a través de su apoderado, esas escenas y que correspondían a un asesinato realmente perpetrado. Ante tremendo descubrimiento increpa al testaferro y le pregunta para qué, X, había hecho tal cosa. Si acaso usaba la película como estímulo sexual, especula, buscando un sentido. La respuesta no se hace esperar: «PORQUE PODÍA».

Quien hizo la pregunta suponía que el sentido estaba en un después: el ritual había sido realizado PARA satisfacer algún deseo perverso del hombre rico. La respuesta es contundente: no fue hecho *para* sino *porque* ese hombre podía hacerlo: así de simple.

Isidoro Berenstein (2001), dice:

«El poder no ha sido mayormente considerado por los psicoanalistas y sí por filósofos, sociólogos, economistas, historiadores y otros pensadores. Creo que el obstáculo reside en el punto de vista psicoanalítico que otorga al poder un origen pulsional, una representación derivada de lo sexual en la primera teoría pulsional, en este sentido se lo ha vinculado con el sadismo o a la pulsión de dominio. Lo pulsional es una condición del sujeto para ocupar un lugar de poder, *pero su determinación inconsciente es desde lo vincular*, desde las relaciones de poder(...)². En las relaciones de poder uno trata de imponer sus propias acciones sobre las acciones del otro sin que éste tenga que desaparecer, pues es condición para el sostén del vínculo. En el poder, sólo en su máxima y destructiva expresión, *el otro debe conservar su lugar en la relación pero perder su cualidad de sujeto en aquello que lo caracteriza como otro, en lo que ofrece de ajeno* (pág. 54-55)».³

² Tampoco alcanza con recurrir a la segunda teoría de las pulsiones y remitir el concepto de poder a una supremacía de la pulsión de muerte, porque reduciría el problema a una simple cuestión cuantitativa.

³ Los destacados son míos.

Esto explicaría por qué X conservó la filmación, en lugar de destruirla una vez realizada. A través de las imágenes, la relación de poder se mantiene como presencia, mientras que la chica asesinada ha perdido su cualidad de sujeto, aunque en realidad, para X nunca haya tenido esa cualidad.

Se me ocurre pensar las escenas filmadas con relación a las características de las fantasías originarias (Laplanche, J. y Pontalis J.-B., 1964) y como una producción vincular inconsciente, como lo plantea Marcos Bernard (citado por Barros de Mendilaharzu, G. y Pachuk, C., 2001).

X debía imponer la estructura que caracteriza a las fantasías originarias para que los «actores» *realizaran* su guión o contenido. Todos los que participaron en la realización de lo encomendado, lo hicieron como meros instrumentos (Grosrichard, A., 1979) del hombre poderoso, o sea que no importaban sus cualidades de sujetos. Sin embargo, sin su presencia la relación de poder no se hubiera consumado (Saramago, J., 1991). Tienen que existir, pero no como sujetos.

Laplanche y Pontalis, dicen, con respecto a este tipo de fantasías:

«El sujeto no se representa al objeto deseado, sino que él mismo aparece participando en la escena y, en las modalidades que más se acercan a la fantasía original, sin un lugar específicamente asignado».

Pero, en el caso de X, no se trata de un inmaduro cachorro humano empujado a entrar en la cultura, sino de un sujeto adulto que *realiza* –con toda la contundencia del verbo realizar–, su propia fantasía originaria. Puede ocupar todos los lugares sin necesidad de estar presente en la escena. Más adelante me voy a referir a las características de esta posición de X.

Volviendo a sus razones, no lo hace sólo para sentirse poderoso, sino porque ES poderoso y, si en algún momento duda acerca de qué es él, con sólo mirar la película lo

sabrá. La presencia de la chica garantiza su existencia como un *ser poderoso*.

No siente culpa porque, entre otras razones,⁴ no está respondiendo sólo a exigencias pulsionales, sino que está realizando su SER. Para eso es necesario que la chica asesinada, de quien no conocerá ni siquiera el nombre, se mantenga siempre presente y, evitando su ausencia, no correrá el riesgo de que se convierta en una representación que podría tornarse persecutoria o culpógena. Además, al quitarle la cualidad de sujeto niega tener con ella una relación humana, y así no corre el riesgo de internalizar la relación y sentirse responsable. Con el primer movimiento se liberó de la persecución y la culpa y luego, también se liberó, ilusoriamente, de la responsabilidad (Berenstein, I., ob. cit.). Me parece que el precio fue dejar en un segundo plano sus deseos sexuales –y con ellos su propia subjetividad–, que exigen un objeto para su satisfacción, aunque sea una imagen en un espejo.

X le impuso a su apoderado dos condiciones: que la muerte de la víctima fuera real y que la película no tuviera copias. Para cumplir con esto, el testaferro tuvo que estar presente, a título de *los ojos del amo*: «De manera que ser dueño es ver» (Grosrichard, A., ob. cit.).

No sabremos quién decidió que el hecho tuviera las características de una escena sadomasoquista, cosa que no me parece importante porque estoy analizando otra de las cosas que se juega en una relación de poder, y pensando que en ese tipo de relación los destinos de la pulsión sexual están en un segundo plano.

¿Cómo se posiciona X en la *realización* de su fantasía originaria? Para contestarme, dejé de pensar *quién* era y

⁴ Otra de las razones que explican la ausencia del sentimiento de culpa en X, hay que buscarla en el vínculo conyugal. La viuda de X, cuando el investigador finaliza su tarea, le envía dinero a la madre de la chica asesinada y luego se suicida.

pensé *qué* era X, en tanto productor y director de la filmación. Cuando su apoderado dice que su jefe hizo realizar la película *porque* podía, me da la respuesta: era un dios.

Desde su sexualidad, puede identificarse con cualquiera de los términos presentes en la escena: con el apoderado que mira y testifica, con la chica burlada, con el verdugo o con quien filma. Pero si pienso que en una relación de poder se juega algo más que lo sexual, me parece encontrar a X en el lugar de un dios. ¿Más allá, más acá, o lo ajeno del principio de placer?

Por eso las dos condiciones: nada de una muerte imaginaria o simbólica, nada de trucos, tenía que ser real; y nada de copias, porque dios es uno solo:⁵ X.

Dije que el escape de la responsabilidad era ilusorio porque pudo desubjetivar a los otros para que fueran sus instrumentos de poder, pero no podía destruir la ajenidad de los otros sin dejar de existir: esa ajenidad es su límite y garantía de existencia, la garantía de su SER (Berenstein, I., ob. cit.). El era el responsable de esa ajenidad, porque era parte de su ser. Esa parte de su ser estaba guardada en la caja fuerte; y parece irónico, porque es la parte encarnada por otro.

El contenido de la fantasía está determinado por su deseo de figurarse dueño absoluto de su vida y la ajena. Para lograrlo, debía renunciar a su condición de sujeto y convertirse en un dios: «no es hombre o mujer; no desea; no tiene un origen diferente a él mismo, es decir, no tiene deuda» (Segoviano, M., 2001). Pero esa conversión sólo era posible en una relación, en un vínculo.

La marca en el progenitor

La progenitura –producir la vida de otro–, se realiza en una relación de poder, absolutamente asimétrica, conside-

⁵ Aun para las religiones politeístas, cada dios tiene su especificidad, que lo hace único.

rada como la concreción de una fantasía originaria vincular. El progenitor debe ocupar el lugar de un dios para que su hijo pueda ser *su Majestad el bebé*, y una vez disuelta esa relación de poder, ser, en el mejor de los casos, un sujeto responsable.

El deseo que se entrama en la concreción de la parentalidad es el de SER. Y esa es una de las razones que tengo para considerarla como una experiencia vital lo suficientemente importante como para dejar alguna marca en el progenitor que la realiza. Si bien esa marca remitiría a aquella de cuando él mismo fue creado, no sería sin embargo una pura remisión, porque lo nuevo es que ahora ocupa otro lugar: el de un dios. Los dos *tiempos* están diferenciados por ese cambio de lugar: antes ocupó el de un rey y ahora el de un dios.

Decía antes que el dar vida sólo se puede realizar en una relación de poder, que compromete de una manera asimétrica al progenitor (un dios) y al bebé (un rey). Si ese vínculo queda congelado en la simple y pura realización de la fantasía originaria del progenitor, el destino de ambos será similar al de X y la muchacha asesinada. El progenitor no pasará de SER PODEROSO, sostenido por la «película» en la que su hijo está *presente y ajeno*. Ambos atrapados. El precio será la pérdida de subjetividad del primero y el no acceso a la propia del segundo; si bien esto será relativo como lo mostraré más adelante.

Si, en cambio, el progenitor impone a su hijo, junto con la vida, la responsabilidad de vivirla, en esa imposición estará *legando* lo que antes le fue *legado*: el sentimiento de responsabilidad. Así me parece que accedemos a la humanaidad, con el sentimiento de responsabilidad,⁶ como algo diferente al sentimiento de culpa. Esta es la otra razón por la que pienso que la progenitura genera una marca especial,

⁶ Si es «sentimiento» o «sentido» de responsabilidad, será algo para pensar.

y que se instituye en dos *tiempos* distintos. El de recibir y el de dar ese legado.

Nacimientos en la realidad

Incluyo aquí todos los modos con que se puede realizar la parentalidad: «cuerpo a cuerpo», adopción, alquiler de vientre, uniparentalidad, etc., y también clonación. Por eso no hablo de «los» progenitores.

Si lo propio de las fantasías originarias es que en ellas se pueden ocupar todos los lugares sin tener que elegir ninguno, entonces el progenitor podrá confundirse con su hijo, en la medida en que renuncie a su propia subjetividad.

Igual que X cuando ocupaba todos los espacios, podrá ocupar ambos espacios sin necesidad de elegir uno. Al mismo tiempo, para realizar su fantasía, se mantendrá afuera de la escena y desde allí dará vida a su hijo. Sólo alguien que tenga el poder de un dios puede realizar semejante proeza: estar en todas partes simultáneamente y crear vida porque PUEDE hacerlo.

Comenta el genetista y Premio Nobel Joshua Lederberg: «....la reproducción (sexuada) sólo debe mantenerse para investigaciones experimentales, dejando en manos de la ingeniería genética (dios, desubjetivado) la descendencia (rey, asubjetivado) y el mejoramiento de la especie»⁷ (citado en Barros de Mendilaharzu, G. y Pachuk, C., 2001). Ignoro la posición de Lederberg con respecto al cómo accedemos a la humanidad y tampoco conozco desde qué posición filosófica y postura ideológica considera el *mejoramiento de la especie*. Pero me llama la atención el hecho de que la estructura y contenido de su propuesta, son similares a los de la relación de poder que estoy considerando.

⁷ Los destacados y las notas entre paréntesis son míos.

Pienso que lo que él propone en lo biológico, es lo que viene ocurriendo en el terreno de la intersubjetividad,⁸ que es donde se *produce* lo humano, desde que el hombre es hombre.

Para sostener esta hipótesis, tengo que considerar el poder del hijo.

René Spitz (1965) demostró que si al bebé no se le ofrecían determinadas condiciones vinculares, entraba en marasmo y moría. La lectura que hago de estos fenómenos es que, si el bebé no tuviera quien le legara la responsabilidad de vivir, entonces no podría acceder a la vida humana. Sin *su Majestad el bebé*, no hay progenitor-dios, no hay humanidad posible. Esto es en relación al contenido; en cuanto a la estructura, es la *presencia* de ambos términos de la relación lo que la posibilita.

Cuando analicé la relación de poder entre X y la muchacha asesinada, dije que la presencia de ella en la película era lo que le garantizaba a X su SER PODEROSO, y que era su *ajenidad* lo que X no podía destruir sin sucumbir él mismo. En el caso del bebé, es su cuerpo biológico, lo *ajeno* del progenitor, la garantía del SER de éste.

Ese cuerpo biológico es el límite del poder de quien le dio vida, y también donde se desarrollará la pulsión sexual. En la relación dialéctica del niño con los adultos, se establecerá la investidura libidinal que producirá el cuerpo erógeno. Así, en la misma relación de poder y simultáneamente, se produce el sujeto sexuado.

De este modo, se cumplen las dos condiciones necesarias para la existencia del sujeto humano: sentimiento de responsabilidad y cuerpo sexuado, y éstas sólo pueden cumplirse en el espacio vincular, intersubjetivo. Dentro del marco de lo intra y transsubjetivo.

⁸ Doy por supuesto que el establecimiento de los espacios intra, inter y transsubjetivos se produce simultáneamente.

Otros vínculos

Si bien utilicé dos situaciones extremas: un hombre mata a otro *porque pudo hacerlo*, en un caso, y luego un hombre crea a otro por la misma razón, pienso que las relaciones de poder están en juego en todos los vínculos. Además, que un tipo tal de fantasía originaria, precisamente como tal y no sólo como remisión a una anterior, se presenta en el «nacimiento» y en las transformaciones de cualquier vínculo. A partir de todo encuentro significativo.

Pero en este caso no se trata de una sola fantasía originaria sino de por lo menos dos, que es el número mínimo de sujetos para que haya encuentro. En este caso, la cuestión del poder se hace más compleja. El psicoanálisis de las configuraciones vinculares intenta dar cuenta de esa complejidad, considerando que la determinación inconsciente de estos procesos es desde lo vincular.

Dicen Laplanche y Pontalis (ob. cit.): «respecto de aquello que hace surgir la escenificación, para descubrir qué es *no le bastan al psicoanalista los recursos de su propia ciencia*, ni siquiera los del mito. Necesitaría ser, además, filósofo». Como los autores se refieren a una problemática diferente de la que estoy considerando, sólo voy a tomar lo que he destacado.

Entonces, digo que si a Freud le hubieran bastado los recursos de los que disponía por ser médico, nunca hubiera inventado el psicoanálisis (Moreno, J., 2000). Por otro lado, tampoco hubiera podido hacerlo sin el sufrimiento de sus pacientes, entonces, los neuróticos. Si nuestros pacientes, que no son los neuróticos de 1900, necesitan para aliviarse que ampliemos nuestros recursos, tendremos que hacerlo. Eso también ampliará nuestro *poder*, y surgirá de la relación con ellos.

Todas las ideas que estoy expresando fueron producidas en relaciones de poder, la más evidente: sin el *legado* de los autores en los que me apoyo, y mi correspondiente apropiación, no hubiera podido escribir esto.

Bibliografía

- AAVV (2001) Comunicaciones personales con los colegas de la APCVC: intercambios formales e informales, trabajos no escritos, recomendaciones de bibliografía.
- Barros de Mendilaharzu, G. y Pachuk, C. (2001) «Pareja, amor y sexualidad», *Actas II Congreso Argentino de Psicoanálisis y Pareja*, T. I, pp 211-222, Bs. As.: Publikar, 2001.
- Berenstein, I. (2001) *El sujeto y el Otro: de la ausencia a la presencia*, Bs. As., Paidós, 2001.
- Freud, S. (1915) «Consideraciones de actualidad sobre la guerra y la muerte», *Obras Completas*, T. II, Madrid: Biblioteca Nueva, 1968.
- Grosrichard, A. (1979) *La estructura del haren*, tr. Marta Vassallo, Barcelona, Petrel, 1979.
- Laplanche, J. y Pontalis, J. B. (1964) *Fantasia originaria, fantasía de los orígenes, origen de la fantasía*, tr. Stella Abreu, Bs. As., Gedisa, 1986.
- Moreno, J. (2000) «¿Hay lugar para lo indeterminado en Psicoanálisis?», en *Clínica Familiar Psicoanalítica: estructura y acontecimiento*, Comp. Isidoro Berenstein, Bs. As., Paidós, 2000.
- Puget, J. (1999) «Representaciones sociales. Consagración de marcas», *La perspectiva vincular en psicoanálisis, Revista de la AAPPG*, t. XXII, nro. 1, Bs. As., 1999.
- Saramago, J. (1991) *El Evangelio según Jesucristo*, tr. Basilio Losada, Bs. As., Sudamérica, 2000.
- Schumacher, J. (1999) *8 mm.*, película, Columbia Pictures, 1999.
- Segoviano, M. (2001) Comunicación personal.
- Spitz, R. (1965) *El primer año de vida del niño*, Bs. As., Fondo de Cultura Económica, 1969.
- Spollansky, D. y Lobera, O. (2000) «Lo vincular, un espacio necesario», Panel Inaugural de la Jornada sobre Violencia, Municipalidad de Villa Carlos Paz, Cba., 2000, inédito.

Resumen

Si el bebé deviene humano en un vínculo, es posible pensar a éste como una relación de poder, que trasciende el terreno de la sexualidad. En ella, el progenitor realiza –con toda la contundencia del verbo realizar–, una fantasía originaria: la de ser dueño absoluto de la vida producida.

El niño necesita, además de aceptar la investidura libidinal, que el progenitor lo inste a aceptar una prescripción: la responsabilidad de vivir. Es un legado, uno lo tiene que recibir y el otro lo tiene que dar. Ese legado es el sentimiento de responsabilidad, diferente al de culpa. Se manifiesta en un espacio distinto al de la sexualidad, pero en una relación dialéctica con ella.

Este proceso dejará una marca en el progenitor, que se va a instituir en dos tiempos: ser hijo y ser parent; y en dos posiciones: la de recibir el legado y la de entregarlo.

Summary

If a baby becomes human in a bond, it is possible to think this last one as a power relationship which transcends sexuality field. There, the progenitor performs –with all the strength of the verb to perform– an originary fantasy: that of being the absolute owner of the produced life.

Besides, a child needs to receive libidinal investiture; that the progenitor forces him to accept a prescription: the living responsibility. This is an inheritance one has to receive and the other has to give it. This feeling of responsibility is different from that of guilt. It is displayed in a different space from that of sexuality but in a dialectic relationship with it.

This process will leave a mark in the progenitor. It is going to be instituted in two times: 1) being son and 2) being parent, and in these two positions: that of receiving the inheritance and that of offering it.

Résumé

Si l'on part de l'idée que le bébé devient humain à l'intérieur d'un lien, il est possible de considérer ce dernier comme une relation de pouvoir, qui va bien au-delà de la sexualité, et dans laquelle le progéniteur réalise –avec toute la force du verbe réaliser– un fantasme originaire: celui d'être le maître absolu de la vie qu'il a produit.

L'enfant a besoin d'accepter l'investissement libidinal et en plus, que le progéniteur le mène à accepter une prescription: la responsabilité de vivre. C'est un héritage, avec quelqu'un qui doit le recevoir et quelqu'un qui doit le donner. Cet héritage correspond au sentiment de responsabilité, qui est différent de la culpabilité. Il se manifeste dans un espace différent à celui de la sexualité, mais dans une relation dialectique avec celle-ci.

Un tel processus laissera une marque chez le progéniteur, qui va s'instituer en deux temps: être fils et être parent; et en deux positions: celle de recevoir l'héritage et celle de le donner.

Las relaciones de poder, solidaridad y racismo

Janine Puget *

(*) Miembro Titular de APdeBA; Miembro Fundador de la AAPPG.
Paraguay 2475, Piso 7 (1126) Buenos Aires.
E-mail: janinep@fibertel.com.ar.

«El amor es fundamentalmente hoy la destrucción de todas las tentativas de encerrarse en la defensa de algo que sólo le pertenece a uno. El amor es la llave esencial para transformar lo propio en común».

Toni Negri

Ubicación del tema

El concepto «poder» ocupa un lugar en distintas disciplinas con múltiples significados. Es usado en tanto sustantivo «el poder de», o en tanto verbo «poder sobre», abriendose así un abanico de significaciones que suelen crear alguna confusión. Tal vez dicha confusión sea un síntoma de nuestros tiempos y, como tal, prometedor de revisión, ya que denota un deseo de cuestionarnos acerca de ciertas estrategias vinculares que aún no tienen un status claro. Parece, además, no ser un término psicoanalítico en su versión sustantivada.

En este momento ubicaré el tema del poder en el contexto de las «relaciones de poder», poniendo el acento en su indisociable relación con una función a la cual llamo *función vinculante*,¹ y atribuyendo a las relaciones de poder una capacidad tanto creadora de subjetividad, como también, por el contrario, destructora de la cualidad de dicha función. Homólogo «relaciones de poder» con lo que llamo *efectos de presencia*, en tanto sostén de la potencialidad vinculante. Para ello, es básico la manera de tomar contacto con la alteridad y con la, por siempre, incognoscible ajenidad.

¹ Concibo al vínculo como una entidad que se va constituyendo gracias a la fuerza que lleva a transformar un puro estar con otro en un vincularse, o sea «hacer algo con», lo que el juego de diferencias entre los distintos miembros de un vínculo promueve. Esta función está al servicio de la dinámica propia de un vínculo.

Este término, el de «relaciones de poder», intenta dar cuenta de un doble movimiento, según el cual se instaura un estado mental que oscila entre imponer un ajeno y un *alter*, *descolocando* al otro, y la necesidad de apropiarse de lo impuesto transformándolo, lo que tiene como consecuencia el descolocar a algún otro: lo emitido se transforma y regresa irreconocible, lo que a su vez descoloca a quien recibe lo que cree haber dado, pero que ya no es igual. Muchos comentarios vinculares giran en torno a «pero esto no es lo que dije...», deduciéndose entonces que o fue malentendido, o se trata de un rechazo o de una denigración. Es en este complejo juego donde se inscriben las «relaciones de poder», donde intervienen tanto los efectos de presencias como, en otro nivel, el juego de identificaciones. Es así como en la relación entre dos o más otros se van creando personajes, los que son propios de esta situación y no se repiten en otra, siendo también fuente de inquietud o malestar, dado que pareciera que los sujetos y los conjuntos necesitan pensarse sobre bases estables.

En otro orden de cosas, las relaciones de poder crean un espacio de opinión, de ideas, donde prima el juego de diferencias y sentimientos del orden de la tolerancia o intolerancia y complacencia. Establezco una conexión entre imponer y apropiarse de un lugar, de valores, de modelos, la capacidad de generar prácticas y resultados imprevisibles.

Partiendo de esta idea, es fundamental detectar aquellas producciones vinculares en las que es factible constituir un «nosotros», o aquellas en las que sólo se constituye un «Uno» o un «ellos y nosotros» o «un ellos y yo».

En la teoría psicoanalítica, y en la vida diaria, el poder (verbo), pensado desde Freud se suele relacionar con una posible pulsión de dominio, proponiendo entonces una organización unidireccional, lo que es coherente con el enfoque pulsional.

Muchos autores se fueron ocupando del poder sustancial, pero quiero recalcar especialmente los aportes de

Foucault, que proporcionaron una base sólida para ampliar nuestra visión de lo que son las relaciones de poder y los poderes que ejercen diferentes ideologías, valores que generan situaciones variadas. Me detendré entonces un momento para recordar una de las definiciones dadas por dicho autor, el cual distingue «las relaciones de poder como juegos estratégicos entre libertades –juegos estratégicos que dan lugar a que algunas personas traten de determinar las conductas de otras–, de los estados de dominación, que son lo que ordinariamente llamamos poder. Y entre ambos, entre los juegos de poder y los estados de dominación, figuran las tecnologías gubernamentales» (Hyndess, B., 1997, pág. 100). Me detuve en esta definición porque, si bien llevó a dicho autor a otros derroteros, resulta adecuada para establecer reglas de correspondencia entre diferentes contextos donde el poder adquiere especificidad: las relaciones como juegos de presencia, el poder como dominación y el poder de la Ley. Lo que Foucault llama *juegos estratégicos entre libertades*, es homologado por mí a la libertad que la ajenidad propia de cada sujeto le otorga y a las diversas estrategias que son representadas por las prácticas generadas en cada situación.

El poder y su puesta en acto requieren como mínimo dos entidades, sean éstas ocupadas por uno o varios sujetos o por entidades abstractas, que se manifiestan a través de ideas-teorías-valores (cualesquiera sean éstas). Bien conocido es el poder de las teorías sobre la mente de los psicoanalistas, de lo cual entre nosotros se ocupó Ricardo Bernardi (1989), y el poder de las ideologías (Kaës R., 1980), capítulo que aún falta trabajar en psicoanálisis.

Después de este breve recorrido, parece ahora claro que si bien el poder pudo ser pensado como una fuerza (fuerza bruta)² ligada a lo pulsional y equiparada en sus comienzos

² «El poderío de tal comunidad se enfrenta entonces como Derecho, con el poderío del individuo que se tacha como “fuerza bruta”. El primer requisito cultural es el de la justicia, o sea la seguridad de que el orden jurídico una vez establecido, ya no será violado a favor

a una cuestión de cantidad, poco a poco la polisemia del concepto le agregó nuevas cualidades. De donde pienso que la cuestión del poder sólo puede re-ingresar en la teoría como una manera de conceptualizar la vincularidad y el mecanismo que la sostiene en base a los necesarios efectos de presencia de los miembros del vínculo.

Pensar en el poder sustentivado a manera de una presencia que se impone desde una cualidad de ajenidad, posibilita también hablar del poder del inconciente en tanto obligado e implacable tirano o productor de formaciones tales como el sueño, el lapsus, el chiste, o simplemente del discurso, así como de aquellas formaciones englobadas bajo el título de síntoma, formulaciones que dieron nacimiento al psicoanálisis. Al pensar en el poder del inconciente, o cómo se organizan en la mente las relaciones de poder entre consciente e inconciente, cabe ver una posible línea que acerca los efectos de presencia con la ajenidad del otro y de los otros, ya que tanto el inconciente como el otro o los otros o el conjunto comparten la cualidad de ajenidad, que además los define.

Estoy delimitando un campo teórico en el que el poder tiene que ver con cualidades que se activan en los conjuntos o en la vincularidad.

Relaciones de poder y la Ley

Otra cuestión atinente al tema de las relaciones de poder lleva a ubicar a la ley tanto en el contexto del edipo como en el de aquello que rige a la sociedad civil, llamada en el lenguaje diario «el Estado»: aquel ente encargado de pronunciar, regular y hacer aplicar las leyes. Así, equiparar el poder con el poder de las reglas, de las leyes, o sea con la Ley y su aplicación. No disponemos en psicoanálisis de un

de un individuo, sin que esto implique un pronunciamiento sobre el valor ético de semejante derecho» (Freud, S. [1930] *El malestar en la cultura*. Trad. Rosenthal. Ed. Santiago Rueda, 1955, p. 41).

concepto teórico que represente al Estado, por lo cual suele quedar fuera del psicoanálisis, o se lo asimila al órgano psíquico donde se inscriben las identificaciones que quedan como marcas de la Ley, o sea en el superyó.

Por ello, considero que uno de los problemas difíciles de resolver en psicoanálisis es el de dar un status propio al edipo y otro a la Ley social. La mayoría de los textos psicoanalíticos que desde el *Malestar en la Cultura*, *Tótem y Tabú*, etc., intentan delinear el espacio de la subjetividad social, hacen derivar la misma de la subjetividad psíquica singular.

Propongo entonces pensar que en los conjuntos —que conforman lo que se suele llamar *la sociedad* de la cual tenemos una representación cuyo status difiere al de la representación resultante de un trabajo sobre la ausencia— intervienen cuestiones referidas a diferentes formaciones y prácticas basadas en la capacidad de quienes se ocupan de poner en actividad una *función vinculante* que opera a partir del juego de diferencias. Es también importante observar el cómo es regulada e implementada la Ley. Para ello, son centrales tanto la diversidad de cualidades siempre presentes en los conjuntos y la posibilidad de hacer algo con ellas, como el significado que la Ley adquiere en cada conjunto. En cada uno de ellos se generan y despliegan cualidades específicas. En ciencia es bien sabido que es imposible predecir la exacta cualidad de los productos generados a partir de la puesta en contacto de dos o más elementos. Por ejemplo, dos moléculas de hidrógeno y una de oxígeno han de conformar agua, pero esto no autoriza a deducir la cualidad y particularidad del agua en distintos contextos. Este enfoque complica cada vez más la comprensión de los mecanismos imperantes en la formación de los conjuntos y obliga a cualificar cada contexto.

En la medida en que esta diversidad produce cierta inquietud e incertidumbre, intolerancia o tolerancia, lealtad o deslealtad, etc., reconocemos, en la vida diaria, la puesta en actividad de mecanismos tendientes a evitar el malestar

y la perplejidad que de ello deriva. Esto determina la creación de escenas con tendencia al predominio de las cualidades de uno de los componentes o de un grupo dominante: se anula la riqueza del juego de diferencias. En este caso hablaré de relaciones de poder regidas por un exceso, y uno de sus exponentes es la violencia. En otros casos, donde el despliegue de la diversidad es predominante y creativo, pensaremos en relaciones de poder que transforman la ajenidad en un elemento capaz de potenciar el vínculo. Cada contexto, sea éste familiar o social, político, religioso, ideológico u otros, tiene su particular manera de anular la perplejidad y procurar aplanar las diferencias.

Esto me va a llevar a ocuparme más adelante de dos conjuntos posibles: el que se constituye a partir de concepciones racistas, y el que se constituye a partir de la necesidad de *hacer junto con otro*, regido por la solidaridad. Pero antes me ocuparé de algunos contextos donde la cuestión de las relaciones de poder aporta alguna comprensión más.

Relaciones de poder en diferentes contextos

He centrado mis formulaciones en el trabajo sobre la vincularidad y los efectos de presencia que en cada encuadre generan sus propios síntomas. Sólo daré algunos pocos ejemplos donde los efectos se tornan exceso.

El trabajo en el *encuadre psicoanalítico grupal* ubicó el tema del poder en tanto *organizador* inconciente de la zona de constitución vincular, y su alteración es observable, por ejemplo, cuando uno o varios sujetos ejercen inconscientemente un exceso de atribución sobre otros a los que ubican a manera de coro griego (Puget, Bernard, Games Chavez, Romano, 1982). Se interrumpe lo que Claudio Neri (1997) llamó «efectos de resonancia», o sea la posibilidad de despertar en otro un sentido que fue generado por un otro. En su momento hemos denominado «monopolista» a quien propone un tipo de organización basada en el exceso. Cuando así sucede, un significado debe ser tomado con univocidad,

la relación se rigidifica y estanca, con la ilusión de que ello sea equiparable a «entenderse». El exceso se sobreinviste dando origen a estados mentales invalidantes y, en cierto sentido, productos de un anquilosamiento, de empobrecimiento de sentidos, interrumpiéndose un mayor despliegue de potenciales cualidades vinculares. Se anula el trabajo sobre el juego de diferencia y va desapareciendo la noción de *otros*. Se habla de un «todos piensan», donde cualquier matiz se torna posible amenaza.

En los encuadres vinculares donde circula *violencia*, sea ésta familiar o social, sucede algo similar a lo recién mencionado. El violentador es un sujeto que se maneja con convicciones basadas en creencias, ideas, prejuicios, fantasías, implementadas con un lenguaje de acción que cercena la posibilidad de cuestionar y pensar... a su propio yo o al grupo al cual pertenece. Un sujeto pensante es un peligro para quien necesita detentar el manejo de una situación imponiendo un exceso de poder.

Desde otra perspectiva, nos ocupamos con Wender (1979) de las relaciones de poder a la luz de la *posesión de un secreto* y por ende, de la fuerza del secretear. El poseer un conocimiento, que se preanuncia como no compatible, otorga a quien lo posee una fuerza también secreta, misteriosa, por ende temible y atractiva, reduciendo al otro, al excluido curioso, a instalarse en un estado de dependencia que tanto favorece su epistemofilia como la paraliza dolorosamente. La curiosidad que debiera ser motor de la vincularidad se torna un impedimento aniquilante, ya que el creerse poseedor de un secreto encubre el desconocimiento esencial de sí mismo y del otro.

Y, por supuesto, dentro del contexto de la transferencia-contratransferencia, las relaciones de poder otorgan en algunas circunstancias a la fuerza de la *transferencia* una cualidad que oscila entre sostener dinámicamente el vínculo analítico y tornarlo rígido y empobrecido. Ello se debe a la suposición de que el analista no es un otro, sino tan sólo un poseedor de un conocimiento del cual depende la vida

de su paciente. En realidad, analista y analizado poseen conocimiento que les otorga la cualidad de otro, y la transferencia novedosa, la que atraviesa la situación analítica, es la que dinamiza el vínculo. Mientras que cuando la transferencia es pura repetición es posible que la relación se esterilice.

Un obstáculo para que en un vínculo el otro pueda ser pensado como *otro ajeno*, proviene de la construcción de la autoestima a la cual llamo «búsqueda de un reconocedor privilegiado» (Puget, 1993); lo que ubica al poder junto a esta insaciable necesidad. Cuando el otro es pura ajenidad, queda despojado de su capacidad de reconocedor privilegiado, y entonces lo que pudo ser un organizador vincular en su significado dinamizante se torna aniquilante. El analista sostiene el vínculo desde su condición de reconocedor permanente de su analizado y el analizado en tanto reconocedor de su analista, pero cuando ello se hace a costa del reconocimiento de la alteridad y de la ajenidad, el reconocimiento es pura complementariedad³ o queda en el registro de lo imaginario. Si bien algo de esto forma parte del contrato analítico, en tanto producción del inconsciente vincular, es factible aventurar la hipótesis de que esta mutua y recíproca situación podría estar en la base de algunos análisis eternizados (Puget, Wender, 1991). En esos casos, desaparece el vínculo y sólo queda pura relación objetal.⁴

Muchas son las producciones vinculares que anulan la *función vinculante* y en las cuales las relaciones de poder imponen un único significado o interpretan la multiplici-

³ Utilizo este concepto (Puget, J., 2001) para dar un status a una modalidad vincular en la que si bien hay un reconocimiento de alteridad, ésta se va organizando según una modalidad complementaria anulando de esta manera en parte los signos perturbadores de la alteridad.

⁴ El concepto de «pura relación objetal» me fue sugerido a partir del de «nuda-vida» propuesto por Agamben, en la medida en la que deseo destacar que hay un estado de la relación objetal en la que sólo se ponen en actividad estados de muy baja complejidad.

dad como malentendido, el cual hay que resolver. El malentendido, indicador de una exterioridad irreductible de la polisemia inherente a la comunicación, es el mejor signo de la fuerza de las relaciones de poder, pero en algunas circunstancias se torna malestar insopportable.

Así también considero a los *mitos de origen* y su capacidad generadora de una única historia pensada según un criterio determinista, como una producción defensiva ante la emergencia de la incertidumbre que activan las relaciones de poder. Otra producción que cabalga entre la singularidad y la vincularidad son los «recuerdos», en tanto marcas que imponen repetición o elaboración. Y, si bien constituyen la memoria singular, vincular y social que actúa como sostén del presente, del futuro y de la historización, en algunas circunstancias la historia se torna obstáculo.

En otro orden de cosas, habría que hacer un listado de aquellas muchas manifestaciones sintomáticas que intentan estabilizar las relaciones de poder quitándoles su característica fundamental: la de promover ideas, pensamientos, efectos imprevisibles, o sea, vida.

A qué llamo conjuntos sociales

Los sujetos se agrupan básicamente a partir de dos modalidades: a unas las llamo *condiciones de hecho* y a otras *condiciones de derecho*. Por *condiciones de hecho* me refiero a aquellas basadas en la diferencia pura entre un sujeto y un otro, que llevan a promover configuraciones en las cuales los sujetos se agrupan en series con el único reconocimiento perceptual de la existencia de un otro, sin que ello necesariamente implique el estar vinculado. Mientras que las *condiciones de derecho* son las que vengo planteando a lo largo de esta contribución, referidas al trabajo sobre lo diferente.

Los conjuntos, sean *de hecho* o *de derecho*, se constituyen con bordes desdibujados y, cuando se trata de conjun-

tos de derecho, se sostienen a partir de la fuerza vinculante y de reglas creadas por ellos. Sin embargo, pareciera que en algunas circunstancias los bordes se tornan más visibles, de alguna manera ilusoriamente sólidos, creando espacios de inclusión y de exclusión en sus diversas acepciones; lo que acarrea nuevos problemas: aquellos ligados a la institucionalización y su burocratización o a los grupos cerrados (¿sectas?).

Me detendré especialmente en uno de dichos conjuntos que intenta establecer fronteras claras que lo delimitan de otros conjuntos, ocupándome en particular de los que se constituyen a partir de una organización dada por concepciones racistas (pre-juicios). Sólo me ocuparé aquí de un racismo particular, al cual llamo *racismo de todos los días*.

Racismo de todos los días

Una de las manifestaciones del inconciente vincular, donde la relación de imposición inconciente produce síntomas, es el *racismo de todos los días*. Aquí, lo que en otros contextos es discriminación y capacidad de pensarla, se torna discriminación aniquilante, estableciéndose categorías a partir de ejes arbitrarios. La vincularidad se refuerza apoyándose en el repudio de cualidades que diferencian sujetos por su raza o sus creencias religiosas o algún rasgo esencial e inmodificable. Lo que era juego de diferencias creativo, deja de serlo y en cambio es sustituido por estados mentales fanáticos, a partir de los cuales se establecen fronteras arbitrarias entre diversos conjuntos.

El *racismo de todos los días* es, por ejemplo, el que suele observarse en los sutiles combates ideológicos dentro de las instituciones o el que lleva a desconocer como semejantes a quienes profesan ideas opuestas. Lo diferencio del racismo instrumentado políticamente bajo el signo de la violencia y la exterminación del conjunto violentado, aunque ambos comparten algunos mecanismos. Para el racismo institucionalizado, la exterminación parcial del violen-

tado es condición del discurso y de la acción de un grupo, ya que sin la existencia del oprimido se acaba el racista.

El racismo de todos los días ataca *a un sujeto al cual desubjetiva o a un grupo abstracto*. Pero, al faltarle una práctica social manifiesta, parecería perder su fuerza destructora y entonces ello inviste el acto verbal de *impunidad*. La formulación racista de todos los días ataca un rasgo inherente al ser del otro, a su identidad, a su ideología, a su pertenencia a un subconjunto, etc. Cuando un solo sujeto o un pequeño grupo ejerce una función que corresponde a grupos grandes, su accionar cambia de significado y se recubre de alguna vaguedad, adquiriendo una libertad que le otorga la posibilidad de ser usado fuera de las reglas habituales.

El deslizamiento de sentido incrementa la impunidad y, por ende, la falta de responsabilidad por el ataque. Ello lleva a reforzar inconscientemente un eje asimétrico, por lo general de superior-inferior, aceptado-rechazado, incluido-expulsado (expulsado ya tiene una connotación discriminatoria), como una manera de confirmar la propia identidad apoyándose en la denigración. Un indicador de la pobreza de este medio es la inmediata necesidad de recubrir el juicio de alguna negación que actúa como justificación. De ahí las tan célebres frases para demostrar la falta de responsabilidad: «No te lo digo a vos, que sos mi amigo» o «Vos sos diferente (a los otros de tu raza o de tu grupo)». El sujeto singular atacado no es más que el representante del grupo al cual pertenece.

El racismo de todos los días pasa muchas veces desapercebido y es entonces un sutil método para conservar alejado o escindido aquello que pueda de alguna manera ser una amenaza a la solidez de un contexto, de una pertenencia, evitando así el peligro de producir brechas en ideas instituidas. En las instituciones, es una manera de confirmar la bondad de las propias teorías o de la pertenencia a algún subconjunto. Sin embargo, no toda intolerancia a ideas opuestas o ajenas se inscribe como indicador de un funcio-

namiento racista. Ello se ha planteado en muchas circunstancias cuando los psicoanalistas se ven ante la alternativa de atender a alguien cuyas ideas le resultan insoportables. ¿Podría ser pensada esta situación como los límites del potencial vinculante a partir del juego de diferencias?

Hasta aquí, defino *racismo* como el resultado de una discriminación específica, en general peyorativa, dirigida a *una característica que le da identidad a un sujeto o a un conjunto*, como perteneciendo a una clase, a una ideología, etcétera.

Otras veces, el racismo adopta la forma de la *negación de las diferencias* esenciales a la identidad, diciendo algo así como «somos todos iguales».

El racismo en la vida cotidiana es uno de los mecanismos tendientes a *reforzar la pertenencia* al propio contexto, la que en este caso sólo se define a partir del desprecio y toma de distancia respecto de otro conjunto.

*Solidaridad*⁵

Quiero ahora proponer otro organizador de conjuntos, donde el juego de diferencias queda momentáneamente anulado o activo tan sólo con relación a un problema a solucionar. Tomaré entonces la solidaridad como un vector capaz de constituir conjuntos basados en el deseo de solucionar un problema. Ello se opone a todas aquellas situaciones donde la resolución del problema implica la anulación de la potencialidad vinculante.

Se trata de una modalidad vincular que tiene que *dar cuenta de un problema*. Aquí ya no se trata de desmentir, excluir la insoportable ajenidad del otro, sino que es el problema, lo *alter*, que impone y propone la cualidad que adquiere la situación.

⁵ He tratado el tema en otro trabajo (Puget, J., 2001).

Cabe preguntarnos si la solidaridad tiene que ver con una definición ontológica, con un problema ético (compromiso), con un problema moral (conducta u obligación), con un acto-hacer basado en un saber anterior de alguna de las partes, con una práctica creada en el momento y en función de un problema, con un mecanismo psíquico, etcétera. Intentaré, para contestar a estos múltiples interrogantes, recorrer un camino (uno de los posibles), para entender a la solidaridad como recurso y como práctica con relación al sufrimiento psíquico y específicamente en nuestro tiempo.

Ubico este tema como *una producción vincular específica*, como algo que *se hace junto con otro/otros* en un espacio público, cuando aparece la necesidad o el deseo de hacer algo con relación a un problema que se define en cada momento, en cada contexto y que plantea un interrogante. Es el problema, el cual hay que definir o detectar, el que crea el vínculo, dándole solidez-soldadura; y el conjunto así creado se sostiene mientras dure el problema. La solidez depende en parte del hecho de que las diferencias, que en otros vínculos los complejizan y a veces los destruyen, en este caso forman parte de su solidez, ya que tienen que ver con la *coparticipación*, basada en una suerte de complementariedad o utilización positiva de las diferencias, ligada al *hacer junto con*. La solidaridad transforma, como dice Rorty (1991) desde una concepción donde la condición solidaria es esencial en la constitución de humanidad, un «ellos» en un «nosotros»; y así incluye en la categoría «nosotros» a personas muy diferentes de nosotros. Quienes, como Toni Negri y Dardo Scavino, asociarían cooperación y solidaridad, transforman «lo propio en común», y los vínculos que se basan en mecanismos de identificación se diferencian de aquellos que se generan a partir de la participación.

Solidaridad y psicoanálisis

¿Por qué la solidaridad no ingresó en tanto concepto psicoanalítico y cómo hacerlo ingresar? Una respuesta fá-

cil lleva a pensar que el psicoanálisis se ha ocupado principalmente de la constitución de un aparato psíquico y no tanto de la relación entre dos otros irremediablemente diferentes. La solidaridad entró por la puerta del psicoanálisis aplicado, de la fenomenología y de la mano de teorías que se ocupan de cuestiones de psicoterapia de grupo o de psicología social. Freud menciona el concepto en diversos textos, como *Tótem y tabú*, *El por qué de la guerra*, *Escritos acerca de Ferenczi*, *Los sueños*, *Psicología de las masas*, *Psicoanálisis y telepatía*, etcétera. Allí pensó a la solidaridad en tanto mecanismo de defensa que se emparenta con la formación reactiva, y por lo tanto con la culpa, o como un sentimiento gregario. En este contexto se supone que la solidaridad provee un alivio a un malestar, una protección, y da un sentimiento de pertenencia a un conjunto. Otros autores mencionan la solidaridad para hablar de relaciones necesarias entre dos elementos. Así es como, por ejemplo, Lacan habla de *solidaridad entre significantes* o como un juego de tensiones entre diferentes elementos. En escritos pertenecientes a la literatura norteamericana, este concepto ocupa también su lugar como mecanismo ligado a la dinámica de los grupos. Para otros autores, como por ejemplo entre nosotros Esther Czernikowsky y Sara Moscona, la solidaridad es pensada como transformación que otorga una nueva cualidad al concepto de fraternidad, fratria, de lo que sería un derivado; en estas circunstancias, tiene que ver con un sentimiento o una emoción que tiende, identificación mediante, a ligar a los sujetos entre sí en un estilo de horizontalidad a diferencia de los conjuntos organizados verticalmente.

Esther Czernikowski propone cuatro tiempos para el vínculo fraterno con relación a la cultura, definidos como: rivalidad hasta eliminación, conjunción hasta complicidad, disyunción hasta exterminio, y, en otro giro, hasta solidaridad. Este planteo probablemente pueda fundamentar uno de los aspectos de la solidaridad referido a la espacialidad construida a partir de lo intersubjetivo, y pone el acento en la oposición *disyunción/solidaridad*.

Hasta aquí, y en síntesis, varios significados son relevantes y en general están ligados a un concepto ético, moral, o a emociones y sentimientos de una cualidad particular donde se reconoce la importancia de la relación con otros, radicando un origen en un complejo que encuentra su lugar dentro del edipo y en un mecanismo donde entra la identificación-empatía. *Solidaridad* se entiende, entonces, como:

- deber-obligación;
- dependencia recíproca;
- dependencia unilateral;
- mecanismo que hace a la dinámica de los grupos;
- modo de relación horizontal.

Siguiendo con la idea de ubicar la solidaridad como una de las tantas producciones vinculares, no la haré derivar de la fratria sino de la *polis*, o sea, de la *subjetividad social* y de los *grupos de derecho* que van deviniendo tales. Propongo que ella *transforma el estar juntos en un vincularse* a partir de la percepción de un problema y la capacidad de darle una cualidad instituyente. Privilegio entonces, en el caso de la solidaridad, que lo que crea el vincularse *es el problema* que en sí tiene una fuerza convocante. Tal vez desde esta perspectiva es posible concebir a la *cooperación*, o sea el operar juntos, como pilar de la solidaridad. Ello incluye un hacer que tiene un status propio y que se agrega al que ya tienen el *ser* y el *tener*.

Planteadas así las cosas, va quedando claro que el *hacer junto con* no depende de mecanismos identificatorios y de uno de sus derivados, la empatía, ni del deseo de ayudar a otro en una relación asimétrica. Sin embargo, es frecuente oír frases que relacionan la solidaridad con una *simpatía* por necesitados o, como hemos leído recientemente en una «Carta Abierta de la Fundación Arche» (Página 12, 18 de Octubre de 2001), donde se testimonia acerca de una *solidaridad consciente* diciendo: «estamos con ustedes entre ustedes», seguido de una puntualización acerca del sufrimiento que motiva ese «estar con ustedes», que es «el dolor causado desde el odio por la violencia, ante el terror pro-

gramado racional y despiadadamente (...) ante cualquier intento de justificación de la violencia y la muerte, nos acercamos más a ustedes (...)» En realidad, al decir *solidaridad consciente* es factible pensar que se marca así la dificultad de concebirse incluidos en un *nosotros* creado a partir del dolor, y que ese «estamos con ustedes» es ya defensivo.

Dado que considero que *el problema-sufrimiento es el que crea y se impone* y genera una acción conjunta, concibo que la solidaridad engendra un vínculo, un conjunto. Ya no es el otro, o sea la presencia del otro lo que vincula, sino el problema.

Acá surge una cuestión interesante. Así como doy al juego de diferencias el valor fundante de un vínculo y considero la complejización de éste, a partir del juego de diferencias, una condición esencial, en el caso del conjunto creado a partir de un problema-sufrimiento que genera solidaridad, pienso al juego de diferencias de otra manera. Supongo que mientras dure el conjunto basado en solidaridad, las diferencias quedan neutralizadas por el *hacer juntos con* y ello torna sólido lo que no lo era... la solidez de la solidaridad borra una diferencia y a la vez se instaura a partir de la diferencia... La solidaridad da origen a nuevos conjuntos que ingresan en una serie que no existía anteriormente. Este planteo nos separa de la dimensión ideológica adscrita corrientemente a la solidaridad y la propone tan sólo como una técnica.

En cualquiera de los casos, mientras dure el conjunto, la diferencia en tanto productora de conflictos no solucionables queda abolida, reprimida o sepultada. La solidaridad haría tolerable el juego de diferencias.

Sufrimiento de nuestro tiempo

En la medida en que relaciono el *problema* con *sufriimiento*, deseo definir el sufrimiento de nuestro tiempo en

tanto problema capaz de dar lugar a soluciones creativas con una técnica específica a la cual llamamos solidaridad.

Si bien es difícil definir el sufrimiento de nuestro tiempo con un solo concepto unívoco, llego a la idea de que cada conjunto define su «nuestro tiempo» y cada sujeto debe definirlo según el conjunto al cual pertenece. Freud ya definía varias fuentes de sufrimiento, y todas ellas incluían un no poder hacer, un no poder pensar, una incógnita. Pero, entonces, ¿cuándo una incógnita puede tornarse sufrimiento? Probablemente cuando lo que se impone evidencia un imposible o no-possible, que cobra significados según se lo piense desde el narcisismo y sus heridas, desde la des-subjetivación y sus consecuencias, desde las diversas formas de expulsión-marginalización-des-existencias. Hoy asociaría el sufrimiento con la *incertidumbre inconciente fundamental*, que resulta insopportable, destruye certezas, referentes, valores, apoyos libidinales, etcétera. Entonces no sería tan importante definir qué tipo de sufrimiento genera un problema que se puede solucionar mediante un pensar, un *hacer junto con*, sino tan sólo saber que en cualquier momento la solidaridad, como técnica, transforma a un conjunto en otro conjunto y da un nuevo sentido a la incertidumbre.

Lo público y lo privado

Las acciones que generan solidaridad pertenecen al espacio público, tienen varias dimensiones y es así es como discrimino *la dimensión política*. Por ejemplo, Hannah Arendt (1990) habla de «solidaridad positiva» cuando va acompañada de una dimensión política (pág. 69) y de «solidaridad negativa» cuando se basa en el temor de la destrucción global. También doy un lugar a la dimensión ética, que es la que designa cuál es el problema en base a los valores de un contexto.

En estados totalitarios el concepto de «solidaridad» no tiene cabida, ya que, en vez de problema común, hay un

orden de agrupamiento sostenido por valores e ideales impuestos. El orden no es el que propone el Estado regulador de los intercambios, sino un orden propuesto por organizaciones, tanto políticas como las que emanan de la sociedad civil. Quiero con ello volver a lo ya dicho en el comienzo de esta contribución, cuando diferencio la ley de Estado y la sociedad y, por ende, los conjuntos que la constituyen.

En regímenes democráticos los problemas pueden suscitar nuevos agrupamientos de cierto nivel de estabilidad sin por ello interrumpir la fluidez vinculante. Llegados a este punto, podemos hacer jugar como oposición *totalitarismo* y *solidaridad* si, como lo piensa Enzo Traverso citando a Miguel Abensour (pág. 14), el totalitarismo aplasta y disuelve la singularidad para crear una masa. En ese sentido, la solidaridad se ubica entre *disolver* y *aplantar* y el *individualismo a ultranza*.

También me gustaría diferenciar aquellos grupos que se constituyen sobre la base de la caridad y los que se constituyen a partir de un problema del cual se hacen solidarios. En los grupos atravesados por una relación de caridad, hay siempre una asimetría: uno o varios sujetos que ayudan a otros, que son los que sufren; unos están dotados de un saber-poder mientras que otros están en la posición de desvalimiento o desposesión.

Un ejemplo

En el conjunto *familia*, en general se supone que los lugares están exclusivamente dados por el vínculo de sangre, por lo cual algunos aspectos de la convivencia que dependen de lo que Hannah Arendt denomina *la comunidad*, no pueden ser regulados por los lugares adjudicados por la parentalidad y la fratria. La superposición de espacios crea confusión, que se torna síntomas, en las eternas discusiones acerca de «quién debe hacer» o «a quién le toca». Se establece una convivencia por obligación que intenta reemplazar el *hacer junto con*. La convivencia propone problemas que

requieren soluciones desde un *nosotros* que pasa por otros lugares. Aquí, el *hacer junto con* no proviene de un problema-sufriimiento, sino de una necesidad.

Es probable que haya confusión entre los conflictos originados en la familia regulada por la ley edípica y la familia como grupo, regulada por la ley social, donde el intercambio es entre pares y hay problemas para solucionar.

Alguna reflexión

Es notable cuán importante es el concepto del poder en diferentes ámbitos, tales como la sociología, la educación, las ciencias políticas, la literatura, la historia, etc., y sin embargo, cuán difícil ha sido ubicarlo dentro de la teoría psicoanalítica. Una hipótesis me lleva a suponer que aún son pocas las teorías que sustentan las diferencias entre la constitución del espacio intrasubjetivo, del espacio inter-subjetivo y del espacio transsubjetivo. Y entonces, al ubicar necesariamente el poder como una cuestión ligada a la intersubjetividad, es lógico suponer que se conciba el tema como ajeno al psicoanálisis.

Bibliografía

- Agamben, G. (1999) *Lo que queda después de Auschwitz. El archivo y el testigo. HOMO SACER III*. Ed. Pretextos, 2000.
- Arendt, H. (1990) *Hombres en tiempos de oscuridad*, p. 69, Ed. Gedisa, 1990. *Men in the Dark Times* (1955).
- Bernardi, R. (1989) «El poder de las teorías. El papel de los determinantes paradigmáticos en la comprensión psicoanalítica». *Rev. de Psicoanálisis* Vol. XLVI 6, 904-922.
- Czernikowski, E. (2001) Lo fraternal en la Cultura (inédito).
- Freud S (1930) El malestar en la cultura. *O.C.*, Trad. Rosenthal. Ed. Santiago Rueda, 1955.

- Hyndess, B. (1997) *Disertaciones sobre el poder, De Hobbes a Foucault*, Talasa Madrid.
- Kaës R. (1980) *L'idéologie. Études psychoanalytiques. Mentalité de l'ideal et esprit de corps*, Ed. Dunod, París.
- Lewkowicz, I. (2001) Comunicación personal.
- Moscona S. (2001) «Vínculos de paridad» (inédito)
- Neri, C. (1997) *Grupo, manual de psicoanálisis de grupo*, Nueva Visión,
- Puget, J. (1988) «Un espacio psíquico o tres espacios ¿son superpuestos?», *Revista de Psicología y Psicoterapia de Grupo*, XII, N° 1 y 2, marzo 1989.
- (1993) «En la búsqueda infelable de un reconocedor privilegiado», *Actualidad Psicológica*. Año XVIII, N° 196, Pág. 2, Marzo, 1993.
- (2001) «Lo mismo y lo diferente», *Actualidad Psicológica*, Marzo 2001, Año XXVI, nro. 284.
- Puget, J.; Bernard, M.; Games Chavez, G.; Romano, E.
- (1982) *El grupo y sus configuraciones. Terapia psicoanalítica*, Lugar Editorial, Buenos Aires, 1982.
- Puget, J., Kaës, R. y col. (1989) *Violencia de Estado y Psicoanálisis*, Centro Editor, Buenos Aires, 1991.
- Puget, J., Wender, L. (1979) «Los secretos y el secretar», *Psicoanálisis*, Vol. II, N° 1, 1980; IV, N° 3, 1982.
- (1992) «Analista y paciente en Mundos Superpuestos», *Psicoanálisis*, Vol. IV B 3, año 1982.
- (1991) «Psicoanálisis eternizados. Una contribución al concepto de impasse», *Psicoanálisis*, Vol. XIII, N° 2, 1991.
- Rorty, R. (1991) *Contingencia, ironía y solidaridad*, Ed. Paidós, 1991.
- Scavino, D. (1999) *La era de la desolación Ética y moral en la Argentina de fin de siglo*, Ed. Manantial, 1999.
- Traverso, E. (2001) *Le Totalitarisme. Jalons pour l'histoire d'un débat*, (p.14) Ed. Du Seuil, 2001.

Resumen

Las relaciones de poder son homologadas a efectos de presencia en tanto sostén de la potencialidad vinculante. Se establece también una relación entre el poder de las

reglas y de la ley, diferenciando la ley en el contexto del edipo y la ley que rige a la sociedad civil. Las relaciones de poder en cada contexto se manifiestan de diversas maneras.

Ello lleva a la autora a tratar lo que llama el racismo de todos los días. Como contraparte, se mencionan aquellos grupos cuyo organizador es la resolución de un problema y se constituyen a partir del componente solidaridad. Aquí el juego de diferencias en su componente conflictivo queda momentáneamente anulado o activo tan sólo en la medida en la que pueda permitir solucionar un problema ¿Por qué la solidaridad no ingresó en tanto concepto psicoanalítico y cómo hacerlo ingresar? Esto también merece ser cuestionado.

En base a estas reflexiones, será necesario volver a ubicar conceptos tales como lo público y lo privado, el sufrimiento de nuestro tiempo y todas aquellas ideas que puedan derivarse de una nueva visión de las relaciones de poder.

Summary

Power relationships can be homologated to presence effects as a support for bond potentiality.

It is also established a connection between the rules» power and that of the law, differentiating law in Edipo's context from the law that rules a civil society. Power bonds develop in different ways in each context.

This brings the author to treat what she calls everyday racism.

On compensation there are mentioned, groups whose organizer is a problem's solution and which were made up with a solidarity component.

Here, differences are playing in their conflictive compo-

nent which is momentanously abolished or activated only in the measure that they are part of a problem solution.

Why is it that solidarity has not join as a psychoanalytic concept and how to achieve it?

This also deserves to be questioned.

Taking into account these thoughts, it will be necessary to localize again concepts like public and private, nowadays suffering and those ideas that can derive from a new vision of power relationships.

Résumé

Les relations de pouvoir peuvent s'homologuer à ce que l'auteur appelle les effets de présence qu'elle considère soutien de la potentialité du lien. Elle établit aussi une relation entre le pouvoir des règles et celui de la loi, tout en marquant une différence entre la loi qui organise le contexte de l'œdipe et la loi qui a à voir au contexte de la société civile.

Cette manière de se poser le problème amène l'auteur à repenser le racisme de tous les jours. En contrepartie elle s'occupe des groupes qui ont pour organisateur la solution d'un problème et qui alors se constituent sur la base de la solidarité. Dans ceux-ci, le jeu de différences en ce qu'il a de conflictuel est annulé momentanément ou il reste actif tout simplement dans la mesure où il rendra possible la solution du problème en question. Pourquoi la solidarité n'est pas incluée jusqu'à présent en tant que concept psychanalytique et comment pourra-t-elle le devenir? Ceci est aussi une question que l'auteur se pose.

Ces réflexions l'amènent à donner une nouvelle place à des concepts tels que le public et le privé, la souffrance de nos jours ainsi qu'aux idées qui puissent se dériver d'une nouvelle manière de penser les relations de pouvoir.

Asimetría y poder en los pactos y acuerdos familiares

Paulina Zukerman *

(*) Licenciada en Psicología. Miembro Titular de la APPG, Miembro Adherente de APdeBA.
Sarmiento 3857. PB, «B». Ciudad de Buenos Aires.
Tel.: 4863-2422. E-mail: pipermaru@ciudad.com.ar

El trabajo psicoanalítico con niños nos confronta permanentemente con interrogantes acerca del origen. Tanto en el dispositivo bipersonal como en el familiar. Lejos de una búsqueda especulativa, aunque comprensible en tanto nos diferencia de las otras especies, se trata, en términos de C. Castoriadis (1993), de recuperar la dimensión de historicidad que supone una subjetividad que puede pensar su presente, su pasado y su futuro.

Recuperación de historicidad implica, desde mi perspectiva ante la clínica, que, aunque la pregunta por el origen pueda tener innumerables versiones (el origen del síntoma, el origen de los ideales, el del aparato psíquico, de la subjetividad, del sentido, etc.), se trata de interrogantes que, en tanto nos consultan por un niño, requieren de respuestas que nos posicen ante situaciones clínicas concretas: en el proceso diagnóstico, al hacer una indicación, al decidir la dirección de la cura, al elegir los términos de una intervención, interpretación, etc.

Neogénesis, autoengendramiento, acontecimiento, etc. son modos de incluir en las teorizaciones psicoanalíticas la concepción de un aparato psíquico abierto siempre a nuevas inscripciones, desde una perspectiva compleja, no lineal, de la determinación o causalidad, que fundamentan la posibilidad de cambio psíquico, sostén del sentido de nuestra práctica. Pero que no excluyen ni sustituyen la búsqueda de las secuencias ordenadoras que nos permitirán discriminar (hasta en la consulta por un síntoma en apariencia poco complejo, como la enuresis) los efectos del retorno de lo reprimido, de las consecuencias de una situación traumática o del desborde pulsional por fallas en la operación de rehusamiento, previa cronológicamente a la represión primaria (Freud, S., 1899).

Si partimos de la idea de que el psiquismo se construye en la relación con los otros, toda reflexión acerca del origen supone tomar posición, teorizar en alguna medida –aunque no se tenga plenamente conciencia de ello– acerca de la noción de asimetría entre el adulto y el niño. Y con

ella, acerca de la noción de transmisión. Para delimitar este concepto y fundamentar esta propuesta, recurriré a algunas nociónes que provienen de la semiótica, de las matemáticas y de la filosofía del derecho. Esta última, a través de la articulación entre derecho y psicoanálisis desarrollada por Pierre Legendre.

Asimetría y transmisión

Para Pierre Legendre (1985), transmisión es sinónimo de humanización: «El fondo mismo de la transmisión en la humanidad, marcada según las culturas de los estilos más diferentes, es el acto de transmitir»... «cada quien nace otro, radicalmente otro. Nacemos para ser esa cosa ahí, fuera del comercio ordinario y que, antes de ser nombrada y tratar de vivir su propia parte de sujeto, es en primer lugar la parte plena y entera de otros, de esos otros privilegiados, los padres –literalmente los reproductores–, enfrentados con el objeto desconocido de su deseo, con lo inasible de una transmisión».

Desde esta perspectiva, la transmisión del adulto hacia el niño, en tanto fundante del psiquismo, se define desde la asimetría. Dentro de las Matemáticas, la asimetría es la que se ocupa de las cantidades incommensurables entre sí. Incommensurable, como más adelante veremos, será definido en términos del uso de diferentes códigos.

Propongo pensar, para la conceptualización de lo vincular, que *un vínculo es asimétrico cuando aquellos que lo componen no poseen la misma posibilidad de desvincularse*.

Otra manera de decirlo da cuenta de la posibilidad de imposición de la presencia donde cabe incluir la noción de poder: «*Caracterizamos el poder como las acciones y la experiencia emocional que se constituyen en una relación de imposición entre un sujeto y otro u otros que lleva a una modificación del cuerpo y la subjetividad. Resulta de un posicionamiento de lugares donde la comunicación se es-*

tablece entre alguien que impone y alguien a quien le es impuesto» (Berenstein, I., 2001). Pero, si coincidimos en que, «en primera instancia, *poder* es una acción posible o un saber hacer del sujeto en relación con otro», necesitamos discriminar aún más los ejes que diferencian la imposición de la presencia entre los miembros de una pareja conyugal, en el vínculo paterno/materno-filial o en el vínculo del torturador y su víctima, por ejemplo.

Transmisión del código. Transmisión de mensajes

Veamos algunas acepciones del término *código*: «Conjunto de reglas o preceptos acerca de cualquier materia; conjunto de letras, números o palabras al que se da un valor convencional distinto del que tienen ordinariamente, o de otros signos cifras cualesquiera, ya gráficos, ya acústicos, con valor también convencional, que se utilizan para la redacción o composición de mensajes».¹ Así, un aspecto de la función parental se define por la transmisión, tanto del código de la lengua, como del código idiosincrático del grupo familiar de que se trate.

En este caso, la semiótica fundada por C. Pierce (1931/5 y 1957/8) me ha resultado muy valiosa para pensar acerca del signo y de la categoría *mensaje*. Para este autor, que organiza su pensamiento desde conceptualizaciones triádicas, en tanto el signo (aquí, mensaje) es un *existente* y el emisor es *posible*, el receptor o *interpretante* es necesario. El ejemplo clásico es el de la botella al mar: si no hay receptor, no hay mensaje. A la inversa, la atribución de algún tipo de intencionalidad a, por ejemplo, los factores climáticos, los convierte, para el receptor-interpretante, en mensajes («*piove: governo ladro*»).

Solemos categorizar como mensajes los cuidados parentales y las formas de investidura libidinal que intercambian

¹ *Diccionario Encyclopédico Ilustrado de la Lengua Española*, Ed. Sopena, Barcelona.

los padres con el niño. Y opino que, en muchos sentidos, lo son. Fundamentalmente desde la intencionalidad con que son producidos por los padres.

Sin embargo, en términos de los momentos originarios en la constitución del aparato psíquico (Bleichmar, S., 1984), el bebé no recibe mensajes sino *inscripciones*. Inscripciones que, no es superfluo aclararlo, no se producen sobre una *tabula rasa*, como tampoco sobre un aparato psíquico ya constituido, sino sobre un pre-sujeto, una cría humana que pulsa inintencionadamente desde su dotación genética lista a entrar en serie complementaria.² Que será sumergido, aun antes de su nacimiento o concepción, en un baño representacional del que emergerá, tampoco por duplicación espectral del mismo, sino a través de las posibilidades metabólicas de retranscripción (Zukerman, P., 1992). Estas, a su vez, serán una conjugación entre la serie disposicional y ese lugar que lo antecede en una red vincular familiar y social. *Se trata del encuentro, humanizante para el infans, de dos diferentes códigos*: uno, el de los ritmos que obedecen a su disposición genética. Otro, el del mundo humano que lo espera asignándole un lugar.

Algunas puntuaciones que fundamentan estas ideas:

– Una es la diferenciación entre *aparato psíquico*, definido como tal dentro de la teoría psicoanalítica, y *subjetividad*, entendida ésta como «la construcción social del sujeto, en términos de producción y reproducción ideológica y de articulación con las variables sociales que lo inscriben en un tiempo y espacio particulares desde el punto de vista de la historia política» (Bleichmar, S., 1999). Me resulta necesario mantener esta diferenciación, no a la manera de continente-contenido (Lewcowicz, I., 1998), sino como figura-fondo de un mismo proceso de «producción de humanidad». En un caso, se resaltan las operatorias psíquicas

² También desde la biología sabemos hoy que si algunos aprendizajes, como el de la incorporación del lenguaje, no se producen en los primeros años de la vida, la disponibilidad genética que posibilita el habla se pierde o atrofia severamente.

predominantes en cada sujeto y en el otro, las cualidades o características de su posicionamiento subjetivo.

– Otra es la diferenciación entre *conyugalidad* y *parentalidad*, entendidos como «regímenes vinculares con construcción y lógicas diferentes» (Effrom, M.; Onofrio, G., 1999) en una relación de conexión, lógicas no necesariamente solidarias ni articulables entre sí.

Propongo incluir, precisamente para la diferenciación de dichas lógicas, el eje de la asimetría en función de la incommensurabilidad de los códigos que circulan en cada tipo de vínculo familiar. Por lo tanto, no podría llamar asimétrico al vínculo de alianza y sí al parento-filial.

Repensando los pactos y acuerdos

Leyendo con atención a esta temática las diversas definiciones que, desde la perspectiva vincular, han sido formuladas acerca de las estipulaciones (pactos, acuerdos, alianzas, etc.) conscientes e inconscientes (Kaës, R., 1989; Berenstein, I., 1990; Bernard, M., 1991; Berenstein, I. y Puget, J., 1997; Friedler, R. y otros, 1998), entiendo que se trata en todos los casos de conceptualizaciones referidas a sujetos, esto es, yoes constituidos, aunque con distinto grado de madurez o equilibrio, pero poseedores de algún código en común, que van a la búsqueda de establecer normas específicas del vínculo que los aúna y define en su subjetividad. Coordenadas a partir de las que quedan incluidos en dichas definiciones sin duda los vínculos de pareja, así como los de amistad y posiblemente otros.

La propuesta implica *diferenciar las modalidades de suscribir estipulaciones, alianzas, pactos y acuerdos en el vínculo familiar desde una categorización que incluya la idea de asimetría*, tal como aquí fue definida. Lo cual no conlleva dejar de lado nociones como la de contrato narcisista (Aulagnier, P., 1975), que subraya el trabajo psíquico que exige la afiliación de un hijo a la estructura (Rajnerman,

G., 2000) y al grupo.³ De lo que se trata, es de evitar una homologación entre los miembros del vínculo parento-familial como pre-requisito que rescate, en los momentos fundacionales del psiquismo, la función de instituir –en términos de Pierce– al *interpretante*. O –en términos de Legendre– de transmitir al mismo tiempo el código y la función de codificación. En este caso, el código se impone, se inscribe, no se pacta.⁴

En el caso del torturador y su víctima, el eje pasa por el predominio de la imposición como exceso de poder destituyente de la subjetividad, aunque esta destitución «nunca deberá ser completa porque en ese caso perdería la naturaleza vincular» (Berenstein, I., 2001).

Aquí, pienso que sería deseable discriminar el concepto «vínculo» como categoría a definir desde el observador y/o desde los que lo componen. ¿Se podría pensar que hay vínculo si no hay código en común? La vivencia de *pertenencia* tiene sus propias vicisitudes y puede corresponderse, por ejemplo, con la idea de imposición de presencia formulada como «debes ser como yo» o «debes ser conmigo» o «debes ser como yo digo» o, tal vez, de múltiples maneras (Bianchi, G., 1998).⁵ Nuevamente la discrimina-

³ Diferentes autores han conceptualizado desde múltiples perspectivas dentro la teoría vincular esta función parental. (Bianchi, G., Rajnerman, G., Zukerman, P., 1991; Gaspari y otros, 1991; Moreno, J., 1993)

⁴ Desde el Derecho Civil, encontramos una equivalencia de estas ideas en los contratos de adhesión: son aquellos que se suscriben sin negociación previa, por ejemplo al sacar un crédito en un banco o con la compañía telefónica al contratar un servicio. Se trata sólo de firmar un formulario. Sólo en determinadas situaciones esos contratos pueden ser reconsiderados. Hace unos años, en nuestro país sucedió con la «ley 1050», cuando una decisión de gobierno se impuso por encima de las voluntades particulares (Peirteroién, S.)

⁵ Para la autora, por ejemplo, «la lógica que ordena la concepción del amor como encuentro inédito, no sería la de la falta sino la de la suplementación», lo que lleva a diferenciar entre la imposición de presencia y la presión a identificarse anulando las diferencias.

ción de los modos de acordar y pactar en los diferentes régimenes vinculares se vuelve necesaria. *Contratos, pactos y acuerdos de adhesión* podrían ser el modo de denominar a aquellas estipulaciones que involucran al *infans*.

Si incluimos el concepto de *imposición de presencia*, podríamos pensar que la asimetría puede tanto ser generadora de subjetividad como suprimir subjetividad, alteridad y también vínculo.

Un cuento

En *Historias de hombres casados*, el escritor Marcelo Birmajer incluye un cuento que se denomina «Una decisión al respecto». El autor comienza dando a entender que se trata de una historia real a la que le reconstruyó y hasta le inventó algo.

Trata acerca de un adolescente, Eugenio, del Buenos Aires de hoy, cuyos padres están separados desde que tenía 10 años, que vive con su madre y cuyo padre lo visita los fines de semana. Dadas las diferencias que el muchacho percibe entre su padre y los de sus amigos, desde los 12 años Eugenio dio por seguro que su padre era homosexual. Pero nunca quiso confirmarlo: «lo avergonzaba y le dolía, pero podía soportarlo».

Una tarde, su madre llega temprano del trabajo y le dice que tiene que hablarle. Eugenio se asusta pensando que le va a decir que tiene cáncer y está por morir, «Voy a quedarme completamente solo», piensa. Su madre le dice que se trata de algo referido a su padre y que no sabe cómo empezar. Eugenio, aliviado, la alivia a su vez diciéndole: «Emparemos porque papá es homosexual». Pero hay algo más que Manuel no se atreve a decir a su hijo por lo que le pidió a su ex esposa que lo haga. Eugenio acota que su padre nunca se atrevió a nada. Después de algunas vacilaciones, la madre le dice que Manuel se quiere transformar, que no soporta ser como es, no soporta ser un hombre. «Me va a

arruinar la vida» dice el hijo, derrumbándose. Me interesa transcribir algunas frases de ese diálogo.

- *No puede hacerlo – dijo Eugenio–. Me va a arruinar la vida.*
- *Es su vida –dijo Analía.*
- *Eso es una estupidez –dijo Eugenio–. Tuvo un hijo. También es mi vida. No soy un invento. ¿Y mis amigos, mis profesores, mis novias? ¿Sabés lo que puede ser mi vida si se enteran de que mi padre se convirtió en mujer?*
- *No podemos vivir según lo que piensa la gente. Tienen que aceptarnos como somos.*
- *En este caso no se trata de cómo vivo yo sino de cómo vive mi padre. Me va a arruinar la vida sin que yo pueda mover un dedo.*
- *La vida se te va a arruinar si vos querés. Podés superarlo.*
- *Que se vista de mujer –dijo Eugenio–. Que lo haga por las noches. Pero que no se opere.*
- *Se va a operar. El sábado. Era miércoles.*
- *Por suerte me lo avisan con tiempo –exhaló Eugenio con una amargura ronca.*

Más tarde, en diálogo con su padre, Eugenio dice:

- *Tengo derecho a exigirte que seas mi padre.*
- *Yo a vos no te exijo nada –contestó Manuel.*
- *Ni podrías –dijo Eugenio–. Yo no te di la vida, no soy responsable de lo que te pase. Pero vos tenés que ocuparte de mí hasta que sea mayor de edad: darme de comer, cuidarme, ocuparte de que no me pase nada...*
- *Hace rato que no hago nada de eso. Pero te cuido a mi manera: enseñándote a vivir libre.*
- *Me hicieron sufrir cuando se separaron. Me hiciste sufrir cuando me di cuenta de que eras gay. Y ahora simplemente no me vas a dejar vivir. No puedo mirar a nadie a la cara si mi papá se transforma en mujer.*
- *Es un problema tuyo.*
- Eugenio lo miró con un odio homicida.*

— *Hacé de cuenta que te quedás huérfano* —dijo Manuel.
— *Sería lo mínimo que podrías hacer por mí.*

En ese momento aparece el novio de Manuel, que no había estado presente durante el diálogo por expreso pedido de Eugenio, y le pregunta si se encuentra bien, llamándolo Manuela. Eugenio se va intempestivamente.

El cuento prosigue luego de la operación, aclarando el autor que las leyes permitían el cambio de identidad: «Para el Estado, su padre ya era una mujer».

Luego de dos días sin salir de su cuarto ni responder cuando lo llamaba, Analía, la madre, entra sin golpear. Eugenio estaba en cuatro patas y le ladró. Aunque al principio su madre piensa que se trata de una broma, al pasar las horas y ver que él no cambia de actitud, decide llamar a un psiquiatra. Éste no duda: Eugenio ha de ser internado.

Aparecen los periodistas «para asombro de todos menos de Eugenio». «Mi padre se ha convertido en mujer. Yo quiero ser un perro». Quema sus documentos de identidad frente a las cámaras. Algunos de sus dichos: «Sólo quiero que se me trate como a un perro»... «Yo no elegí ser así» ... «Necesito hablar para reclamar mis derechos: cuando me los reconoczan plenamente, solamente ladraré»... «Yo estoy siguiendo un ejemplo». Y en el programa de un «famoso filósofo televisivo»: «En realidad es mi padre el que se opone a que yo sea perro —dijo jocoso Eugenio—. Se enteró primero y se hizo mujer a modo de protesta. O quizás se volvió loco por el impacto. No es fácil tener un hijo perro».

Ante el revuelo mediático y la intervención del líder de una agrupación transexual, Manuel va a hablar con su hijo. Éste le pide que se transforme nuevamente en hombre.

«Si sos un hombre que quiere ser mujer, no tengas hijos. Si tenés un hijo, sacrificate por él. ¿No podés soportar ser un hombre? Matáte. Pero no arruines la vida de tu hijo. Tu felicidad no es más valiosa que mi vida».

- *La única posibilidad de felicidad es que cada uno haga su vida* —dijo sencillamente Manuel.
- *Eso es imposible desde que vos hiciste mi vida. Vos hiciste mi vida.*

Finalmente el padre accede a las exigencias de su hijo y muere a consecuencia de la segunda operación.

Una película

Quisiera, a modo de contrapunto con el clima trágico del cuento, evocar una comedia francesa: «El placard». El protagonista, un asustadizo y pusilánime empleado de contaduría de una fábrica de preservativos, a punto de perder su empleo, recibe un consejo de otro de nuestros colegas de ficción: hacerse pasar por un homosexual que «sale del placard», eufemismo con el que se alude al hecho de asumir públicamente la homosexualidad. Considera que no sólo conservará el trabajo por la posibilidad de un juicio por discriminación, sino que, a diferencia de cuando él mismo salió de «su placard», en la actualidad está de moda mostrarse amplio, no discriminar, con lo que está seguro de que le cambiará la vida, se volverá más interesante y respectable para sus jefes, compañeros de trabajo y hasta para su ex-esposa y su hijo. Casi sin oponer resistencia, en su estilo pasivo, se deja llevar por la sugerencia de su vecino, el psicólogo, quien lo ha escuchado fantasear con el suicidio. ¿Morir no sería una alternativa peor, acaso?

Las cosas suceden como el vecino anticipó. Y hasta mejor: en ocasión de ver a su padre por televisión en medio de un desfile gay, donde el protagonista aparece con un sombrero gigante con forma de preservativo y con una sonrisa estereotipada y patética, su hijo, que hasta entonces lo eludía, entre aburrido y avergonzado de un padre sometido a los caprichos y desplantes de su madre, se sorprende y se alegra. Parece encontrar en la «homosexualidad» inesperadamente revelada del padre, un valioso sentido que atribuirle a la pasividad. Más valioso que el tedio o el

sometimiento miserable a la actitud arrogante de su madre. Va espontáneamente a visitarlo, orgulloso del supuesto cambio. En verdad, sí se ha operado un cambio: el hombre temeroso se atreve mostrarse como no es, con lo cual la mirada admirativa de los otros lo posiciona ante sí mismo desde un lugar inédito, de seguridad y audacia.

Un niño

No había cumplido Dany 4 años cuando su madre pide una entrevista porque su mal comportamiento ha despertado quejas en el jardín de infantes. En la primera entrevista con la madre, ésta despliega sin demasiado preámbulo que lo que necesita de la analista es un certificado para presentar ante el juez que se ocupa del tema de la tenencia del niño, ya que ella considera que los encuentros con el padre perjudican al niño, lo dejan muy alterado y nervioso. Es normalmente un chico caprichoso e irritable, pero cuando vuelve de los encuentros con el padre está mucho peor.

También le preocupa que la señora que lo cuida durante las largas horas en que la mamá trabaja, suele jugar con él a vestirlo o peinarlo de nena. Se pregunta si puede inducirlo a la homosexualidad. Cuando concurren los padres a una entrevista, discuten por casi todo. Al padre parecen divertirle los reproches de su ex-mujer, resta importancia a sus reclamos que considera exagerados, oscilando entre una actitud despectiva y por momentos seductora hacia ambas mujeres, madre y analista. Frente a los reclamos económicos, «aprovecha» la ocasión para reprocharle a su ex mujer haberle sugerido dedicarse, dentro de su especialidad, a una tarea considerada un delito por las leyes de nuestro país.

Ella «contraataca» planteando que antepone el bienestar de su hijo y que siente que lo están tironeando como si lo fueran a partir por la mitad. Veloz, él responde: «El ojo derecho es mío».

En la única sesión a la que Dany viene acompañado de su padre, el niño mira insistenteamente a la analista cada

vez que se da una situación que lo incomoda. Por ejemplo, el padre comenta jocoso que en una ocasión sí Dany se enojó mucho con él y le dijo que no iba a salir más a pasear. Fue cuando lo llevó a una pileta de natación y lo tiró al agua, «estando al lado, por supuesto», para que le perdiera el miedo comprobando que no había peligro. Esas miradas (Santos, G., 2000), mientras seguía jugando como si nada pasara, convocan a la analista a intervenir en el sentido de hacer lugar a la palabra del niño.

Al ver que quedan pocos minutos para finalizar la sesión, el padre comienza a decirle a su hijo que en un rato lo va a llevar a la casa donde Dany vive con su mamá, que él es ahí el único, el hombre de la casa y que tiene que «portarse bien, cuidar a la mamá...». Dany, que estaba sentado aupa y enfrente de su padre y casi de espaldas a la analista, gira la cabeza y la mira fijamente y en silencio. La analista trata de pensar una intervención en la misma línea de las anteriores pero prefiere callar y sostener la mirada del niño. Éste gira nuevamente la cabeza hacia su padre y dice: «Pero yo soy chiquito...»

Asimetría y ética

Consignar aquí cuento, película y viñeta clínica apunta a pensar una articulación posible entre ellos desde diversos ejes. Por un lado, una articulación posible entre asimetría y ética. Por el otro, entre transmisión y género.

El cuento nos muestra, en sus dramáticos diálogos, la tensión instalada entre dos sujetos ya constituidos, la lucha por el deseo de ambos de imponer su código al otro. Se trata de una relación parento-filial donde el hijo es ya un adolescente, pero me resultó un recurso válido para desplegar la vertiente ética puesta en juego en la idea de asimetría, ya que la pregunta que parece circular dentro de ese vínculo familiar es la pregunta por quién es el dueño de la propia vida.

Se trata de la dirección del sentido que da origen a la subjetividad. La pregunta puede adoptar múltiples formas imaginarias. Aparece expresada en la puesta en escena (a la manera de Hamlet) con la que el adolescente invierte los términos: «Yo estoy siguiendo un ejemplo». Y más tarde: «En realidad es mi padre el que se opone a que yo sea perro –dijo jocoso Eugenio–. Se enteró primero y se hizo mujer a modo de protesta».

Entre dar la vida e instituirla hay un hiato que se tramita de infinitas maneras a través del trabajo que todo vínculo impone. En el cuento, la apuesta es pasional, a «todo o nada»: recordemos que el padre muere a causa de la nueva operación que el hijo le exige.

La película me resultó un contrapunto oportuno ya que describe vínculos familiares que se han ido vaciando, burocratizando, desapasionando y que recuperan interés y complejidad ante el mismo factor: la cuestión del género del padre, que en el cuento había resultado el detonante de un desenlace trágico. Aquí, en cambio, el factor desvinculante lo tienen la pasividad y el sometimiento como posicionamiento vincular. Pero también en este caso se trata de un hijo adolescente que aparece ya instalado en la vida atravesando los conflictos que implica el cuestionamiento consciente e inconsciente de los ideales parentales.

En cambio, el niño de la viñeta está en nuestros consultorios, y nos convoca a producir una intervención (palabra, gesto, mirada) que lo habilite a crear e introducir su propia palabra. Si ese niño y sus padres están allí, quiere decir que puede haber un lugar para indagar el código familiar e intentar producir una transformación; que puede haber algún lugar para la función analítica que incluya otro código, que abra el intercambio vincular a otras combinatorias, a nuevas posibilidades, al despojar a la asimetría instituyente de la fijeza, rigidez o exclusividad que en algunos casos tiene.

Transmisión y género

También la cuestión del género entra en juego en la viñeta. Pero también es otro el lugar que ocupa respecto del cuento y de la película. Aunque forma parte de las preocupaciones que la madre enuncia en la primera entrevista, no es por eso que consulta. Sino porque necesita una «nota de un psicólogo» para que el juez limite los encuentros del hijo con su padre. Además tiene que dar alguna respuesta a la demanda del jardín de infantes de donde proviene la queja por el comportamiento del hijo. No es difícil verse ubicado por esta mamá en el lugar de alguien que, como el papá, no tiene que estar mucho tiempo cerca del hijo. La excepción parece ser la señora que lo cuida durante muchas horas y que lo viste y peina de nena. ¿Habrá que realizar la operación de pasar de analista a «escritor de notas para el juez»? ¿No dijo algo parecido el papá acerca de la sugerencia que le hizo su ex-esposa con relación a su profesión? Por su parte, el marido actual recibió de esta mujer la sugerencia de buscar trabajo en un país del primer mundo, donde las posiciones laborales de su especialidad son ocupadas por «ssudacas», porque son degradantes para los nativos. Quizá para esta familia, la homosexualidad tenga el significado de una transformación degradante pero necesaria, equivalente a las transformaciones exigidas en lo profesional a maridos y analista.

Si bien la cuestión acerca del género no fue determinante para la elección de los ejemplos, agruparlos aquí tiene también el sentido de articular género y transmisión. Acudo nuevamente a las palabras de Legendre (op. cit.) que sintetizan, con su estilo vehemente, la idea que, acerca de este tema, entretienejo con las propuestas presentadas en este trabajo: «La genealogía implica el poder de hacer entrar al sujeto humano en la división (...) para fabricar al sujeto»... «se trata de dividir al sujeto humano según su sexo»... «no la distinción material de los sexos biológicos que siempre es secundaria en los sistemas de la cultura, sino la notificación del poder en estado puro, del poder de marcar al sujeto como sexuado, es decir como mortal (...) todos los huma-

nos, sea cual sea su sexo, tienen que tomar posición, su posición de simples mortales» (pág. 39). Se refiere a la diferencia como tope a la omnipotencia. Suscribo una idea fuerte que da cuenta de estos conceptos: «Lo que se juega es la diferenciación humana: los hijos y los padres deben diferenciarse, salir del magma,⁶ para que haya sujeto y la reproducción humana funcione o, simplemente, la vida humana tenga lugar» (pág. 58).

Desde la perspectiva vincular en psicoanálisis (Bernath, B.; Bianchi, G.; Santos, G., 2000) algunos autores han producido conceptualizaciones en esa misma dirección: «Enfocando aquellos aspectos de los vínculos familiares ligados a la transmisión y la trascendencia, es esa trama libidinal quien instituye los modos de procreación y continuidad. Será entonces la familia, como constituyente de la sexualidad, uno de los agentes culturales que va a ligar (o no) diferencias sexuales anatómicas a funciones de procreación y progenitura. En este caso, la diferencia anatómica se puede leer en clave de parentalidad y el tabú del incesto operaría marcando un límite a la realización efectiva de las prácticas sexuales reproductivas»... «los vínculos familiares, en su dimensión libidinal no sólo son un lugar de producción de hijos, sino de padres».

En un trabajo anterior (Zukerman, P., 1992) en el que postulaba al síntoma, desde lo intersubjetivo, como una versión o transcripción⁷ del mito familiar, examiné el caso Juanito analizando paso a paso la formación del síntoma. Al consultar la bibliografía acerca de la vida de Juanito

⁶ Semejante al concepto de «flujo» desarrollado por estudios antropológicos recientes (Méndez, M.L., 2001) y por teorizaciones de la perspectiva vincular en psicoanálisis (Gomel, S., 2001).

⁷ Curiosamente, en aquel momento no recordé que Freud usó ese término en la carta 52, para referirse al recorrido de una representación hasta devenir consciente. Lo pensaba desde la música: «arreglar para un instrumento lo que está escrito para otro u otros». Creo que recobra fecundidad desde las problemáticas abordadas en este trabajo.

«después de Freud», supe que de adulto fue *regisseur* de ópera y que no tuvo hijos. A la luz de los estudios de género y transmisión comentados más arriba, nos queda el interrogante acerca de cuánto de su historia familiar fue determinante de que no tuviera hijos. Lacan (1956), *conociendo el futuro*, no tuvo dudas: «Seguramente Juanito amará a las mujeres, pero ellas quedarán ligadas a una suerte de puesta a prueba de su poder» (...) «no dejará de temerles» (...) «Va entonces a tener niños fantasmáticos, va a devenir un personaje esencialmente poeta, creador, en el orden imaginario».

Retomando la viñeta, cabe pensar que la referencia a la probabilidad de una futura homosexualidad de Dany parece entrar en el discurso materno dentro de la compleja categoría de lo degradado-necesitado-sugerido. Una tarea del trabajo clínico con esta familia será poner a prueba estas hipótesis.

Asimetría y clínica

Algo en la escena de la entrevista con los padres de Dany evoca la del fallo salomónico: «Lo vamos a partir por la mitad», «el ojo derecho es mío»... Pero esto sucede en la clínica, muy lejos tanto del lugar del juez bíblico como de la idea incuestionada del niño como víctima. Sabiendo que situarse en el lugar del analista relanza el planteo nuevamente hacia la ética: en el caso del trabajo con niños, implica no desertar del lugar instituyente del adulto ni de la función analítica, también instituyente de novedad.

Cuestiones acerca de la ética que teorizamos sin saber que lo hacemos o que invisibilizamos sin percatarnos de ello. En este sentido, «responsabilizar» por igual al *infans* y al adulto en la formulación de estipulaciones familiares, sin discriminar acerca de los diferentes códigos que cada uno posee, o de la posibilidad o imposibilidad de desvincularse, desaloja de la clínica psicoanalítica categorías imprescindibles para su ejercicio.

Bibliografía

- Aulagnier, P. (1975) *La violencia de la interpretación*, Bs. As., Amorrortu, 1986.
- Berenstein, I. (1990) *Psicoanalizar una familia*, Bs. As. Paidós, 1990.
- Berenstein, I. (2001) *El sujeto y el otro*, Bs. As., Paidós, 2001.
- Berenstein, I. y Puget, J. (1997) *Lo vincular. Clínica y técnica psicoanalítica*, Bs. As., Paidós, 1997.
- Bernard, M. (1991) *Introducción a la lectura de la obra de René Kaës*, Bs. As., AAPPG, Colección Aportes, 1991.
- Bernath, B., Bianchi, G. y Santos, G. (2000) Informe del taller sobre «Sexualidad, Género y Familia» del Departamento de Familia de AAPPG.
- Bleichmar, S (1984) *En los orígenes del sujeto psíquico*, Amorrortu, Bs. As., 1984.
- Bleichmar, S. (1999) «Entre la producción de subjetividad y la constitución del psiquismo», *Revista del Ateneo Psicoanalítico*, N° 2, 1999.
- Bianchi, G.; Rajnerman, G. y Zukerman, P. (1991) «Función Filial», *Actas del I Congreso de Psicoanálisis de las Configuraciones Vinculares*, Bs. As.
- Bianchi, G. (1998) «Construcción de lo femenino y masculino en el vínculo de pareja», en *Del amor y sus bordes*, Bs. As., Paidós, 1998.
- Birmajer, M. (1999) «Una decisión al respecto». *Historias de hombres casados*, Bs. As. Alfaguara (1999).
- Castoriadis, C. (1983) *La institución imaginaria de la sociedad*, vol. I. Bs. As., Tusquets Editores, 1993.
- Diccionario Enciclopédico Ilustrado de la Lengua Española*, Barcelona, ed. Sopena, 1962.
- Effrom, M. y Onofrio, G. (1999) «Conyugalidad y parentalidad: la construcción de dos regímenes vinculares», Publicación de la 15° Jornada de la AAPPG, 1999.
- Freud S. (1899) La interpretación de los sueños. Madrid, O.C., Biblioteca nueva, 1948.
- Friedler, R. y otros (1998) *Diccionario de las configuraciones vinculares*, Bs. As., ed. Del Candil, 1998.
- Gaspari, R y otros (1991) «Función paterna, un saber acerca del sexo y la muerte», *Actas del I Congreso de Psicoanálisis de las Configuraciones Vinculares*, Bs. As.
- Gomel, S. (2001) «Volviendo a

- pensar». Panel: Modelos conceptuales de psicoanálisis de familia y pareja. Publicación del IIº Congreso Argentino de Psicoanálisis de Familia y Pareja.
- Kaës, R. (1989) «El pacto dene-gativo en los conjuntos trans-subjetivos» en *Lo negativo, figuras y modalidades*, Amorrortu, Bs. As., 1991.
- Lacan, J. (1956) «Seminario de las relaciones de objeto».
- Legendre, P. (1985) *El inestimable objeto de la transmisión*, Madrid, Siglo Veintiuno, 1996.
- Lewkowicz, I. (1998) «Subjetividad adictiva: un tipo psico-social históricamente instituido», *Revista de la Asociación Argentina de Psicología y Psicoterapia de Grupo*, vol. XXI, N° 1, 1998.
- Mendez, M. L. (2001) «La problemática del tabú del incesto en la actualidad». Conferencia en el Departamento de Familia de la AAPPG.
- Moreno, J. (1993) «Lo traumático y el vínculo parento filial», *Diarios clínicos*, N°6, Bs.As.
- Peirteroen, S. (Abogada). Comunicación personal
- Pierce, C. (1931-1935 y 1957-1958) *Obra lógico semiótica*, Madrid, Taurus, 1987.
- Rajnerman, G. (2000) «El niño y su familia: un punto de vista», en *Clínica familiar psicoanalítica. Estructura y acontecimiento*, Bs.As., Paidós, 2000.
- Santos, G. (2000) «Cuando la clínica se hace relato: algunos problemas», en *Clínica familiar psicoanalítica. Estructura y acontecimiento*, Bs. As., Paidós, 2000.
- Zukerman, P. (1992) «El síntoma y la familia. El síntoma de la familia», *Revista de la Asociación Argentina de Psicología y Psicoterapia de Grupo*, vol. XV, N°1, 1992.

Resumen

Partiendo de la diferencia entre un aparato psíquico en constitución, como es el del infans, y el de un adulto, se intenta una revisión de las estipulaciones (pactos, normas, acuerdos) en los vínculos familiares que tome en cuenta dicha diferencia. Se recurre a nociones provenientes de la semiótica, las matemáticas y la articulación entre derecho

y psicoanálisis para fundamentar la propuesta. El concepto de asimetría proviene de las matemáticas y es la que se ocupa de las cantidades incommensurables entre sí. Considerando que el niño al nacer no trae otro código que el de su dotación genética y que la constitución de su aparato psíquico, así como de su subjetividad, se producen en la relación con otros, es posible pensar que en los primeros tiempos de la vida no se reciben mensajes sino inscripciones.

Se postula que un vínculo es asimétrico cuando aquellos que lo componen no poseen la misma posibilidad de desvincularse. *Se trabaja sobre un cuento, una película y una viñeta clínica para desplegar estas ideas ligadas al concepto de transmisión.*

Summary

The starting point is to mark the difference between a psychic apparatus in constitution as the infans' one and that of an adult. It is intended a check up on stipulations (pacts, agreements and rites) in family links that take into account that difference coming from semiotics, mathematics and from the articulation between laws and psychoanalysis.

Asymmetric concept comes from mathematics and is the one that takes interest on unmeasurable quantities between them.

Considering that a newborn child brings with him only the code of his genetic conformation and that the constitution of his psychic apparatus and also of his subjectivity are produced in relation to others, it is possible to think that in the first months of living, no messages are received but inscriptions. It is proposed that a link is asymmetric when those that form part of it have not the same possibility to break it. We work on a tale, a film, and a clinic example to develop these ideas connected with transmission concept.

Résumé

En partant de la différence entre un appareil psychique en formation, comme dans le cas de l'infans, et celui d'un adulte, l'on tente une révision des stipulations (pactes, normes, accords) à l'intérieur des liens familiaux qui tienne compte de cette différence. Pour cela l'on a recours à des notions qui proviennent de la sémiotique, des mathématiques et de l'articulation entre le droit et la psychanalyse pour apporter un fondement à la proposition. Le concept d'asymétrie provient des mathématiques, c'est elle qui s'occupe des quantités incommensurables entre elles. Compte tenu du fait que l'enfant, lorsqu'il naît, ne possède d'autre code que celui de ses gènes et que la constitution de son appareil psychique, ainsi que de sa subjectivité, se produisent à partir de sa relation avec les autres, nous pourrions penser que dans les premiers temps de la vie, nous ne recevons pas des messages mais des inscriptions.

Nous postulons qu'un lien est asymétrique lorsque ceux qui le composent n'ont pas la même possibilité de se délier. *L'on travaille ici à partir d'un conte, d'un film et d'une vignette clinique qui nous permettent de déployer ces idées qui rejoignent le concept de transmission.*

Interrogaciones

*Acerca de la tarea
de supervisión*

**Centro Asistencial
Andrée Cuissard ***

(*) Arévalo 1840, Capital Federal
Telefax: 4774-6465 rotativas

En el pasado mes de noviembre, nuestro Centro Asistencial Andrée Cuissard se propuso una reunión de reflexión en torno al tema de la supervisión. Los once equipos que lo componen elaboraron, en base a cuestiones que insistían como problemáticas, las preguntas que organizarían el debate. Se conformó un Panel, coordinado por Marina Selvatici, donde se propuso a los supervisores de los equipos discutir y participar lo más espontáneamente posible, a partir del único ordenamiento dado por la temática, a la manera de un grupo de discusión.

Los panelistas: Graciela Ventrici (Análisis Institucional); Graciela Bianchi (Trastornos Adictivos); Norma Mondolfo (Tratamientos Individuales); Sara Moscona (Familia); Elina Aguiar (Pareja); Marta Voronovitsky (Prevención); Angela Blanco (Orientación Vocacional); Ona Sujoy (Niños y Adolescentes); Cristina Munguía (Grupos de Adultos y Grupos de Adultos Mayores) y Daniel Asiner (Psiquiatría).

Las preguntas:

- 1) ¿Qué considera material para la supervisión?
- 2) ¿Cómo opera el cruce de transferencias en el trabajo institucional de supervisión?
- 3) ¿Cómo se trabajan los abordajes múltiples en el espacio de supervisión?

Graciela Bianchi: Lo que considero material es el relato del terapeuta y a partir de ese relato y de lo que se va pudiendo escuchar, distintas impresiones de ese relato, es la versión más fidedigna de lo que le pasa al paciente en tanto es el producto del encuentro que tuvo lugar en la o las sesiones que se supervisan. En nuestro Equipo, de Trastornos Adictivos, trabajamos con varios dispositivos al mismo tiempo, o sea que algunos pacientes pueden tener más de un tratamiento a la vez (individual, familiar, psiquiatría, etc.). Es un equipo multidisciplinario.

Con relación al material, lo que me interesa, especialmente en los dispositivos vinculares, es el tipo de relación, el tipo de vínculo que arma el paciente, y el vínculo del paciente con el terapeuta, la relación transferencial.

Elina Aguiar: En la terapia de pareja tomamos el discurso vincular pero, como supervisamos en grupo, también consideramos material las diversas ocurrencias que van teniendo los colegas, a medida que escuchan el relato clínico del terapeuta. Es interesante detectar cómo, en la discusión del material, algo de la escena dramática que se está jugando en la pareja se juega con nosotros, en el grupo, tomando una un rol, otra otro. Creo que esto depende, también, del clima de confianza que se puede instalar en el grupo. Al comienzo, cuando se renuevan los integrantes de los grupos de supervisión, entre los colegas estamos pendientes de saber «quién es el otro, cómo va a tomar lo que yo digo»; «¿es un lugar donde quedo expuesto, donde me juzgan?; lugar de «super» visión, donde habría un panóptico que puede ser persecutorio.

Estaremos atentos no sólo al discurso vincular, los acuerdos inconscientes, los pactos, los significantes vinculares, las representaciones sociales de la pareja, sino también, si aparece, a algún sueño que pueda tener el terapeuta con un paciente. Esto es para subrayar que también las ocurrencias laterales o colaterales forman parte de ese contenido latente que tenemos que descifrar en el discurso vincular de los pacientes. También tomamos como material la impresión estética («ella es linda, él es feo»); lo ideológico («tiene country y vienen acá, me pagan poco, cómo puede ser, a mí me da bronca»), «Dijo *negros de mierda* y a mí me molesta si habla así»), comentarios que ustedes verán habituales. La impresión estética, la ideológica, la valorativa, todo lo que tenga que ver con lo que llamamos *imposición de presencia*: la presencia del otro me convoca, me invoca, me conmina (a eso que me conmina el otro de la pareja). El clima de una sesión, eso que siento, no es solamente contratransferencia, es algo de mi presencia con la presencia

del otro: poder detectarlo es poder captar algo del clima vincular de la pareja.

Graciela Ventrici: A lo que dice Elina, la resonancia del grupo, en Análisis Institucional lo llamamos *obrador*. Aclaro que, aunque soy Directora del Departamento de A.I. y Coordinadora del Equipo al que represento en el Centro Asistencial, en realidad dentro del equipo determinamos quién va a supervisar: el lugar es rotativo, dentro de un grupo de analistas institucionales que estén en condiciones de hacerlo. Hay un equipo que interviene, el cual se reúne con el supervisor o los supervisores (a veces, más de uno), y ahí se arma lo que es *el obrador*.

Se toma como material lo que aparece desde la primera llamada, desde el primer contacto con la institución. Es material para nosotros saber cómo está organizada esta institución, su estructura, etc.

A lo que llamabas *presencia*, nosotros lo llamamos *implicación*. Permanentemente estamos trabajando sobre nuestra relación psíquica con lo que está sucediendo en la institución consultante, esto forma parte fundamental de la intervención y de la supervisión, ya que el material implicaría, no solamente ver la institución desde afuera (los vínculos, la estructura), sino, además, trabajar nuestra propia manera de estar frente a este pedido, ir de ese modo deconstruyendo la demanda, que es el trabajo de análisis que finalmente se hace.

Norma Mondolfo: En el equipo de Tratamientos Individuales, trabajamos en conjunto estas preguntas. En primer lugar, nos parecía que antes de pensar cuál es el material a supervisar, teníamos que pensar qué es la supervisión. En ese sentido, hicimos hincapié en el término *supervisión* o *análisis de control*, porque pensamos que esto implica (como los nombres no son ingenuos) una posición de poder. Sería lo primero a revisar. Tal vez esto esté relacionado con la segunda pregunta, *el cruce de transferencias*.

Partimos de la estructura más simple de la supervisión: un analista escucha a otro, Y el eje central es la transferencia. En una institución, no se elige al supervisor, lo que introduce toda una cuestión problemática. Con relación a la transferencia como eje central, ¿qué material tomamos? Por un lado, lo primero es cómo se prepara el material a supervisar, porque ya allí hay una primera elaboración, como si fuera un sueño, un traducirlo a un contenido manifiesto, donde uno siempre tiene la impresión de que dejó datos afuera. Muchas veces trabajamos el cómo se preparó, por qué se eligió ese material, cuál es la preocupación por ese material. En ese nivel, ya empiezan a aparecer los nudos transferenciales, que son los nudos imaginarios. Porque ¿qué es lo que uno hace en una supervisión? Dos cosas: desata nudos imaginarios con relación a las transferencias y trata de integrar eso en un material preconciente, con las marcas subjetivas que cada uno trae. Ese primer nivel es un nivel importante de trabajo.

El segundo nivel, es el decir del paciente. Es indispensable que se traiga registrado el decir del paciente, porque ahí hay algo de la cadena simbólica, necesario para profundizar el acercamiento a la comprensión del paciente. Por supuesto, todo el trabajo grupal es sumamente rico, todos coincidimos en eso, no sólo en la cadena discursiva del paciente, sino de lo que se hace con ello en el grupo, toda la dramática que interviene en la aproximación al paciente.

Entonces, los tres ejes sobre los cuales pensamos cuál es el material de supervisión, son: el relato del terapeuta, lo que se rescata del decir del paciente, y el decir y el hacer del grupo.

Sara Moscona: También en el Equipo de Familia elaboramos grupalmente estas preguntas. Nos planteamos, específicamente, la diferencia que existe entre una supervisión grupal y una supervisión individual, con alguien que uno elige como supervisor. Ambos tipos de supervisión poseen sus ventajas y sus desventajas.

Respecto de la supervisión en nuestros equipos, una de las ventajas era una mayor horizontalidad en el intercambio, aun habiendo un supervisor estable, y que no fuera un grupo de autogestión. La horizontalidad está dada por lo que en nuestro grupo denominamos una *inter-visión*, lo que permite una revisión del material clínico desde distintas perspectivas. Esto implica que no hay un *sujeto supuesto saber*, sino que el saber se distribuye entre los distintos miembros. El supervisor no tiene un rol privilegiado por el sólo hecho de ocupar ese lugar, más bien es algo que se va co-construyendo con el equipo, en lo que llamamos una *trama*, eso que Susana Matus plantea como *entramado supervisor-supervisado-paciente*.

Un autor lacaniano, Erik Porge, sostiene que el sólo hecho de llevar un material a una supervisión, el sólo pensarla al transcribirlo, modifica la postura del terapeuta. ¿Por qué? Porque incluye a un tercero en el vínculo terapeuta-paciente y rompe la especularidad.

Nosotros tomamos el discurso vincular, lo dicho y lo no dicho, lo gestual, lo espacial, lo dicho en acto, los obstáculos, los puntos ciegos, la contratransferencia, la ideología del terapeuta, las conductas éticas. Todo lo que implica el compromiso del terapeuta con su clínica, sus preocupaciones, sus angustias, sus inquietudes.

Elina Aguiar: Quiero agregar que nosotros tomamos también el motivo de la supervisión: «traigo a esta pareja, que tengo hace tanto tiempo...», «a la nueva que me provoca curiosidad...», o «cuando me produce mucho rechazo...». Efectivamente, el hecho de pensar un material para supervisión, aunque no haya sido llevado todavía, hace que intervenga esta terceridad y que, «mágicamente», los pacientes ya tengan algunas modificaciones cuando se está preparando el material para supervisión.

El efecto del grupo que se ha instalado dentro de la cabeza de los integrantes del grupo, no es despreciable. Este grupo interno, esta trama, va operando continuamente.

También consideramos material lo que leemos de la entrevista hecha en Admisión, y además la Admisión misma puede considerarse como un dispositivo vincular útil para ciertas situaciones puntuales. Por ejemplo, se nos presentaron parejas de novios de poca data, donde el admisor señala que necesitan unas pocas entrevistas. Nos preguntamos ¿por qué no podría hacerlas el admisor?

Ona Sujoy: También nosotros discutimos los temas en el equipo. En la supervisión de los grupos con adolescentes, se trabaja en equipo, o sea que todo el grupo de terapeutas participa de la supervisión.

El relato del terapeuta es el material fundamental con el que contamos, pero entendiendo por *material* una cantidad de variables mucho más amplia que el relato o la transcripción de la sesión en sí misma. A lo ya mencionado agregaría otro tipo de material, que tenemos muy en cuenta: el material de la co-terapia, es decir, el vínculo entre ambos terapeutas, lo que Kaës llama la «intertransferencia».

Otro tipo de material, que podríamos llamar *de extrasesión*, son todos aquellos aportes relativos a la especialidad, por ejemplo, las entrevistas con padres, que a veces se hace necesario tener. Por otro lado, consideramos también muy importante los distintos tipos de vínculos que se establecen por el hecho de pertenecer a una institución. Y aquí entramos en el tema de *las transferencias*, de los pacientes entre sí, hacia el terapeuta, del terapeuta hacia el equipo de terapeutas, el equipo de terapeutas como «transferenciador» de un vínculo con la institución.

Surge una pregunta: ¿el supervisor es un representante institucional? Porque el supervisor tiene todas estas funciones, pero se le agrega, además, que es una función impuesta por la institución, y esto marca una diferencia notable con otro tipo de supervisión.

Cristina Munguía: Voy a hacer dos breves exposiciones porque superviso a dos equipos. En el Equipo de Grupos de Adultos trabajamos juntos las preguntas. Aquí, en las supervisiones están todos los miembros del equipo, somos cuatro, dos terapeutas, el admisor y el supervisor. No tenemos una coordinación formal, la ejercemos rotativamente entre nosotros.

Dividimos la supervisión en dos etapas. Una parte la dedicamos a supervisar a los pacientes de admisión, donde se barajan las hipótesis de la agrupabilidad del paciente, pero además, si tenemos más de un grupo, en cuál conviene incluirlo. Si bien como supervisora puedo poner el acento en algo especial, participamos todos de manera horizontal. En otra etapa, trabajamos sobre la producción grupal: el material que los pacientes van produciendo durante las sesiones, y también con lo que le va pasando al terapeuta, es decir, sobre la transferencia. La elección de la sesión a supervisar está directamente a cargo del terapeuta. Cuando hay coterapia, también trabajamos sobre eso.

Creo que, de las tres preguntas, la segunda es clave, porque refiere a cuál es el lugar que ocupa cada uno, cuáles son las transferencias institucionales.

En el Equipo de Grupos de Adultos Mayores, el trabajo sería más amplio, pero en este momento hay poca demanda, pocos pacientes; en otro momento tuvimos hasta tres grupos. Cuando llega un paciente, María Capponi hace la admisión, coordina y se hace cargo como terapeuta, y yo la superviso. Evaluamos entre las dos para ver qué podemos hacer por ese paciente, si hay necesidad de hacer entrevistas familiares, de pareja, con los hijos, o con las personas a cargo; con el médico clínico, con el kinesiólogo o con el psiquiatra que lo están atendiendo.

Angela Blanco: Orientación Vocacional es nuevo en Asistencia. Compartimos todo lo que dijeron acerca del relato, etc., pero nuestra tarea es distinta porque tiene un encuadre limitado, son talleres. Se hace la admisión –dos

entrevistas individuales como mínimo–, después una entrevista de cierre-apertura y una entrevista a los padres. Luego se hace el taller, de cuatro reuniones. Si en el cierre los padres quieren volver, pueden hacerlo, pero no es obligatorio.

Nuestro equipo está formado por tres personas, dos son coterapeutas. Es un trabajo autogestivo, yo no soy «supervisora», hablamos entre todas, intercambiamos reflexiones sobre el material y lo que está ocurriendo. El material se supervisa todas las semanas, tanto sobre los pacientes, como sobre la coterapia.

Marta Voronovitsky: El Equipo de Prevención es un equipo interdisciplinario y está formado por dos terapeutas pertenecientes a la institución y una Asistente Social sin inserción previa en ella. A la fecha, realizamos dos talleres: uno en Arrecifes y otro en Capital. Estamos trabajando en forma permanente con la red social barrial, a través de los Centros de Gestión y Participación.

Consideramos material todo lo que surge en el contacto con la comunidad, de la práctica misma. Nuestra escena es el afuera, privilegiando lo vincular como soporte de la red social. Como la comunidad ofrece múltiple material, a veces con temáticas tan fuertes como casas tomadas, chicos de la calle, desocupación, etc., frente a esto nos sentimos foráneos y a la vez con la obligación de dar respuestas.

Con relación a la tarea de supervisión, preferimos utilizar el término «evaluación», ya que se trata de una tarea compleja. Hacemos esta evaluación desde el primer encuentro con la comunidad. Evaluamos, por un lado, la tarea en sí misma y por otro, a nuestro equipo. Por eso hablamos de evaluación múltiple.

Daniel Asiner: Vengo a representar el aporte de la psiquiatría, que realizo en dos alternativas que son: en las

reuniones de admisión y también con aquellos terapeutas que lo soliciten, respecto de un paciente en tratamiento. O sea que tendría que ver más con la interdisciplina, que vamos a ver después.

Graciela Bianchi: La supervisión, como parte del dispositivo, tiende a ampliar la escucha y sensibilizar al analista a la emergencia de producción inconciente. Su lugar de exterioridad, respecto de la práctica que abarca analista-paciente, no la exime de un aspecto de responsabilidad con relación al paciente, en tanto debe registrar lo que no se pudo en el momento de la sesión y reintegrarlo a la conducción de la cura. Esto implica una dimensión ética, porque se trata de trabajar qué es lo que se hace con ese paciente, tomar decisiones al respecto. Con relación a esto, dentro del equipo de Trastornos Adictivos, tenemos dos tipos de reuniones: una más específica de supervisión –análisis de las transferencias que están en juego– y otra, que es más una reunión de intercambio, sobre cuestiones que están ocurriendo y decisiones que hay que tomar, dado que estas patologías tienen tanto contenido de actuación.

Marina Selvatici: Les voy a leer las otras dos preguntas, a la luz del tema de las transferencias: ¿cómo opera el cruce de transferencias en el trabajo institucional de supervisión? ¿Cómo se trabajan los abordajes múltiples en el espacio de supervisión?

Cristina Munguía: Ahora pensé en algo que está por fuera, pero que habría que incluirlo. Me refiero a las transferencias y a las consultas «de pasillo», que forman parte también del trabajo y de los tratamientos que hacemos, y que, sin embargo, siempre quedan afuera y no intervienen en las supervisiones. Quiero decir que sería interesante que esos pacientes que son tratados en distintos dispositivos pudieran ser vistos en supervisiones conjuntas.

Ona Sujoy: Justamente, uno de los problemas que se nos plantea en las supervisiones es que trabajamos en un equipo pero que a su vez, si los pacientes están incluidos en otros dispositivos, no hay intercambio, ni hay un equipo entre los supervisores. Esto trae problemas. Habría que discutir para diferenciar la interferencia que puede producir el conocimiento del material surgido en otro dispositivo, de lo que es un intercambio de información entre profesionales, y la necesidad de armar equipo.

Angela Blanco: Creo que lo institucional pesa especialmente. Nosotros hemos tenido muchas veces en consulta a hijos de miembros de la Asociación. Ahí era muy importante lo que pudiera convertirse en una infidencia o no. Lo analizamos y lo cuidamos enormemente: qué significan las diversas transferencias, incluida la transferencia con la institución.

Elina Aguiar: En cuanto a las interferencias, también deberíamos incluir la indicación de otro tratamiento, además del que se está realizando. ¿Cuándo es indicación? ¿Cuándo es resistencial? A veces, la contratransferencia del terapeuta hace que envíe a fulano a individual o al psiquiatra y a lo mejor, lo indicado sería duplicar o triplicar las sesiones de pareja, para no favorecer las resistencias a la vincularidad en la pareja. En general, solemos tener una cierta reticencia cuando alguien dice sobre un material de pareja: «esa problemática es de ella, necesita un abordaje individual». Creo que no lo tenemos muy claro, ni sistematizado, cuándo derivar o cuándo no derivar, o cuándo debería quedar simplemente en la admisión. Son interrogantes que quedan pendientes para ser repensados.

Quiero señalar, especialmente, la transferencia sobre el admisor, que en los pacientes queda como una marca, y es común que la comparan con las siguientes. Esta es una marca que los terapeutas, si nos guiáramos por el modelo

de nuestra práctica privada, podríamos llegar a minimizar o desestimar.

Marta Voronovitsky: En la tarea de Prevención se complejiza el tema de la transferencia. Pensamos en *transferencias múltiples* que se entrecruzan: las que se juegan a nivel del equipo, nuestras transferencias institucionales, y representando hacia el afuera a la AAPPG. También las transferencias interinstitucionales, de institución a institución, en los casos de los Centros de Gestión y Participación; y dentro de ellas, la relación con otros colegas del campo psicológico que pertenecen a otras instituciones.

Norma Mondolfo: En el grupo pensamos que la transferencia tiene que ver con la transferencia del supervisado con el supervisor, y también la del supervisor con el supervisado, porque ahí se arma un campo. En nuestra práctica privada solemos elegir transferencialmente al supervisor, y decidimos el momento y lugar para efectivizar dicha tarea. La práctica clínica a nivel institucional, implica una cadena de responsabilidades de las cuales la institución debe hacerse cargo. Esto, que en un nivel funciona como marco de reaseguro para los profesionales intervenientes, en otro plano, al estar interferida la posibilidad de elección, puede generar situaciones conflictivas, sintomáticas, y hasta puede llegar a obstaculizar la función del supervisor. No digo que esto impida el trabajo, pero es un obstáculo que hay que tener en cuenta.

Ona Sujoy: Otro problema es que los pacientes tampoco pueden elegir transferencialmente; el paciente, una vez que ingresa a la institución, es un paciente cautivo. ¿Qué pasa si a un paciente no le gusta el terapeuta que le asignaron y quiere cambiar de terapeuta? Eso ocurre con mucha más frecuencia de la que imaginamos; y es un problema, porque el paciente frente a esta situación opta por abandonar el tratamiento.

Graciela Ventrici: Me parece muy interesante este punto, porque creo que acá hay un fuerte atravesamiento de la práctica privada. Creo que plantear que la relación entre el supervisor y el supervisado es una relación básicamente de deseo, es desconocer que se está en una institución. Es un punto conflictivo porque la institución está negada, es un elemento más que interviene.

Norma Mondolfo: No creo que sea una proyección de lo privado en la tarea institucional, es algo que tiene un fundamento teórico.

Graciela Ventrici: No tenemos práctica del análisis de nuestra relación con la institución y de cómo esto nos está conformando. Hay múltiples situaciones que atraviesan nuestra práctica como supervisores, como terapeutas, que tienen que ver con la relación con la institución. Como es tan complejo de analizar, queda como obstáculo, es un elemento más para trabajar.

Por ejemplo, creo que no está reglado qué pasa cuando a un paciente no le gusta su terapeuta. Si no está reglado y acordado cuáles son los pasos a seguir, los más o menos adecuados dentro de lo que permite la singularidad, me parece que también se está obturando la relación con la institución.

El paciente no siempre es cautivo por estar en una institución, muchas veces elige. Una vez hice un trabajo, hace mucho tiempo, donde tomé el caso de tres pacientes, a partir de la supervisión de un analista que se iba de una institución y se lo comunicaba a sus pacientes. Tres pacientes, tres relaciones diferentes con la institución, absolutamente arraigadas a sus significaciones históricas y a sus figuras fundamentales; mientras tanto la institución transitaba muda. No teníamos idea, en las supervisiones, de que esto estaba, pero bastó que el terapeuta les planteara que se iba y les diera la opción de seguir en privado con él o

quedarse en la institución, para que la respuesta de los pacientes dejara ver esta relación con la institución. Entonces me parece que *a priori* no se puede hablar. Esto que planteo ahora, es el trabajo básico de lo que es supervisión en Análisis Institucional, porque es la relación del analista institucional con sus instituciones, que no solamente son las organizaciones a las que pertenece, sino que además son las instituciones sociales, la pareja, la familia, los valores, etc. Y cuando nosotros elegimos un supervisor dentro del equipo, lo que esperamos es que se ponga en posición de analista, analista institucional o lo que sea, pero analista, en el sentido de poder ver lo que nosotros no vemos, no importa si es un par, eso se trabaja como se trabaja la transferencia. Esa es una diferencia fundamental de lo que es un mero relato entre pares.

Graciela Bianchi: Hay que ver dónde ponemos la relación transferencial con la institución, porque de alguna manera hay una elección. En realidad, uno está eligiendo una institución, eligiendo un Centro Asistencial, eligiendo una manera de trabajar. No digo que esto sea fijo, inmodificable, que no se pueda pensar esta cuestión o qué efectos tiene, pero tiene su razón de ser como estructura de supervisión en esta institución.

Sara Moscona: Son dos preguntas que apuntan a dos ejes diferentes. Primero, porque el cruce de transferencias en el trabajo institucional es una trama muy compleja, es un tejido más denso que el de otro tipo de supervisiones, a causa de las distintas transferencias cruzadas; pero también porque en los intersticios de las distintas transferencias institucionales y vinculares se filtran como grietas las resistencias: de los pacientes, de los analistas y de los supervisores. Habría que poder transformar las transferencias cruzadas que operan como obstáculos en motores de la cura. En la Asociación, el índice de deserción mayor se detectó en el pasaje que va desde la admisión hasta que los pacientes llegan al terapeuta.

El segundo punto, sería el del abordaje múltiple, que tendría que ver con otras disciplinas. Me parece que ése es otro tema. Creo que es un trabajo que liga a las distintas disciplinas, sin yuxtaponérse, pero sí tratando de encontrar sus entramados.

Lo ideal sería que fuera una operación clínica con un carácter co-constructivo, donde cada uno guarde su lugar y a su vez se pueda compartir con otros equipos esos pacientes, encontrando en conjunto los dispositivos más adecuados para el momento situacional de ese paciente dado: familia, pareja, grupo o institución.

Norma Mondolfo: La institución tiene determinados requisitos. Hay una cadena de responsabilidades, hay decisiones que alguien tiene que tomar, esto es indudable. Si uno piensa que la supervisión institucional es indispensable a la institución, también es un síntoma, es una causa de sufrimiento, es una formación del inconciente, y eso permite que ahí algo se trabaje. Yo creo que el deseo es individual. En una supervisión, lo que hay que producir es un desandar o desarmar transferencias imaginarias, hay algo de una depositación que el supervisado hace en ese lugar. No es lo mismo una supervisión elegida que una supervisión institucional, más allá de que considero que la supervisión institucional es indispensable.

Graciela Bianchi: Voy a ponerme del lado de la institución y no del lado del supervisado que elige. Es para agregar ingredientes a esta compleja situación. La institución tiene una responsabilidad sobre los pacientes, entonces va a tener que determinar qué supervisor habrá de supervisar ese trabajo, ésta es una cuestión que en otro ámbito no juega. Cuando uno contrata un seguro de mala praxis hay una jerarquización de la responsabilidad y el supervisor está entre los que pueden ser demandados antes que el terapeuta. Primero es el director del Centro Asistencial y después viene el supervisor; o sea que el supervisor, legal-

mente, tiene la responsabilidad sobre el paciente, y una institución que arma un Centro Asistencial tiene que dar cuenta de esta responsabilidad.

Cristina Munguía: Los supervisados no eligen al supervisor pero la institución sí elige a los supervisores con un método que no se cumple en todos los espacios, porque varios de nosotros hemos concursado para desarrollar la función de supervisor, pero en otros espacios no funciona de esta manera o sea que hay diferencias, aceptadas por la institución, sobre la forma como se llega a ser un supervisor o como se elige a los supervisores.

Graciela Ventrici: En esto que decís, Cristina, está el tema de si Análisis Institucional tiene pacientes o no, nosotros tenemos *clientes*. Hay una diferencia que es muy importante, tenemos una deformación profesional que nos lleva a decir: la sesión, en realidad es una sesión en otro sentido, no en un sentido terapéutico; nosotros no cuidamos la institución ni a las personas de la institución, lo que tratamos es que mejore su funcionalidad, que la gente que vive en esa institución tenga bienestar porque esta organización funciona, pero no nos metemos con el mundo interno de sus integrantes. Sabemos que todo lo que les pasa a los miembros de una organización afecta hasta en sus propios cuerpos, sabemos que se enferman, que el sufrimiento abarca diferentes niveles de sus vidas, pero no es la misma responsabilidad que la del terapeuta.

Marina Selvatici: Les propongo ahora una rápida vuelta al tema de los abordajes múltiples.

Graciela Bianchi: Nosotros tenemos varias formas de abordar simultáneamente. Tratamos de diferenciar, como dije antes, una reunión para pensar sobre el paciente de lo que es la supervisión a alguno de los tratamientos. No es

fácil esta diferencia. Incluso esto es algo que queda también a decisión de los terapeutas, como alguna vez nos ocurrió: supervisar el material de una sesión individual y que el terapeuta de familia de ese mismo caso no esté presente, pues se consideraba que podía ser una interferencia. Este me parece que es un tema interesante, lo que es la interferencia o no. En nuestro equipo, a través del supervisor y del coordinador (que también es parte del equipo), se hace algún tipo de síntesis de la información.

Norma Mondolfo: Es un tema complicado, a nosotros nos costó pensar este tema. Recuerden que el Equipo de Tratamientos Individuales se armó recientemente; primero era un equipo de pacientes graves donde se supervisaba distintos dispositivos. En nuestra opinión, cuando los pacientes no son pacientes graves, la reunión de los dispositivos crea más interferencia que posibilidades, en el sentido de que se aportan datos que interrumpen ese campo de trabajo. Es más bien una pregunta.

Creo que los datos que provienen de la admisión constituyen una información que debe ser considerada, sobre todo por respeto al paciente, que accede, de este modo, a la institución. Cuando se trata de pacientes graves es indispensable y es una alternativa que brinda la institución al posibilitar el trabajo en equipo.

Pensamos que sería muy importante, en los equipos de supervisión, la presencia, aunque no sea continua, del psiquiatra, porque ahí se trabaja con un accionar terapéutico distinto al de la palabra, que es la medicación, y aunque se medica en transferencia me parece que ella no es el eje del trabajo.

Ona Sujoy: Creo que en una institución, aquello que no se formaliza termina haciendo ruido o transformándose en regresión. Sería bueno profundizar, en una discusión teórica más rigurosa, las situaciones de abordaje múltiple, que se han dado de hecho.

Graciela Onofrio: Me surge la siguiente pregunta: si el supervisor es un representante de la institución y encuentra que tiene una responsabilidad sobre el trazado de las estrategias y el camino de la curación del paciente, ustedes como supervisores ¿dejan la demanda espontánea del supervisando, de ver qué material él trae por la curiosidad, la novedad, o hacen un pedido como «necesitamos ver tal paciente»? Teniendo en cuenta la cadena de responsabilidades, ese dato a veces se deja pasar.

Elena Berlfein: Estuve escuchando con sumo interés todo lo que se ha venido diciendo y pensaba que la primera pregunta transcurrió tranquila, y que el lío se armó con las otras dos, que son las que incluyen más claramente lo institucional. Creo que en algún otro momento sería bueno volver sobre estos temas, más *in extenso*. Con respecto a la admisión, indicación y derivación, quisiera comentar que, por ser la Directora del Centro Asistencial, también coordino y superviso al Equipo de Admisión; coincidencia de funciones que tiene su sentido.

Cuando llega un paciente, él espera que la Institución atienda su pedido de consulta del modo más satisfactorio. Desde que es recibido por la Secretaría y entrevistado por el Admisor, se inicia un campo transferencial recorrido por la complejidad que lo múltiple encierra. A diferencia de lo que ocurre en la práctica privada, el paciente no elige al terapeuta, así como éste no elige ni al paciente ni al supervisor. Del mismo modo, el supervisor tampoco elige a quién supervisa.

El paciente elige la Institución y ésta lo acepta, de modo que es la Institución la que se constituye en el eje central de un cruce transferencial que habrá de atravesar a todos los implicados en el mismo. Coincido con Graciela Ventrici en lo poco analizada que tenemos nuestra relación con la Institución. Esta podría ser una de las razones por lo cual se vería obstaculizada la instrumentación de equipos de múltiple abordaje, dispositivo que en su misma constitu-

ción nos convoca en un anudamiento que torna insoslayable nuestros respectivos atravesamientos institucionales.

Creo que la forma en que venimos trabajando en el Equipo de Admisión se acerca bastante al modelo del abordaje múltiple. Que sea el Director General del Centro Asistencial quien se hace cargo de coordinar y supervisar a dicho equipo, aporta una mirada «macro» que, puesta a trabajar en el conjunto, muestra su eficacia a la hora de construir la indicación posible y que mejor responda a la singularidad de la demanda en cuestión, al margen de las especificidades propias del dispositivo de cada uno de los profesionales intervenientes.

Graciela Ventrici: Las reglas deberían incluir la posibilidad de que se pudiera analizar si un caso conviene trabajar en múltiple abordaje, trabajar todos juntos o ir trabajándolo por separado. Creo que si una característica tiene el análisis, es esto de la singularidad. Esta singularidad también hace que sea muy diferente el ámbito privado del ámbito institucional. Lo institucional tiene significación, no solamente es un conjunto de normas o de responsabilidades o de cuestiones jurídicas, hay una significación subjetiva de ser parte de una institución, porque cada uno tiene que ver cómo está vinculado, qué representa de sí, y yo creo que eso casi nunca se trabaja.

Ona Sujoy: No es que todo tiene que estar formalizado, sino aquellas cosas que empiezan a hacer ruido de tal forma que de todas maneras se producen, que son tomadas como transgresiones en vez de ser incorporadas como parte de las posibilidades del dispositivo. Por otra parte, es cierto que la supervisión no puede cubrir todo, tiene que haber otras instancias dentro del Centro Asistencial que se hagan cargo de ciertos aspectos, por ejemplo: el equipo de terapeutas puede tener Grupo de Reflexión, puede tener algún lugar de consulta interdisciplinaria donde toda esa información pueda ser vertida en beneficio del paciente. Yo creo que la flexibilidad sería la norma.

Yo también me encargo de la supervisión de Niños y Adolescentes, que son atendidos en el dispositivo bipersonal. El ejemplo que quería traer es el de un paciente que, en consonancia con la indicación surgida en la admisión, estaba siendo atendido en tratamiento individual y familiar. Se inician los dos tratamientos y, después de un tiempo, se empieza a plantear la cuestión de que ambos terapeutas, familiar e individual, no tienen absolutamente ningún contacto. Cada uno de ellos supervisa el caso en su espacio de supervisión. Llega un punto en el cual la madre del paciente no quiere seguir en tratamiento familiar y lo interrumpe. A nivel institucional surge la pregunta sobre ¿qué hacer con relación a este paciente? Porque se lo entendía como una violación a la indicación que se le había hecho en la admisión. ¿Había que seguir tratando al paciente en forma individual?

Graciela Bianchi: En lo que planteó Ona, el terapeuta familiar se expidió y dijo que era una interrupción y una violación al encuadre.

Ona Sujoy: Pero fue una decisión unilateral, no es eso lo que opinaba el terapeuta individual. Cada uno quería abordar la cuestión en su supervisión, cuando en realidad no se podía resolver ahí.

Angela Blanco: Graciela, me parece que eso tiene que ver con el encuadre. Cuando un paciente llega para admisión y lo derivan a dos tipos de tratamientos diferentes, está explícito entre los equipos, entre los terapeutas y los supervisores, y también para el paciente y la familia del paciente. El contrato es que para poder ser atendido el chico en individual, debe tratarse la familia.

Daniel Asiner: La indicación podría cambiar y pensarse que podría continuar con un tratamiento y no con el otro, pero no hay un lugar donde revisar la indicación.

Elena Berlfein: ¿Por qué es tan difícil lograr este espacio de múltiple abordaje? A través del ejemplo clínico, lo que Ona plantea es cuán obstaculizante resultó trabajar el caso en forma disociada. ¡Cuánto más rico para todos, y sobre todo para el proceso de la cura de este paciente, hubiese sido pensarla en un equipo que integrara los diversos dispositivos en juego! Bueno, pero ¡he ahí el síntoma!, porque lo que insiste es esta tendencia a suponer que el paciente es propio y no institucional. Esto por un lado, pero también puede llegar a sintomatizarse la aplicación de las normas cuando éstas pasan a tener un empleo burocratizado. En la situación clínica planteada por Ona, una de las razones explicativas de lo ocurrido podría adjudicarse a cierta rigidez en el cumplimiento del encuadre. Si bien desde la indicación se pautaron dos dispositivos ¿es razón suficiente como para tener que mantenerla a ultranza? Creo que no. Nuestra práctica está ceñida a la singularidad del caso por caso. Desde esta perspectiva, si el «caso» es abordado en varios dispositivos, va de suyo que todos los profesionales implicados deberían hallar un espacio de encuentro para pensarla. Pero parecería que, por ahora, el espacio de múltiple abordaje se encuentra con algunas resistencias. Son cosas para seguir pensando, y que sería de gran utilidad para las transformaciones que queremos instrumentar en el Centro.

Marina Selvatici: Ha sido sumamente interesante, les agradezco a todos su participación en este Encuentro. ¡Muchas gracias!

**Algunas transformaciones
en las significaciones sociales.
Un estudio en la Facultad de
Psicología de la Universidad de
Buenos Aires**

Ana M. Fernández *
Mercedes López **
Raquel Bozzolo ***
Enrique Ojám ****
Xabier Imaz *****

- (*) Psicóloga Clínica. Miembro Adherente de la APPG. Profesora e Investigadora de la Universidad de Buenos Aires. Profesora Titular Regular, Cátedra de Teoría y Técnica de Grupos y Cátedra Introducción a los Estudios de Género y Directora del Programa de Actualización en el Campo de Problemas de la Subjetividad, en la Facultad de Psicología, U.B.A.
J. A. Cabrera 4448 (C1414BGF) Ciudad de Buenos Aires
Telefax: 4899-0743. E-mail: anafer@psi.uba.ar
- (**) Doctora en Psicología. Profesora e Investigadora de la Universidad de Buenos Aires. Profesora Adjunta de la Cátedra Teoría y Técnica de Grupos y a cargo del Curso de Postgrado «Subjetividad, Management y Organizaciones Empresarias», e Investigadora, de la Facultad de Psicología, y del Centro de Estudios Organizacionales, Facultad de Ciencias Económicas, U.B.A.
Pasaje López Anaut 4072 (C1228AAB) Ciudad de Buenos Aires
Tel.: 4931-4770. E-mail: mlopez@psi.uba.ar
- (***) Licenciada en Psicología. Socia Adherente de la APPG. Profesora Titular de la Cátedra de Instituciones I, I.P.C.V., Profesora Adjunta de la Cátedra Psicología Social, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad Nacional de Lomas de Zamora. Profesora a cargo del Curso de Postgrado «Subjetividad, Institución y Cultura», U.B.A.
Paraguay 5074 (C1425BDT) Ciudad de Buenos Aires
Tel.: 4772-1477. E-mail: rbozzolo@ciudad.com.ar
- (****) Licenciado en Psicología. Docente e Investigador de la Universidad de Buenos Aires. Docente de la Cátedra Teoría y Técnica de Grupos, Facultad de Psicología, U.B.A.
Vieytes 149 Dpto. 4 (B1828HGC) Banfield, Provincia de Buenos Aires.
Tel.: 4202-3930. E-mail: ejam@ciudad.com.ar
- (*****) Licenciado en Psicología. Docente e Investigador de la Universidad de Buenos Aires. Docente de la Cátedra Teoría y Técnica de Grupos y de la Cátedra Introducción a los Estudios de la Mujer, Facultad de Psicología, U.B.A.
Hipólito Yrigoyen 3560 6º 19 (C1208ABP) Ciudad de Buenos Aires
E-mail: xbimaz@psi.uba.ar

I. Introducción

En este trabajo se presentan consideraciones relacionadas con la investigación «Imaginarios Estudiantiles. Producciones del Imaginario Social en la Facultad de Psicología, UBA», (UBACyT TP/016) que es continuación de otra investigación UBACyT llevada a cabo entre 1995 y 1997. Ambas son desarrolladas por un equipo de la Cátedra Teoría y Técnica de Grupos (A) de la Facultad de Psicología de la U.B.A., dirigido por la Licenciada Ana M. Fernández e integrado por la Doctora Mercedes López, Licenciado Roberto Montenegro, Licenciada Raquel Bozzolo, Licenciado Enrique Ojám, Licenciado Xabier Imaz y Licenciada Laura Rivera. Estas investigaciones son resultado de una práctica docente que, sin proponérselo inicialmente, despliega algunas producciones del imaginario social en las instituciones, que nos ha interesado investigar.

Se intenta aquí mostrar un instrumento, utilizado por la Cátedra con fines pedagógicos, al que denominamos *Jornada de Producciones Grupales*, y que ha sido uno de los recursos metodológicos utilizados en esta investigación. La propuesta incluye diferentes técnicas grupales y consiste en un trabajo experiencial, que el colectivo de la Cátedra (docentes y alumnos) realiza durante ocho horas, en un mismo día. Dado que la materia es cuatrimestral, se desarrollan dos Jornadas por año. Dicha metodología trabaja dentro del dispositivo pedagógico de la Cátedra ya que, para los alumnos que cursan la materia, se constituye en un hito de aprendizaje generado por la participación en grupos, tanto en el pequeño grupo de cada taller, como en los plenarios que en ocasiones han reunido a más de quinientos alumnos.

La perspectiva que anima la investigación, es la de las producciones imaginarias entendidas como modos subjetivos con eficacia material en las instituciones sociales. La metodología de trabajo grupal y psicodramático opera como instrumento cualitativo de identificación y análisis de formas discursivas y no discursivas que dan cuenta de existencias imaginarias de lo social.

II. El dispositivo

La *Jornada de Producciones Grupales* tiene una conformación particular. Ha sido diseñada como una experiencia pedagógica y, aunque a través de los diversos años ha sufrido modificaciones, mantiene un conjunto de procedimientos que apuntan, tanto al objetivo de la investigación, como al del aprendizaje:

– *Reunión plenaria inicial*, en la que el conjunto de la Cátedra (docentes y alumnos) inauguran la actividad. Se dan allí las consignas de trabajo para toda la Jornada. Se explicitan los objetivos de la experiencia, se anuncian sus distintos momentos y se remarca la importancia del registro escrito de la experiencia como material para la reflexión y el estudio posterior, en articulación con los contenidos teóricos de la materia. Este plenario finaliza con la invitación a pasar a los talleres asignados para cada alumno.

– *Talleres*, que se realizan en forma simultánea en diferentes aulas. Las experiencias de los talleres se realizan sobre un diseño común, elaborado previamente por el staff de la Cátedra y coordinado, ese día, por distintos docentes.

El espacio de taller tiene diversos momentos:

1. la presentación de la tarea a realizar;
2. caldeamiento del clima grupal para el trabajo compartido;
3. la invitación a que los alumnos evoquen escenas en pequeños sub-grupos;
4. el relato de las escenas y la elección del nombre;
5. la elección por votación de una de ellas para ser dramatizada;
6. la puesta de la escena elegida;
7. invitación al resto de los participantes a improvisar situaciones escénicas evocadas a partir de la dramatización desplegada –lo que se conoce como *multiplicación dramática* (Pavlovsky, E.; Kesselman, H., 1989 b);

8. se realiza una ronda de comentarios sobre las escenas producidas que privilegian los sentidos otorgados en forma espontánea, pensamientos, sentimientos e interrogantes, que se asocien a lo realizado. Y se interroga acerca de lo que se denominan «escenas silenciadas», vale decir, aquellas escenas que por algún motivo no se mencionaron y por ello no fueron propuestas para su dramatización;
 9. luego, los alumnos realizan en forma conjunta una producción gráfica al modo de un afiche, en el que expresan y arriesgan posibles líneas de sentidos;
 10. evaluación parcial de lo trabajado hasta el momento. Esta etapa se produce en distintos espacios simultáneos, coordinados por distintos integrantes de la Cátedra: la reunión de voceros-alumnos¹ y la reunión de voceros-docentes.²
- *Plenario de cierre*, que se realiza en un aula grande, empapelada con los afiches confeccionados por los distin-

¹ Apelar al concepto de *vocero* (que habla por sí mismo y da lugar a otras voces distintas a la propia) en lugar del de *representante* (quien habla en nombre de otros), es una decisión teórico-política consistente con el marco conceptual y metodológico que sostiene la Cátedra en general, y las Jornadas de Producciones Grupales en particular.

Grupo de voceros-alumnos: se constituye con un alumno/a de cada Taller, y lo coordina la Profesora Titular. Cada alumno fue propuesto por sus compañeros o se ofrece voluntariamente; su tarea es compartir con los voceros de los demás Talleres la experiencia que se desarrolló en el que él ha participado, presentando aquellas situaciones que le hubieran resultado significativas. Posteriormente, en distintas instancias, se sumarán otras voces de otros alumnos que compartieron la misma experiencia grupal, y que aportarán sus propias consideraciones.

² Grupo de voceros-docentes: este grupo se conforma con uno de los dos docentes que coordina la actividad de cada Taller, mientras que el otro docente coordina la última etapa de trabajo en el mismo, o sea, la finalización de la elaboración del afiche. Esta actividad es coordinada por la Profesora Adjunta, y se comparten las experiencias de cada Taller. Posteriormente, el/la otro/a docente tendrá ocasión de hacer oír su voz respecto de lo acontecido en el Taller.

tos subgrupos de alumnos. Alumnos y docentes circulan en ese espacio, observando y preguntando. Los voceros provenientes de cada subgrupo comunican brevemente al plenario sobre el trabajo realizado y presentan sus primeras ideas al respecto. Pueden empezar a registrarse las primeras insistencias que han atravesado los Talleres. Los participantes de cada Taller escuchan lo acontecido en otros. Al finalizar, se recuerda que todo el material producido es objeto de estudio del resto de la cursada y motivo de un informe final, que servirá para la evaluación de lo aprendido. Se cierra con un breve comentario, a veces teórico, a veces político, a veces subjetivo, desde la coordinación general del evento.

– *Post-jornada*, se realiza una Mesa Redonda, en el horario destinado a la clase teórica de la semana siguiente a la realización de la Jornada, donde algunos ayudantes de la Cátedra exponen sus primeras reflexiones, otorgando nuevos sentidos o poniendo de relieve los otorgados por los alumnos. Los docentes suelen elegir distintas modalidades de exposición. Estas pueden ir desde un estilo poético-literario hasta modalidades reflexivo-teóricas que, sin clausurar con interpretaciones comprensivas las producciones realizadas, puntualicen insistencias, deslizamientos, abran interrogaciones, etc.

En estas Mesas Redondas se produce, de hecho, un nuevo modo de multiplicación, ya no dramática –pero sí reflexiva– que pone en acto la diversidad de resonancias que las Jornadas han producido, en este caso, en los docentes.

Con respecto a los alumnos, las diferentes líneas de sentido sobre el material producido realizadas al final de la Jornada son reelaboradas a lo largo del resto de la cursada en las comisiones de trabajos prácticos. Así, las elaboraciones de los alumnos sufren diferentes entregas hasta llegar a su presentación final. La aprobación de este trabajo es uno de los requisitos para la aprobación de la cursada.

Para tener una idea de la dimensión de la información recopilada en esta investigación, alcanza con pensar que se trabajó con el material recogido en veintidós Jornadas, en las que participaron más de cinco mil alumnos. Más de cuarenta Mesas Redondas de *post-jornadas*, en las que docentes de la Cátedra y especialistas invitados preparan intervenciones teórico-técnicas sobre la experiencia realizada. La observación de lo acontecido en estas Jornadas presenta frecuentes referencias de:

- 1) alusiones institucionales referidas al contexto inmediato de la experiencia (facultad, carrera, institución educativa, aspiraciones respecto al futuro profesional, emblemáticas profesionales);
- 2) instituciones que atraviesan la vida cotidiana (justicia, gobierno, religión, salud, familia, pareja, etc.);
- 3) acontecimientos históricos, políticos y sociales que configuran la llamada *actualidad*.

Como puede observarse, se ha trabajado con un diseño pautado de intervención. Entendemos por *diseño pautado de intervención* un modo de intervenir en una institución a través de acciones programadas, elaboradas y llevadas a la práctica generalmente por un equipo, en este caso, de la Cátedra. Es aquello que se estime necesario relevar lo que define a dónde dirigirá el equipo sus observaciones y modos de registro, qué tipo de espacios tácticos de intervención abrirá, el modo de desplegarlos y la manera de leerlos.

Pautado significa aquí que las secuencias tienen un ordenamiento y un por qué, y que una vez que se ha terminado de confeccionar y acordar el diseño dentro del equipo, no se debe alterar, salvo análisis de un imponderable que se considere significativo. Que el diseño se cumpla tal cual lo pautado, tiene por lo menos un requisito y una relevancia. Es necesario que el equipo elabore, discuta y acuerde el diseño, es decir, debe crear sus propias condiciones de apropiación. A partir de allí, cada uno de los integrantes confía –no cree– en el diseño. *Confía* significa que consi-

dera, acuerda, opina que los recursos tácticos y técnicos a implementar son adecuados para los objetivos que se han propuesto (Fernández, A. M., 1999).

En el caso de las Jornadas de Cátedra, el diseño apunta a poner de relieve la diversidad: diversidad de producciones en los Talleres, diversidad de modos de lectura de las producciones, etc. Esta idea guía el diseño de todas las instancias de la Jornada. En la coordinación de dichos Talleres, que realizan los docentes, también se va siguiendo un cronograma pautado, donde se especifican los tiempos de los diferentes momentos del Taller, los modos de establecer consignas, dramatizaciones, etc.

Parecería una paradoja, pero sabemos desde siempre que –cuando se trabaja con muchas coordinaciones de Talleres simultáneos– uno de los modos de garantizar la diversidad es pautar lo más posible el dispositivo.

La inclusión de *Plenarios* de apertura y de cierre, donde se juntan todos los Talleres, responde a la idea de crear condiciones para generar momentos de unidad que resignifiquen las diversidades producidas en los Talleres. Resignifican pero no se subsumen en la unidad. Como diría Deleuze, son unidades al lado de partes (Deleuze, G.; Guattari, F., 1973).

Obviamente, tanto en el diseño, como en los modos de coordinación y de lectura del material producido, se ponen en acto qué pensamientos con respecto a lo grupal compartimos, qué ideas de la subjetividad desarrollamos, y qué criterios hermenéuticos sostenemos. Para la construcción del marco teórico de esta investigación, se optó por un criterio multirreferencial. Trabajamos en una perspectiva que articula ideas de las Ciencias Sociales, la Historia de las Mentalidades, la Psicología Social, el Movimiento Institucionalista, diversos enfoques teórico-técnicos de los grupos (psicodrama, psicoanálisis) y ciertos aportes del análisis del discurso.

Las características del campo en el que se intenta bucear, sustentan la necesidad de una mirada particular. Entendemos que las instituciones, los grupos, las subjetividades, las significaciones colectivas, constituyen núcleos problemáticos singulares, cuyo despliegue ofrece resistencia al pensamiento unidisciplinario. Adoptamos una determinada perspectiva que se sostiene en tres nociones *claves* para esta investigación: la noción de *imaginario social*, definida por C. Castoriadis (Castoriadis, C., 1989), la de *multiplicación dramática*, desarrollada por H. Kesselman y E. Pavlovsky (Pavlovsky, E.; Kesselman, H., 1989 B), y una determinada noción de *institución*, basada en la teorización de los institucionalistas franceses (R. Lourau, 1980 y G. Lapassade 1980), hoy reformuladas por algunos de nosotros.³

La noción de *imaginario social* tiene predominantemente un enfoque teórico, que intentamos poder trabajar en sus producciones concretas. Con respecto a *grupos* e *instituciones* se observa, en la bibliografía existente, cierta tensión doctrinaria entre las corrientes grupalistas y las institucionistas. En nuestro caso, optamos por una perspectiva que da cuenta de los anudamientos entre la dimensión grupal y la dimensión institucional (Fernández, A. M., 1989). Respecto de la noción de *multiplicación dramática*, en nuestro trabajo hemos adaptado el dispositivo de multiplicación dramática (Pavlovsky, E.; Kesselman, H., 1989 B) al uso que requiere un espacio pedagógico de investigación.

La investigación que realizamos se propuso identificar la producción de *significaciones imaginarias sociales* entre alumnos de la Facultad de Psicología de la U.B.A. y detectar la existencia de producciones recurrentes y excepcionales para caracterizarlas. La hipótesis que sostuvimos desde un principio es que: las *Jornadas de Producciones*

³ Ver particularmente el capítulo de Montenegro, Roberto «Acontecimientos de la modernidad radicalizada: efectos en los pliegues institucionales» en el libro de Fernández, Ana M. y colaboradores, *Instuciones estalladas*, Eudeba, 1999, Buenos Aires.

Grupales operan como un dispositivo enunciador de los imaginarios sociales en las instituciones. Partimos de la afirmación de que las significaciones imaginarias son productoras de enunciados, y que esos enunciados son pasibles de ser reconocidos como discursos, en sentido amplio, y no meramente verbales. Apelamos a diferentes corrientes teórico-metodológicas para el análisis de esa producción discursiva.

III. Imaginarios estudiantiles y transformaciones de los lazos sociales en las instituciones

A los fines de esta comunicación, hemos seleccionado algunas insistencias que nos han resultado particularmente significativas: A. La Facultad; B. Relaciones de pareja; C. Relaciones familiares; D. Dictadura, desaparecidos y E. El espacio social, las violencias.

A. La Facultad

A.1. Los docentes

Desde los primeros años de la investigación, se presentaron con mucha frecuencia escenas donde los docentes eran mostrados generalmente como aburridos o locos, absolutamente indiferentes a todo, a los que se les rendían alabanzas y pleitesías; o bien como «pesados» a los que no se les entendía nada. En esas escenas, una clase puede ser interrumpida por las cosas más insólitas, pero el profesor permanece imperturbable, fiel a su «libreto». Las clases teóricas suelen aparecer como no interesantes, «aburridas», tanto que los alumnos irían a la clase sólo por la obligación de asistencia; es decir, es muy escaso el rescate de algunos buenos profesores.

Llamaba la atención que no apareciera ninguna interrogación respecto a dificultades o limitaciones en el nivel académico de los propios alumnos. Se daba por sentado que el profesor no era claro. No desconocemos que pueda haber docentes con falta de claridad expositiva o que pue-

dan exponer en una jerga teórica, pero lo que quiere resaltarse es la naturalización del «no entender» como un problema del docente. Tenemos la preocupante sospecha de que es probable que el reducido capital simbólico con el que cuentan muchos alumnos pueda estar transformando en «incomprensibles» muchos tramos de una clase magistral, donde se colocaría el calificativo de «aburridas» a aquellas exposiciones en las que no se entiende de qué se está hablando, por restricciones o bien del código lingüístico, o bien de su cultura general.

Aparecen también con mucha frecuencia escenas en las que los alumnos faltan el respeto a los docentes (insultos, agresiones físicas, burlas), con distintas cuotas de hostilidad.

Escenifican un claro rechazo frente a profesores que califican de autoritarios, pero también rechazan la actitud de consulta democrática de algunos profesores. Por otra parte, todo intento de aplicar una reglamentación es visto como autoritario. En una ronda de comentarios y hablando de la importancia o no de firmar la asistencia a las clases teóricas, un alumno dijo: *«Si la Universidad es pública, ¿por qué no puedo hacer lo que quiero?»*

En los últimos años, se observa una disminución considerable de escenas que presenten quejas con relación a las clases teóricas y prácticas, descriptas como aburridas y/o indescifrables. Lo que se mantiene vigente es la crítica a la arbitrariedad y al dogmatismo asignado a los docentes que usan un poder arbitrario para la calificación, o que hacen de una teoría un dogma de fe, con un ejercicio de autoritarismo tal, que se llega a escenificar a un docente formulando la expresión *«¡te voy a reventar!»*, frente a la «originalidad» de un alumno. Presentan también a un docente diciendo *«¿Cuál es el próximo que voy a cagar?»*,⁴ en ocasión de tomar un examen final.

⁴ El uso de «malas palabras» se encuentra absolutamente naturalizado, no sólo en las escenas dramatizadas, lo que podría atribuirse a

En este panorama imaginario de «enfrentamiento», también se observan momentos de la presentación, en que docentes y alumnos se muestran unidos en sentimientos comunes. Estos aparecen ante la alegría de graduarse o por el temor y la preocupación ante una amenaza (una bomba) que obliga a desalojar la Facultad. Pareciera que dichos sentimientos aparecen sólo ante una situación que aúna a los participantes.

A.2. Los alumnos

La verificación de la asistencia a clase constituye una fuente de conflicto que no logra resolverse. A modo de ilustración de los grados de malestar e incluso de violencia que desata entre los alumnos, y entre éstos y los docentes, vale citar aquí una escena dramatizada en la cual una alumna le dice a un profesor que hay alumnos que firman la hoja de asistencia pero no concurren a clase. Ante esta declaración, otro alumno la llama «*buchona*» y le dice que «la van a *cagar a trompadas*». Como correlato del tema de la asistencia a clase, y a la división entre «los que asisten» y «los que se hacen firmar los presentes sin ir a clases», se presentan escenas de violencia entre pares, más o menos metaforizadas. El problema del rechazo a la norma, que ya había sido presentado en trabajos anteriores (Fernández, A. M., 1999),⁵ y que se expresaba en una extrema susceptibilidad ante una simple consigna de trabajo psicodramático a la que se significaba como autoritaria e injustificada, parece haber alcanzado el área del conjunto de los pares, provocando situaciones de violencia intra-grupo. De tal modo, ahora el enojo parece abarcar también al compañero que no

cierto criterio de realismo escénico, sino que así hablan cuando hacen una pregunta en clase al profesor, o durante una consulta informal en un pasillo. Esto habría de un borramiento de diferencias de código entre la escena pública y la privada.

⁵ Ver el capítulo de Fernández, Ana M. y López, Mercedes, «*Imaginarios estudiantiles y producción de subjetividad*» en el libro de Fernández, Ana M. y colaboradores, *Instituciones estalladas*, EUDE-BA, 1999, Buenos Aires.

se adapta a «la manera en que son las cosas». El «cómo son las cosas» no lo marca la norma institucional, sino normas implícitas de interés corporativo. Es de subrayar que observamos que la intemperancia frente a los que no acatan estos criterios, va en aumento en las últimas Jornadas, dando un tono de violencia implícita o explícita a muchas escenas.

Hay escenas donde se presenta la adulteración de las firmas correspondientes al registro de la asistencia y ésta no aparece asociada con sanción moral, sino que es festejada y valorada como expresión de la solidaridad entre pares. También aparecen escenas de alumnos confundidos, de robo y de agresiones entre ellos, al tiempo que plantean sospechas respecto de la falta de transparencia administrativa de la Facultad («*¿a dónde va la plata de los apuntes?*»). Parecen desconocer la diferencia entre el Departamento de Publicaciones de la Facultad y el Centro de Estudiantes (ver apartado A.6).

No plantean acciones colectivas (políticas) para cambiar reglamentos con los que no acuerdan, sino que directamente no los cumplen, los ignoran de hecho, caídos como normativa, a tal extremo que parecería insuficiente hablar de transgresión a la norma.

Con respecto a la gestión de la Facultad, las significaciones parecen oscilar entre dos polos que se manifiestan en diversas producciones: una de ellas vinculada con la defensa de la *educación pública y gratuita para todos*, como copia sin reapropiación de aquella concepción expresada en las décadas 1960-70, y la otra idea es la de la *resignación*, que sólo propone, para mejorar la Facultad, tareas de tipo doméstico, restringiendo su carácter instituyente. Es así como, por ejemplo, proponen «*en vez de quejarnos, pintemos, o barramos el piso*», imaginando una salida alejada de la transformación de lo existente, sin considerar la dimensión política involucrada en los problemas institucionales, a los que parecen querer resolver con gestos voluntaristas y superficiales.

A.3. Relaciones entre pares

Queda clara la exigencia de respetar las normas establecidas entre ellos. Por ejemplo, recibe críticas quien no respeta una fila (de inscripción, de compra de apuntes, etc.), y también aparece la categoría del «buchón». No aparecen escenas de alumnos que «no saben» en la situación de examen, sólo profesores con intenciones de perjudicar. A diferencia de las escenas sobre «autoritarismo», «mala calidad» o «ridiculez» referidas a los profesores, que suelen armar largas secuencias dramáticas, las escenas de conflicto entre compañeros-alumnos suelen ser muy aisladas, para volver rápidamente a escenas de autoritarismo de los profesores o de los padres.

En las relaciones entre pares, aparecen escenas dramatizadas de acciones de solidaridad de pequeño grupo: chicas que «se ayudan para salir de la droga» y fuertes apelaciones a no transgredir acuerdos entre ellos.

Pero, en términos más generales, se subraya la falta de vínculos personales en la Facultad, el aislamiento, la indiferencia; aparecen comentarios en los que se menciona «*la falta de afectividad en los pasillos de la Facultad*», «*hay momentos en que querés hablar con alguien y no encontrás a nadie conocido*», «*en la Facultad no hay pasillos, sólo entradas y salidas de clase, a la carrera*». Insisten las referencias al individualismo, la fragmentación, la soledad, la falta de participación y compromiso: en algún caso se tematiza la Facultad como lugar de «llevante», aun en medio del desencuentro y la dificultad para el acercamiento.

El lazo entre los alumnos pareciera intensificar los modos cada vez más corporativos de sus vínculos. Se caracteriza como *buchón* a quien se diferencia del comportamiento habitual de los alumnos respecto de firmar la hoja de asistencia en lugar de un compañero que está ausente. Esta particular categoría de *buchón* ya había aparecido en los primeros años de la investigación anterior, pero en los últimos años aparece ligada a la violencia verbal y a la

amenaza retaliativa contra quien quede catalogado de esta manera, y ya no constituye una simple exigencia de complicidad.

Es sugerente observar cómo, en las instituciones, a medida que se van vaciando de sentido las normas republicanas, comienzan a afianzarse criterios corporativos de funcionamiento, tanto en las relaciones jerárquicas como entre pares.

A.4 Capacitación como futuros psicólogos

Insiste la convicción de que se gradúan sin aprender, que los conocimientos adquiridos no van a servir para el ejercicio de la profesión; predomina la desorientación, la idea de falta de herramientas frente a la enfermedad mental y de la falta de capacitación para el trabajo hospitalario.

La locura aparece significada como «peligrosa», ajena; genera exclusión, indiferencia y enfrenta a la falta de recursos profesionales. Frente a la locura, las opciones propuestas parecen ser: «pacienza», «investigación», «amor», «personal especializado» (cuando ante su impotencia llaman a otros, enfermeros o simplemente no-psicólogos). Esto habaría de la pobreza de bagaje conceptual y técnico con que los alumnos consideran que se encuentran frente a la locura.

En los resultados obtenidos en el análisis cuantitativo de las producciones grupales, que realizamos como parte de nuestra investigación (ver más adelante), se destacan las fuertes quejas de los alumnos respecto de su formación (65,21% de las escenas donde se registra alguna queja, ésta pesa sobre la formación). La queja es más fuerte a medida que avanzan los años. Otra de las cuestiones que merece destacarse en este análisis, que también se verifica en el análisis cualitativo, es que, a medida que avanzan los años (a partir de los relevamientos iniciados en 1987, con la primer investigación), se vuelven prácticamente ausentes las escenas referidas al rol profesional, como si la imagina-

ción estuviera fuertemente inhibida respecto al futuro, luego de graduarse.

Suponer que el rol del psicólogo tenga escasa presencia por ser un espacio ajeno al interés de los alumnos parece tener poca consistencia. Es posible, entonces, que la notable discrepancia entre el insignificante porcentaje de aparición de este tema y la relevancia que le es inherente en la institución en la que se desarrolla la investigación, esté dando cuenta de un espacio de conflicto/crisis.

La impotencia frente a la crisis laboral, que hará que muchos jóvenes universitarios jamás ingresen a la rueda productiva, parecería estar produciendo un particular mecanismo: se deja de ilusionar un futuro, de imaginar y narcisizar un futuro laboral; ante la realidad insoportable, no se construye creencia que la desmienta, ni se emprenden acciones que permitan la transformación de la realidad, se opta así por desalojar la producción de ilusión de futuro. Una de las consecuencias de este desalojo, es que se produce una fuerte inhibición de la potencia imaginante, con lo que no quedan motorizadas las acciones concretas productoras de futuro. En lo social, está en crisis la cultura del trabajo, esto produce en la subjetividad una desinvestidura de la capacidad de imaginar un futuro laboral exitoso. Se produce entonces una doble inermidad: por un lado, se verifica que serán pocos los jóvenes que podrán trabajar en el área de lo que estudiaron, y por otro, se produce la anulación-inhibición-restricción de una capacidad imaginante que permitiría crear nuevas maneras de inserción laboral. Cuando más van a necesitar de su potencia imaginante, ésta se bloquea.

Es de hacer notar que la generalidad de los alumnos que cursan esta materia, no han tenido ningún contacto con algún dispositivo psicoterapéutico: al psicoanálisis, lo conocen sólo a través de la literatura, mientras que de la psicoterapia tienen una cierta «representación imaginaria» (tal como suele ser presentada en las tiras televisivas o en los *reality shows*), antes que por la propia experiencia.

A.5 El Psicoanálisis

Aparece con insistencia un modo de crítica a la transformación en dogma que algunos profesores harían de la teoría psicoanalítica; abundan las quejas por no poder preguntar a los docentes, ni plantear dudas, respecto a «*la teoría*» ya que éstos «*creen*» en ella como si fuera una religión, y proponen los trabajos con los textos como si éstos fueran biblia.

Critican que en la Facultad sólo se aprende psicoanálisis, hablan de la impotencia con que éste, transmitido como dogma, los deja frente al futuro trabajo clínico: «*Cuando uno se recibe, sabe de memoria el grafo del deseo, pero...*». El psicoanálisis, que por años fue casi un modelo único, o por lo menos paradigmático de esta institución, parece caer también bajo el peso de las críticas, la ironía y la descalificación hacia su transmisión dogmática.

Hay aquí también una cierta caída de hecho de la legitimidad del campo psicoanalítico. No se lo confronta desde otra concepción teórico-técnica, ni se discuten sus teorizaciones, simplemente se toma distancia o se expresa desagrado frente a profesores/as que desarrollan sus clases de modo dogmático; también comienzan a evidenciar suspicacias frente a una enseñanza-aprendizaje basada, fundamentalmente, en lectura y comentario de textos.

Quiere aquí subrayarse una modalidad de subjetivación que insiste en diversos tópicos. Caída de hecho (deja de existir de hecho, aunque se sostenga en lo formal), distancia, suspicacia, desagrado. No se critican contenidos, sino que se desautorizan las formas en que les son propuestos, a través de particulares modo de transmisión.

A.6 El CEP,⁶ la política

Si bien muchos alumnos descreen del ejercicio de la representatividad de sus consejeros estudiantiles, muchos otros, en la mitad de la carrera desconocen aún la existencia concreta y real de la participación de alumnos en el Consejo Directivo de la Facultad.

Desde el comienzo de nuestra investigación, las agrupaciones estudiantiles son vistas como «inoportunas» porque interrumpen las clases, por ejemplo para hacer comunicados. En una dramatización de hace unos años, al CEP lo llamaban «Testigos de Jehová», porque cuando hay elecciones interrumpen las clases, como dicho grupo religioso, que llama a la puerta los domingos a la mañana. No hay idea de co-gobierno: pareciera que, en los hechos, no se llevara a cabo. Las agrupaciones estudiantiles se denominan partidos políticos y los representantes estudiantiles en el Consejo Directivo de la Facultad son vistos más como miembros de dichos partidos que como consejeros estudiantiles. Las agrupaciones políticas aparecen como divorciadas del conjunto de los estudiantes, interesándose por ellos sólo en período de elecciones: «*El CEP no nos representa*», «*nadie nos escucha*», «*no hay propuestas*».

En los últimos años, la queja se monta sobre la venta de apuntes y el horario de atención al público. Creemos que esta significación está ligada a la citada propuesta de mejorar la Facultad a través de la intención de «barrerla y limpiarla» (citada en el ítem A.2). Es decir, las acciones de queja o reclamo se refieren a la gestión administrativa y/o doméstica del centro de estudiantes. Hay total ausencia de escenas donde el CEP se imagine como espacio de acción política de los propios estudiantes.

Es decir, que se estarían *naturalizando* significaciones imaginarias con relación al Centro de Estudiantes que estarían dando cuenta de un organismo que, al participar en la

⁶ Centro de Estudiantes de Psicología.

gestión administrativa de la Facultad, sólo corresponde que se lo demande y/o evalúe en función de cómo proporciona ciertos servicios: si es eficiente o no en la venta de los apuntes, si abre a horario el local, etc., como si fuera una oficina más de la Facultad.

En otra alusión al mundo político, es ilustrativa una escena en la que se encuentran en una marcha, sin saber bajo qué bandera colocarse. Terminan eligiendo la de las «*Madres de Plaza de Mayo*», porque dicen no sentirse expresados por ninguna otra. Los fuertes sentimientos de *desafiliación política*, que aparecen expresados en distintas oportunidades, quedan explicitados, en este caso, de manera casi literal, al manifestar que no hay banderas que los identifiquen.

Al mismo tiempo, su voluntad política no está agotada, ya que buscan algún modo de agrupamiento y/o inclusión, otorgando a «*Madres...*» aquellas identificaciones colectivas que se han retirado de todos los partidos políticos con presencia en el mundo estudiantil.

Es interesante observar que formas de militancias tan disímiles como las de partidos políticos mayoritarios (Radical; Frepaso) o de izquierda (Partido Obrero; Izquierda Unida; MST), generan en los compañeros de cursada un mismo universo de significaciones: estar muy precavidos frente a posibles manipulaciones, no creer nada de lo que dicen, dejarlos hablar sin discutirles, «para que se vayan rápido», no permitirles hablar en asambleas, etc. El argumento con que les impiden el uso de la palabra en dichas asambleas es por demás significativo: «*no queremos que desvirtúen la asamblea*». Esto puede pensarse como otra cuestión que cae de hecho: la validez de la representatividad política.

¿Es que –a fuerza de ser malversada– la representatividad ha vaciado su sentido? Pareciera ser que estaríamos aquí frente a otra situación que cae de hecho. Cuestión nada menor, ya que lo que estaría vaciándose de sentido es

la significación imaginaria del representante. Los representantes del Centro de Estudiantes –es decir, los representantes de los estudiantes– no sólo desvirtúan, según los alumnos, los espacios de expresión directa del alumnado, como son las asambleas; va naturalizándose que el representante esté divorciado y/o traicione a sus representados por incompetencia y/o beneficios personales, como también va naturalizándose que los intereses de la «clase» política se realizan en detrimento de los ciudadanos/as comunes.

Cae de hecho una significación central de las democracias contemporáneas: el pueblo gobierna a través de sus representantes. No es desagrado o desacuerdo con algún partido político en particular, sino con el sistema mismo de la representación política (*«yo no voto más»*, *«sólo te dan algo de bola cuando hay elecciones»*, *«todos roban lo más que pueden»*).

Una vez más, se observan códigos corporativos en reemplazo de códigos republicanos.

B. Relaciones de pareja

El eje más fuerte en esta temática estaría en el desencuentro, la incomunicación y la insatisfacción en la pareja. Las escenas románticas que frecuentemente aparecen como escenas relatadas, casi nunca son elegidas para ser dramatizadas.

Insisten, también, escenas de enfrentamiento de poder entre los géneros, rivalidad y permanente traslado de responsabilidades frente a las tareas de la crianza de los hijos pequeños. La infidelidad en las relaciones de pareja, el descreimiento en el contrato matrimonial, la dificultad de establecer relaciones amorosas, el desencuentro, son temáticas que coexisten con imágenes de mujeres intelectuales que encaran un «levante», que son infieles, es decir, que adoptan posiciones que no responden al estereotipo de la mujer en la relación de pareja; los varones aparecen perple-

jos, sin animarse a encarar a una chica, o desorientados cuando es ella la que toma el rol activo.

A partir de 1995 aproximadamente, comienzan a aparecer referencias a relaciones homosexuales masculinas y femeninas. Si bien hacia los últimos años se vuelven más frecuentes las escenas donde aparecen homosexuales varones, presentan un tono satírico y generalmente muestran personajes estereotípicamente afeminados. La caricatura del homosexual varón, generalmente de trazo muy grueso, contrasta con el discurso explícito del tema que suele ser «políticamente correcto». Por otra parte suelen expresar ruidosamente cuánto disfrutan de la caricatura, ignorando-desmintiendo, muchas veces, la presencia en el Taller de algún alumno que no disimula su homosexualidad.

Se mantiene con mucha claridad la presencia de estereotipos en cuanto al rol de varones y mujeres. Esto incluye desde las hostilidades a las expectativas que ambos géneros depositan en el otro.

El lazo amoroso es traído insistente en el contexto de relaciones conflictivas. Dichos conflictos son enunciados también dentro de otras instituciones, como la familia o la amistad, donde la demarcación de género funciona como un fuerte organizador de los lazos: mujeres con mujeres y varones con varones. La referencia a la pareja también aparece en relación con situaciones sociales de riesgo (aborts, embarazo adolescente, accidentes). La temática que parece insistir en estos romances fallidos, o relaciones conflictivas, se presenta con un claro tinte de género, donde aparecen situaciones que se relacionan con los derechos (por lo general dramatizados como vulnerados) de las mujeres. Abundan las escenas donde las mujeres se solidarizan con otras mujeres en situaciones de maltrato, abuso y abandono físico y/o emocional: jóvenes mujeres que se embarazan y deben comunicarlo solas a su familia, situaciones de parto a las que se enfrentan acompañadas de una amiga, o una mujer que socorre a otra que está embarazada. Dentro de una línea de significación que relaciona lo social

con los embarazos, que fue enunciada en una escena como «*el aborto de la sociedad misma*», cabría preguntarse qué expresa la reiteración de las escenas de embarazos, abortos y partos. No escapa a nuestras consideraciones la presencia en los Talleres de un universo mayoritariamente femenino. Pero ¿a qué alude esta insistencia de embarazos, abortos y partos llevados adelante en ausencia de personajes masculinos?

«La pareja» aparece más como nominación en el relato a un tercero (frente a un ex-novio, frente a la amiga con la que se habla, etc.) antes que como presentificación de una relación en el espacio dramático. Entendemos que la exterioridad frente a algunas pertenencias asignaría a estas instituciones un lugar de pura *representación*, sin asumir ante ellas un lugar de sujeto activo. Pareciera expresar, además, la reificación que dichas formas vinculares tienen en nuestra cultura; la que también parece alcanzar a las relaciones homosexuales.

Las reiteradas escenas de quejas de mujeres frente a hombres ausentes, débiles, abandonadores, salvadores sáboteadores de proyectos femeninos, etc., podrían estar dando cuenta –como se suele pensar– de un desajuste entre mujeres transformadoras de su rol y hombres que valoran estilos más convencionales de vida. Pero también podría dar cuenta de mujeres cuyo cambio socio-histórico las llevará a tener dificultades para aceptar a los hombres tal como son. Instituyen diferentes tipos de quejas, pero todas llevan a mostrar la incompletud de su compañero sentimental. Lo que él está dispuesto a darles es insuficiente; por más que lo intente, él estará incompleto con respecto a un modelo ideal de hombre, proporcionado por el mito de amor romántico. Serían subjetividades femeninas cuyo carácterística de «tránsito socio-histórico» colocaría a estas mujeres en una encerrona: mantienen como ideal masculino al «hombre proveedor» y desde allí miden «la falta» de los varones con los que establecen lazo amoroso. Además, esperan que ese «hombre proveedor» –proveedor económico, erótico y de sentido– que su compañero sentimental

«debe» encarnar, se manifieste encantado con su proyecto de «mujer emancipada». Su compañero queda en un lugar imposible y ellas también. Si ningún hombre dará suficiente, necesariamente se resentirán las posibilidades amorosas de estas mujeres. Estos varones se pondrán cada vez más desconfiados de mujeres a las que nunca podrán satisfacer o conformar con lo que ellos están dispuestos a entregar. Ellos también arman su propia encerrona, tanto cuando intentan encarnar al «proveedor» como cuando ponen en juego estrategias de evitación del compromiso.

C. Relaciones Familiares

Los padres son presentados con actitudes autoritarias y arbitrarias, las relaciones estarían signadas por la incomunicación; son padres que aparecen como desinteresados respecto a las necesidades de los hijos, sin criterios normativos claros, y que frustran o satisfacen, arbitrariamente, la demanda de los hijos. Llama la atención la ausencia de escenas y/o comentarios referidos a la sobreprotección parental.

Se manifiesta una particular significación de la relación entre la familia y la ley del Estado, donde los padres no la representan ante los hijos. En este sentido, nos parece significativa una escena, donde unos hermanos se pelean ante la impotencia de los padres, hasta que viene la policía a pedirles sus documentos y, como ninguno de ellos los tiene, la familia no puede salir de vacaciones. Estos padres aparecen escenificados sin saber o poder administrar justicia frente a los hijos; tampoco «protegen» a la familia tomando el recaudo básico de llevar documentos al salir de vacaciones. La policía pone presos a todos, quedando padres e hijos en un mismo plano de infracción ante la ley.

Cuando los padres no hacen un manejo despótico o arbitrario, se presentan como indiferentes o «demasiado amigosis», con claro borramiento de las barreras generacionales. Aparecen escenificadas situaciones donde los padres avergüenzan a sus hijos por actitudes adolescentes, o por hacer

exhibición de su sexualidad, o por fumar en su presencia y/o compartir un cigarrillo de marihuana.

Resulta llamativa la emergencia continua de estereotipos en el diseño de los roles dramáticos: padres que anhelan un hijo varón para jugar al fútbol, madre que al llegar del trabajo juega con sus nenas. En escenas familiares protagonizadas por hijas mujeres, hay referencias a la curiosidad sexual de éstas y a la resistencia de los padres a brindarles información: cuando se les presenta este pedido, se limitan a narrar «la historia de la semillita».

Con respecto a la cuestión del consumo y del dinero, aparecen algunas modalidades de tramitación en lo cotidiano que resultan significativas de una particular constitución de la figura de los padres. Dichos elementos (la posibilidad de consumo, la posesión del dinero) parecen constituir verdaderos «analizadores» (Lourau, R., 1980) de las alteraciones producidas en la significación imaginaria del lazo parental actual. En ocasiones, son los hijos los que aparecen prestando dinero al padre y ocultando esto a la madre, sosteniendo ante ella una imagen del padre como figura con poder. La primera inferencia que realizamos se refiere a que estas escenas estarían dando cuenta de los efectos, en la relación padre-hijos, de la devaluación del padre como proveedor económico; pero ¿estará esto referido sólo a la potencia económica de la figura paterna? Tal vez esté dando cuenta de su devaluación simbólica.

En otras escenas, los hijos suelen reclamar objetos de consumo al padre que, a lo único que atina, es a reprochar a la madre la crianza que ella ha hecho de los hijos. En las significaciones exploradas, ambos padres muestran la impotencia frente a los reclamos consumistas de los hijos, aunque pareciera que el padre se encuentra más replegado y paralizado que la madre.

La crisis económica actual golpea a casi todos los sectores sociales del país. Pero golpea diferentemente no sólo con relación a la clase social, también es muy distinto su

efecto en hombres que en mujeres, en jóvenes que en adultos, etc.⁷

En el proceso identificatorio:

– Si las figuras parentales no pueden evitar ofrecer a las miradas de los hijos sus propios desamparos, fragilidades y angustias, ¿qué transformaciones se están produciendo? ¿Complica a tal punto el enfrentarse, el oponerse para distinguirse de ese otro paterno? Observamos hijos cada vez más chicos que cuidan, sostienen, disimulan las fragilidades parentales.

–También las instituciones, en que se anclan muchos procesos identificatorios, se encuentran en un vaciamiento, no sólo material o político, sino que también se van cayendo, de hecho, los sentidos que las habían fundamentado.

D. Dictadura, desaparecidos

Las escenas propiamente dichas que presentan estas temáticas de modo explícito, fueron mermando desde los primeros años de la Cátedra. Sin embargo, siempre hay alguna que se refiere explícitamente a la temática.

El tema de los desaparecidos se manifiesta explícitamente en alguna escena, pero con mucha más frecuencia aparece en las rondas de comentarios, en los afiches (manos dibujadas, siluetas) que darían cuenta de una presencia más tangencial, pero de fuerte carga emocional. Son asociaciones automáticas «casi a la mano».

Este modo «tangencial», pero de presencia permanente, de la temática de la dictadura y/o los desaparecidos estaría dando cuenta de dos cuestiones: a) cierto corrimiento respecto de los primeros años (1987-1988); b) de la potencialidad productiva con que funciona en la «latencia grupal-social» esta temática.

⁷ En próximas investigaciones avanzaremos en esta cuestión.

Metodológicamente habría que evitar el atajo explicativo de entender las dificultades normativas de los alumnos, sus permanentes caracterizaciones autoritarias de cualquier situación de la vida universitaria, como efectos de la dictadura. No es que subestimemos los efectos subjetivos de uno de los períodos más siniestros de nuestra historia, sino que pensamos que una rápida explicación de causa-efecto simplifica la gran complejidad y la diversidad de los modos de gestión de las subjetividades con relación a: a) la dictadura militar; b) la «caída del deber» (Lipovetsky, G., 1983), fenómeno que también aparece en otros países del mundo.

E. El espacio social, las violencias

La insistencia de cuestiones referidas a las violencias, se incrementa en los últimos años. Pueden encontrarse, en diferentes momentos de la producción de las Jornadas, situaciones referidas a lo que se considera el problema de la violencia, así como la existencia de climas particularmente hostiles, agresivos o disruptivos. Se despliega toda una forma de violencia cotidiana, connotada fuertemente por otras características del lazo social tales como: la indiferencia, el sin-sentido, la grosería; se hacen presentes tanto el sufrimiento real y el dolor físico, como sentimientos de inermidad frente al abuso naturalizado por parte de quienes tienen poder o jerarquía.

Se reiteran situaciones de injusticia y/o abuso sexual, psicológico, físico o afectivo en transportes públicos, en instituciones, en la calle, etc. Insisten distintos modos groseros, agresivos, en el trato con el otro, aun en situaciones donde no se justificaría la violencia, lo que daría cuenta de un extremado grado de irritabilidad e intemperancia en los lazos sociales.

También es reiterada la indiferencia de los que observan. Suelen aparecer escenas donde se oscila entre intervenir o no ante el abuso presenciado y se muestra cierto regodeo de los que observan sin intervenir en la situación

de maltrato. Cuando surge algún gesto solidario en la escena, en la ronda de comentarios los alumnos suelen advertir que esto es una utopía y que en la realidad nadie interviene. También plantean la rudeza y el estar alerta casi como estrategias de supervivencia. «*Si no estás alerta te la dan*», afirman, con lo que estarían significando a las acciones solidarias como riesgosas para la autoconservación. Pareciera que uno tiene que estar pensando todo el tiempo en sí mismo, porque si piensa en el otro se distrae y se torna frágil. Asimismo, quedaría vulnerable por salir del código social. No visibilizan una estrategia de intervención que trate de ayudar sin correr riesgos, y optan por la de no intervenir; a lo sumo, las intervenciones consisten en alertar al otro del abuso, del peligro, etc., si es que personalmente se está a salvo del mismo.

Observamos además una cierta identificación con el abusador, en la que se naturaliza su conducta; como si el tener poder justificara el maltrato, y no quedara otra forma de ponerle coto que haciendo lo mismo que él.

Hay otro modo de circulación de la violencia, que no transita por lo dramatizado, sino por la imaginación de quienes observan como público: frente a una escena de cierta ambigüedad, o de dos personas que cuchichean sin que se sepa de qué están hablando, suelen imaginar intentos de asesinatos o secuestros. Entendemos que esta modalidad expresa otra forma de la violencia, en tanto la indefensión a la que confina el tejido social y la trama institucional hace que, al estilo del *stress postraumático*, se signifique como violenta toda situación que no se encuentra muy clara. Del mismo modo, cuando en alguna escena una pareja pelea y alza la voz, rápidamente se infiere un importante grado de violencia en juego.

Creemos detectar otra expresión de lo mismo cuando se presentan situaciones de confort o agrado psíquico y/o social que son interrumpidas bruscamente con un corte de intensidad trágica. Esta modalidad hablaría de la peligrosidad que engendra cualquier situación por la que «se baje la

guardia». La permanente presencia de la violencia en lo social opera organizando y produciendo sentido. En ocasiones, nombrando o caracterizando una situación, señalando que «*esto es violencia*», se obliga a una significación unidireccional. En el espacio de la violencia, instalada en lo cotidiano, se producen capturas de sentido que cierran la circulación de latencias diversas de otros sentidos posibles. En el marco de este modo de significar se empobrece la capacidad imaginante; es de suponer que también se empobrecen las estrategias de acción.

Otra manera singular en que se presenta la disruptión violenta, es bajo la modalidad del «accidente». En numerosos Talleres se alude a choques, caídas en profundas grietas, personas que son atropelladas por autos (aún cuando ya se han caído), etc. ¿Se alude así a la inermidad social generada por la falta de garantías de una sociedad donde todo puede ocurrir de cualquier modo?

Breve reflexión

Como podemos leer en lo antedicho, uno de los hallazgos en esta investigación es la transformación que se estaría operando en el universo de significaciones que legitima el funcionamiento de las instituciones y las prácticas de los actores sociales que participan de ellas; es decir, un modo particular de producción de subjetividad.

Con relación a los modos de organización de diversos universos de significaciones imaginarias en los estudiantes de Psicología, podemos pensar que podríamos estar en presencia de una mutación, aún en curso, de significaciones centrales de los imaginarios de la Modernidad. Esta transformación incluye tanto a ciertos universos de significaciones como también a su articulación sinérgica con acciones y valores. No nos referimos a un mero cambio de las costumbres, sino a que estaríamos en presencia de nuevas formas de subjetividades, correlativas a nuevas modalidades de los lazos sociales. Estos coexisten con las modalida-

des previamente instituidas y no se despliegan de igual modo en todos los sectores sociales.

En las transformaciones de los lazos sociales se observa una reformulación de los valores de lo público y lo privado, como así también de la importancia de las normas y los valores disciplinarios; cualquier situación que exija atenerse a un reglamento es vivida como autoritaria, las normas pierden el sentido. Parecen haber entrado en *mutación* los universos de significación que sostenían el acatamiento (o la rebeldía) a las normativas del espacio público. Se estaría instituyendo otra idea de autonomía personal, otra idea de libertad individual, más «psicológica» que propia de la condición de *ciudadano de la polis* o integrante de una «comunidad». Este tránsito de las libertades políticas (supuestamente ya conquistadas), a las libertades psicológicas, no supone necesariamente personas más libres o más autónomas, sino que se refiere al cambio en los universos de significaciones que remiten a lo que se considera ser libre y autónomo.

Esta «libertad» psicológica, al acompañarse de la desinvestidura de inscripciones institucionales y lazos comunitarios, es acompañada de fuertes sentimientos de desamparo, inermidad, soledad, impunidad, etc. Las instituciones no pueden ser investidas, por cuanto sus normativas han caído de hecho y sus sentidos fundacionales se han vaciado. Tal vez, en el cruce de libertades psicológicas y desamparos institucionales, habrá que repensar la inscripción de las violencias.

IV. La encuesta como método de abordaje para el estudio de imaginarios estudiantiles

Siendo el objetivo principal de la presente investigación lograr una mayor visibilidad sobre algunos de los imaginarios estudiantiles propios de los alumnos de la Facultad de Psicología, la herramienta privilegiada –desde un principio– fue el análisis de las Jornadas de Producciones Grupa-

les. Sin embargo, paralelamente decidimos indagar por medio de una encuesta ciertas cuestiones que hacen a configurar un perfil del estudiante de la Facultad de Psicología.

Entonces, por este medio, buscamos en primer lugar realizar un muestreo de datos de tipo poblacional del estudiantado de la Facultad de Psicología de la Universidad de Buenos Aires, tales como edad, sexo, estado civil, trabajo, profesiones de los padres, etc. En segundo lugar, intentamos verificar la existencia y lograr un mejor conocimiento de algunas producciones imaginarias que insistían en las escenas puestas en juego en las Jornadas; buscamos, de esta manera, explorarlas e identificar los universos de significación estudiantiles al respecto.

De estos elementos, nos interesó uno que era *particularmente significativo por su ausencia en las escenas representadas*. Se trata del «rol del psicólogo», aludiendo con ello al conjunto de las expectativas sobre su futuro profesional. Se indagó cómo se imaginan el trabajo del psicólogo, cómo se imaginan ellos mismos como profesionales.

Se investigó si existía algún modo de manifestación de conformidad con la enseñanza recibida, detectando cuáles son los puntos positivos y negativos sobre los que basan sus opiniones. También se indagó cómo significaban la Facultad de Psicología-U.B.A. y las corrientes psicológicas que estudian. Para investigar cómo significan su carrera, se buscó información con relación a aspectos motivacionales para su elección, el grado de ponderación de la formación recibida en la facultad, las aspiraciones y temores profesionales de los alumnos futuros egresados, etc.

a. La carrera

Entre los motivos para elegir esta carrera aparecen con insistencia respuestas de tipo «*deseo de saber sobre el Hombre, y sobre los procesos sociales*». Llamativamente, también presenta una gran insistencia la consignación «*no sabe o no contesta la pregunta*».

Frente a esta pregunta, hemos observado cierta dificultad en muchos alumnos para poner en palabras el motivo de elección de la carrera. Las respuestas que hemos hallado no sólo eran muy diversas sino bastante ambiguas, y parecían no dar cuenta de un motivo concreto para la elección de la carrera. Que la ambigüedad lógica de la adolescencia con respecto a las motivaciones vocacionales se mantenga a la mitad de la carrera es algo que merece alguna interrogación.

Todo parece indicar que a esta altura de sus estudios, la mayoría todavía no puede imaginar una práctica profesional concreta, ni puede fijarse claros objetivos personales dentro de esta profesión.

Con respecto al grado de satisfacción con la educación recibida, insiste la preocupación por una formación deficiente. Al preguntar si consideraban que al terminar su carrera deberían ampliar su formación, la gran mayoría cree que sí, será necesario hacerlo, de lo que puede deducirse que no se sienten aptos para un desempeño profesional adecuado. De aquí puede inferirse: o bien que no consideran que la educación recibida tenga la suficiente rigurosidad y complejidad como para alcanzar un buen nivel de profesionalización, o bien que han naturalizado que la especialización se logra en espacios no universitarios, de asociaciones de profesionales, o sea circuitos privados y no públicos, o en post-grados universitarios.

La preocupación por una formación profesional deficiente reaparece en la pregunta por las fantasías más temidas a la hora de ejercer. Surge con fuerza el miedo a no estar capacitado para enfrentar las dificultades del ejercicio real de la profesión. Frente a este punto, insisten en las multiplicaciones dramáticas los déficits y desamparos que genera una enseñanza que pone el eje en la formación teórica, donde los alumnos no tienen espacios de formación práctica.

b. Aspiraciones profesionales

Respecto a la máxima aspiración profesional, encontramos que la mayoría de las respuestas de los alumnos se refieren a la aspiración a ser un «buen profesional». Sin embargo, también aquí insiste la consignación «no sabe/no contesta». El cuadro de situación es altamente preocupante.

A la hora de suponer dónde tendrían mejores posibilidades laborales, el área de mayor preferencia es el área de *marketing* y de recursos humanos. Esto implicaría un cambio bastante significativo respecto a los imaginarios tradicionales del ambiente «psi», que suponen un ejercicio profesional basado principalmente en la práctica psicoanalítica en consultorio privado. Respecto de la práctica en el área clínica, la cual sigue en orden a la antes mencionada, muchos esperan trabajar en hospitales o en el área de la salud comunitaria, mientras que muy pocos consideran que puedan trabajar en consultorio privado.

Aquí surge una paradoja. Si bien los alumnos ven el área laboral y de *marketing* como aquella donde mayores posibilidades de inserción tienen, muy pocos desean insertarse en ella. El área más anhelada es la clínica, pero es visualizada como un área que no ofrece ya posibilidades de inserción laboral.

Es preocupante el número de alumnos que no tiene idea sobre qué tipo de especialización va a hacer y que espera poder definirlo cuando termine la carrera. En este caso creemos que, si bien tienen conciencia de las limitaciones de la formación recibida, no pueden perfilar un proyecto profesional, al parecer debido a causas diversas, algunas relacionadas con el estrecho horizonte laboral y otras con el agotamiento de los paradigmas clásicos de las profesiones liberales, que van dejando un vacío que no es plenamente cubierto por eventuales nuevos paradigmas profesionales; otras están relacionadas con la modalidad académica que la Facultad brinda (teoricista, carente de prácti-

cas profesionales concretas); esto impide la conformación paulatina de un imaginario profesional.

Respecto de las fantasías más temidas como futuros profesionales, hemos detectado dos grandes grupos. Uno se refiere a que la práctica profesional se vea impedida o truncada a causa de la crisis socio-económica que afecta al país de un tiempo a esta parte (más del 50%). La otra fantasía que aparece también con mucha fuerza es el temor a la falta de capacitación recibida durante el transcurso de sus estudios de grado para un buen ejercicio profesional (más del 30%). Esto muestra claramente un importante temor a un futuro ejercicio profesional, ya que más del 80% lo manifiestan así.

V. Cuestiones a pensar

Suponemos que la crisis económica parece estar haciendo desertar de la facultad a los sectores de más bajos recursos, quedando en carrera una mayor proporción de sectores medios, con padres universitarios. Puede inferirse que los alumnos provenientes de sectores socio-económicos más bajos son los que desertan primero y ya lo han hecho antes de las 10 o 12 materias aprobadas.

Tanto en las fantasías más temidas, como en las aspiraciones más comunes entre los alumnos, vemos una fuerte preocupación ante la imposibilidad de imaginar una salida laboral rentable dentro de la profesión.

Respecto a los datos obtenidos sobre los imaginarios estudiantiles con relación al rol profesional, es importante destacar una paradoja que aparece con respecto al área clínica: se la piensa como un área saturada, que puede dar muy pocas oportunidades de inserción laboral; lo que no quita que siga siendo una de las más elegidas por los alumnos. Esto posiblemente se relaciona, por un lado, con las ilusiones que los llevaron a elegir la carrera, y por otro, con la formación que van recibiendo, que al ser predomi-

nantemente psicoanalítica, hace que vean a la clínica como el destino casi exclusivo para su futuro profesional. Esto, a su vez, crea una encerrona: el área más valorada sería inaccesible, por lo que, en caso de conseguir trabajo en la profesión, y de no ser en la clínica, sería una práctica inicialmente devaluada y no ilusionada. Esto podría disminuir las investiduras y por ende la excelencia en sus *performances* iniciales.

Todo parece indicar que a partir de los años '80 se ha ido consolidando una emblemática profesional de los psicólogos («soy psicoanalista»), con un fuerte acento en los aspectos relacionados con el ejercicio de la clínica, que toma como modelo emblemático el ejercicio liberal de la profesión. En este universo de significaciones, la profesión es pensada desde tales coordenadas y, por lo tanto, se la ubica bastante alejada de los campos de la salud pública, del mundo empresarial o del ámbito comunitario.

Los alumnos parecen percibir el agotamiento de un modelo, sin que esto implique que haya una clara preeminencia o hegemonía de uno nuevo. En su lugar surge un mosaico de opciones, no contrapuestas entre sí, que ofrecen mejores oportunidades de salida laboral. Habría una diversidad de teorías y técnicas, que van operando en las formaciones imaginarias que los alumnos construyen sobre su futuro profesional.

El vacío de sentido y de futuro, estarían empezando a tener cada vez más presencia entre los discursos que circulan en los alumnos.

El modo de enseñanza que reciben en la Facultad, donde predomina un enfoque teoricista, donde los espacios de trabajos prácticos quedan reducidos a lectura y comentario de textos, sin las necesarias concurrencias hospitalarias y/o comunitarias que los vinculen con modos concretos de intervenciones profesionales, colabora en la dificultad de construcción de un imaginario profesional.

Se encuentran frente a otra paradoja: una carrera que hoy es claramente profesionalista, no ofrece práctica sino teoría. Al decir de una alumna, «*¿se imaginan dentistas sin práctica, con lectura y comentario de textos?*».

Por otra parte aprenden a valorizar, en su paso por la Facultad, un modo de trabajo: el ejercicio liberal, de la profesión —que para el conjunto de las profesiones se encuentra en proceso de disolución. Lo más valorado les será inalcanzable.

Esto genera una situación particular, donde proyectan salidas laborales y formaciones de post-grado a tal efecto —por ejemplo en el mundo empresarial—, pero sin la potencia que la investidura de lo valorado posibilita.

Las vertiginosas transformaciones de las crisis económica y profesional han ido más rápido que nuestros dispositivos académicos.

Bibliografía

- Castoriadis, C. (1986) *Los dominios del Hombre: las encrucijadas del laberinto*, Barcelona, Gedisa, 1988.
- (1975) *La institución imaginaria de la sociedad*, Vol. I y Vol. II, Barcelona, Ed. Tusquets, 1989.
- Colombo, E. (comp.) (1989) *El imaginario social*, Montevideo, Nordan, 1989.
- Deleuze, G. y Guattari, F. (1988) *Mil Mesetas. Capitalismo y Esquizofrenia*, Valencia, Ed. Pretextos, 1988.
- (1972) *El Antiedipo. Capitalismo y Esquizofrenia*. Barcelona, Ed. Barral, 1973.
- Durkheim, E. (1928) *De la división del trabajo social*, Bs. As., Ed. Lorro, 1986.
- Fernández, A. M. (comp.) (1989) *El campo grupal. Notas para una genealogía*, Bs. As., Ed. Nueva Visión, 1989.
- (comp.) (1992) *Las mujeres en la imaginación colectiva*, Bs. As., Ed. Paidós, 1992.
- Fernández, A. M. y De Brasi, J.C. (comps.) (1993) *Tiempo Histórico y campo grupal. Masas, Grupos e Instituciones*, Bs. As., Ed. Paidós, 1993.

- nes, Bs. As., Ed. Nueva Visión, 1993.
- Foucault, M. (1980) *La microfísica del poder*, Barcelona, Ed. La Piqueta, 1987.
- Kesselman, H.; Pavlovsky, E. y Friedlevsky, L. (1987) *Lo grupal 5*, Bs. As., Ed. Búsqueda, 1987.
- (1989) *Las escenas temidas del coordinador de grupos*, Bs. As., Ed. Búsqueda Ayllú, 1989. A
- Kesselman, H.; Pavlovsky, E. (1989) *La multiplicación dramática*, Bs. As., Ed. Búsqueda, 1989. B
- Laclau, E. (1990) *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo*, Bs. As., Ed. Nueva Visión, 1993.
- Lapassade, G. «La intervención en las instituciones de educación y de formación», en Guattari, F. y otros. (1980) *La intervención institucional*, México, Folia Ediciones. 1981.
- Lipovetsky, G. (1983) *La era del vacío. Ensayos sobre el individualismo contemporáneo*, Ed. Anagrama, Barcelona, 1993.
- López, M. «Complejidades de fin de siglo y formación profesional», capítulo del libro: Fernández, Ana M. y Col. (1999) *Instituciones estalladas*, Bs. As., Eudeba/Secretaría de Cultura, Facultad de Psicología, UBA, 1999.
- Loureau, R. «Balance de la intervención institucional» en Guattari, F. y otros. (1980) *La intervención institucional*, México, Folia Ediciones. 1981.
- Mari, E., (1988) «El poder y el imaginario social», *Revista Ciudad futura* N° 11, Bs. As., Junio, 1988.
- Monnerot, J. (1952) *Les faites ne sont pas des choses*, París, Gallimard, 1952.
- Montenegro, R. (1999) «Acontecimientos de la modernidad radicalizada: efectos en los pliegues institucionales» en Fernández, Ana M. y colaboradores, *Instituciones estalladas*, Bs. As., Eudeba, 1999.
- Spencer, H. (1984) «Sociology», en Atzoni, Amitai (comp.), *Los cambios sociales*, México, FCE, 1986.
- Tenti Fanfani, E.; Gómez Campo, V. (1994) *Universidad y profesiones. Crisis y alternativas*, Miño y Dávila Editores, Bs. As., 1994.
- Timhasheff, N. (1960) *La teoría sociológica. Su naturaleza y desarrollo*, México, FCE, 1961.
- Toer, M. (1998) *Perfil de los Estudiantes de la U.B.A.*, Bs. As., Ed. Eudeba, 1998.
- Zizek, S. (1989) *El sublime objeto de la ideología*, Siglo XXI editores. México, 1992.

Resumen

En este trabajo se presentan reflexiones de la investigación, actualmente en curso, denominada: «Imaginarios Estudiantiles. Un estudio del imaginario social en la Facultad de Psicología. U.B.A.» (TP/016) que realiza un equipo de la Cátedra de Teoría y Técnica de Grupos I, bajo la dirección de Ana María Fernández, y que tiene por objetivo registrar algunos de los imaginarios sociales producidos por los alumnos de la Facultad de Psicología, mediante el análisis de sus producciones en las Jornadas de Producciones Grupales.

Se trabaja sobre la idea de producciones imaginarias en tanto modos subjetivos con eficacia material en las instituciones sociales. El trabajo grupal y psicodramático es apto para la exploración, la identificación y el análisis de las formas discursivas que dan cuenta de significaciones institucionales y sociales. Se presentan algunas de estas significaciones sociales identificadas en los últimos años, que dan cuenta de las transformaciones de diversos universos de sentido de la actualidad.

Summary

Thoughts of an actual investigation (Student imaginary) are presented in this work. This is about a study in social imaginary in the Psychology College, UBA (TP/016) carried on by a Department's team from Theory and technique of groups I (directed by Ana María Fernández).

It's aim was to pick up some social imaginaries present in psychology students by the analysis of their productions at a day work of group' outcome.

Imaginary productions are thought as subjective ways with real efficacy on social institutions. Psychodramatical group work is available for exploration, identification and speeches' analysis. Some social significances identified in the last years, give account of different and actual universe' transformations of sense are presented.

Résumé

Ce travail présente des réflexions surgies d'une recherche qui est en cours actuellement, appelée: «Les imaginaires des étudiants. Une étude sur l'imaginaire social à la Faculté de Psychologie. U.B.A.» (TP / 016) réalisée par une équipe de la Chaire de Théorie et Technique de Groupes I, dirigée par A. M. Fernández et ayant pour objectif de constater certains des imaginaires sociaux produits par les élèves de la Faculté de Psychologie, à travers l'analyse de leurs productions lors des Journées de Productions Groupales.

Les productions imaginaires sont considérées ici comme des modes subjectifs ayant une efficacité matérielle dans les institutions sociales. Le travail de groupe et de psychodrame sert à explorer, à identifier et à analyser les formes de discours qui mettent en évidence des significations institutionnelles et sociales. L'on souligne ici quelques unes des significations sociales identifiées tout au long des dernières années, qui montrent les transformations des divers univers de sens actuellement.

PASANDO REVISTA

*Del fragmento a la situación.
Notas sobre la subjetividad contemporánea*
Grupo Doce
Alejandra Bó de Besozzi; Marcela Brzustowski;
Marta S. Effron; Rosa Gremes; Graciela Onofrio;
Peggy Rubiños Fejerman; Graciela Selener; Graciela Ventrici;
Adriana Zadunaisky; Mirta Zelcer.
Coordinadores: Mariana Cantarelli, Ignacio Lewkowicz
Edición del Grupo Doce. Noviembre de 2001

Presentación de presentaciones

Me han pedido comentar un libro singular. Un libro que se produce en el encuentro de diez psicoanalistas y dos historiadores, con una autoría colectiva. Una autoría que se problematiza en su definición, sin contentarse con que la nominación «nosotros» sea sólo deslinde de lo individual o muerte del autor. Este es un libro que busca sus propias formas de presentación.

Comienza con un prólogo donde diez psicoanalistas dan cuenta de su encuentro de trabajo con dos coordinadores historiadores. Continúa con un texto minuciosamente elaborado por Mariana Cantarelli –historiadora–, acerca de las ideas que se produjeron a lo largo de un seminario devenido encuentro, durante el cual se inventaron diversos procedimientos: registros de reuniones, síntesis de las

ideas producidas, revisión de esas síntesis por los participantes, vía informática, hasta llegar a este texto final. El proceso se comprende mejor en el Epílogo, donde Cantarelli y Lewkowicz transforman el obstáculo de pensar la producción colectiva, ese nosotros con sus diferencias, en la propuesta de dar cuenta del conjunto, no por lugares ni personas, sino en las prácticas que el colectivo inventó y en las que se sostuvo.

Vale la pena señalar que en esas prácticas se armó un entramado de posiciones de enunciación y producción de enunciados, que les habilitó un recorrido subjetivo de transformación. En palabras del Grupo Doce: «nuestro encuentro de los lunes resultó un dispositivo de pensamiento capaz de suspender otras categorías para dar lugar a una construcción colectiva de alta implicación». Implicación que

no sólo encarnó en el construir pensamientos, sino también en las formas de hacer una experiencia intelectual. No basta preguntarnos en qué mundo vivimos, si no partimos de quiénes somos nosotros en ese mundo que buscamos conocer. En ese seminario de Historia de las Subjetividades, al que llegaron por el «interés en la novedad», arribaron, a través de diversos procedimientos, a deslindar obstáculos, definir problemas, abandonar la idea de temas, de autores, de programas de los seminarios habituales. Abordar la novedad exigió al Grupo Doce desdisciplinarse de sus teorías y deslindarse de identidades profesionales, soportando la *impasse* de no usar los viejos pensamientos para pensar lo nuevo. Dicen las diez psicoanalistas haber aprendido a tomar los libros no como saberes constituidos sino como instrumentos de pensamiento. Relatan los estados de perplejidad y desolación que padecieron ante el desierto de ley totalizadora, a partir de la decisión de prescindir de leyes tales al abordar su campo de trabajo. A cambio, los procedimientos fueron potentes para recorrer un camino de subjetivación. Encontraron una forma «de escribir lo que se estaba pensando en el momento mismo de su estarse pensando» en

cuanto «una idea sólo es idea si se integra a una matriz capaz de generar ideas», como se afirma en el Epílogo.

Los textos

Los autores dicen que sus textos o notas han sido producidos en el esfuerzo de pensar «la distancia intraducible entre viejas representaciones nacionales y las nuevas prácticas que definen nuestra contemporaneidad». Los presentan en el movimiento de los procedimientos críticos con que trabajaron, lo que hace apasionante su lectura, pues nos implica de manera sustancial en cuanto generación que comparte este problema. Van encontrando los caminos para comprender cómo «estamos tomados en un desacople entre nuestras certezas y nuestras circunstancias».

Los textos están organizados en dos apartados que se definen como campos problemáticos. Buscan los puntos sintomáticos, nombran los obstáculos que no permiten pensar y operan sobre los mismos, habilitando así sus propias condiciones de producción. No tratan de hacer elucidación, deconstrucción o genealogías, todos procedimientos que producen desde un espacio mental de la subjetividad, sino

de ligar el pensar con el espacio de las prácticas.

Del Estado al Mercado

El primer campo problemático está nominado *Del Estado al Mercado*, en cuanto piensan que «La alteración que nos permite pensar la contemporaneidad es lo que venimos llamando pasaje del Estado-Nación al Mercado».

Postulan que el Estado-Nación, surgido en la modernidad, delimitaba un territorio para una población, marcando una organización social, ejercía un poder soberano y donaba los sentidos centrales a todas sus instituciones. Actualmente ese gran organizador simbólico ha quedado destituido como práctica dominante y se ha convertido en un Estado incapaz de reproducirse, por lo cual nombran la crisis que se instala como un «devenir caótico y no una crisis de pasaje de un paradigma a otro».

La primera operación de pensamiento es, entonces, declarar la muerte del Estado-Nación, a la manera en que Nietzsche declaró la muerte de Dios. Se lanzan así a pensar sin ese fundamento que ofrecía la lógica totalizadora estatal. De esa manera, convierten el mundo y su

universo teórico en *situaciones*. Esta declaración marca un agotamiento y no pretende ser un pensamiento que clasifica objetividades al modo sociológico, sino que pone a trabajar los puntos sintomáticos de la situación. Los autores se posicionan así como testigos y no como espectadores, en la medida en que esa declaración los pone a trabajar en la determinación de sentidos transformadores. La declaración, como posición que *hace ser*, conlleva fidelidad a la misma, con relación a un recorrido subjetivo. En consonancia, afirman: «habitar un recorrido es producir sus parámetros de lectura y evaluación».

Indagando los puntos sintomáticos de la situación contemporánea, dicen que «las prácticas de dominación las realiza el Mercado, produciendo una alteración radical en las formas de organización social». Es decir, que el pasaje a la dominancia del Mercado no es un pasaje de paradigma, sino de formas de ser. Esto implica que la articulación simbólica estatal agotada no ha sido suplantada por otra del mismo registro. La dinámica del Mercado opera en otro registro, el de conexiones locales en un tiempo fluido en el plano de lo real y no de lo simbólico.

Esta situación se proyecta en distintas dimensiones, las que delimitan campos problemáticos singulares, pero que trabajan organizando un complejo entramado. En mi lectura, estos campos se particularizan según tres dimensiones: la dimensión del pensamiento, la de las instituciones y la de las subjetividades.

La dimensión del pensamiento

El horizonte problemático actual es pensar formas de lazo sin Estado y en conexión con las nuevas operatorias de dominación del Mercado. Las teorías producidas en condiciones de lógica estatal no pueden ir más allá, por lo cual las declaran agotadas.

Se hace necesario un trabajo de pensamiento que produzca la dimensión del exceso, del plus, del más allá del *estado de la situación*. En esta posición se instalan nuestros autores en una subjetivación en pensamiento, es decir, en un movimiento de hacer trabajar las irremediables alteraciones de las teorías psicológicas y sociales. Ponen también en cuestión el pensamiento crítico contemporáneo: al marxismo, al psicoanálisis y al análisis institucional, en cuanto sus

propuestas de estrategias paradigmáticas de subjetivación han entrado en crisis. «Dejan de ser, *a priori*, una herramienta garantizada para la indagación del estatuto de las operaciones de subjetivación en las condiciones contemporáneas, y es necesario reconsiderarlas con un criterio situacional». Por cuanto el pensamiento crítico se produce en relación a un sistema de dominación determinado, «los viejos ideales de subjetivación se transforman en obstáculo».

Describir los síntomas de las situaciones contemporáneas con las nociones de individuo-sociedad, de totalidad-ruptura, buscar lo nuevo o la invención, son instituidos del Estado-Nación. Considerando la situación actual de disgregación, estas nociones se vuelven anacrónicas. El Estado como metaorganizador significante y que instituía el ser de sus instituciones, ofrecía el fundamento de un todo que no era menos efectivo porque no fuera visible.

¿Qué diferencia hace hoy develar el atravesamiento institucional y sus encarnaciones en los agrupamientos y las instituciones al declarar agotadas las subjetividades? Piensan que el horizonte del problema no es trabajar con la alienación, en la

ruptura, en la subversión, sino buscar *procesos de subjetivación*, es decir, procesos que puedan parir sentidos para cada situación.

La dimensión institucional

Los espacios institucionales se vacían de sentidos al desaparecer el suelo organizador simbólico Nación, y se presentan nuevas formas sociales de armar lazos y *estar* que no admiten unificación de sentido posible. Afirman que, de esta manera, «sin función ni capacidad *a priori* de adaptarse a la nueva dinámica, las instituciones se transforman en galpones», que es «la forma de nominar el destino de las instituciones disciplinarias estatales en tiempos postnacionales». Son estados de cosas en las que no hay definición de *situación instituida*. En ellas, los funcionamientos de sus agentes son disgregados y segmentados, ciegos a la destitución de la lógica estatal. Son formas de estar en los agrupamientos cada uno con su discurso, sin sentidos compartidos, de subjetividades desvinculadas, amontonadas en un espacio y tiempo que generan cierto campo de acción y cohesión pero no un espacio de significación. Se expresan en ellos las «ansias»

de expresar las opiniones individuales, cada uno en su mundo, a la manera de los espectáculos *massmediáticos*. Es el reino de la opinión, de la inconsistencia, de una subjetividad también mediática, de una mezcla de ex-instituidos estatales y de puros hechos.

La emergencia de una *dinámica social de Mercado* es la que produce estas articulaciones y prácticas radicalmente nuevas. Establece conexiones entre los puntos de su red, sin buscar significaciones, las que funcionan en un tiempo y un medio fluidos. Se multiplican los actos de consumo, las cosas están pero no significan, surge un estado de inconsistencia global, del puro hecho sin organizador. Es el mundo de «la ausencia de sentido». En ese estado de situación, aun nuestras intervenciones en instituciones y agrupamientos corren el riesgo de transformarse en una opinión. Pareciera que la consistencia estatal tenía que ver con una noción de *sólido* que remitía a un tiempo y un espacio regulados, que han caído.

Con el abordaje de las prácticas de exclusión, encaran el análisis de otro punto sintomático. Las sociedades estatales excluían, por ausencia de con-

ciencia, a los locos, a los niños y a los delincuentes. Los encerraban para *humanizarlos* según una definición de *humanidad universal* en la que se apoyaban. Ante las mutaciones actuales, podemos pensar que la «*humanidad*» no es universal, sino contingente. Las prácticas actuales expulsan a los que no pueden estar en la red de consumo, no con intencionalidad, sino como efecto de su propia operatoria. Si el procedimiento estatal que buscaba normalizar producía subjetividad, la expulsión del Mercado no funda, sino que destituye *humanidad*. «Lo único que se pretende del expulsado es que no exista, que haya barreras policiales que impidan su presentación».

La dimensión de las subjetividades

El Estado-Nación instituía subjetividades marcando las conciencias y los cuerpos a través de los dispositivos disciplinarios que normalizaban. Así, los autores toman de Foucault la idea de *instituciones del encierro* y de la *exclusión para normalizar*. El tipo subjetivo instituido era entonces el ciudadano. Hoy, este tipo subjetivo sólo «proyecta sombras y cegueña que devienen obstáculo para

pensar lo social bajo el imperio del Mercado». Los autores analizan entonces minuciosamente el soporte subjetivo del Mercado. Este soporte es la subjetividad mercantil de consumidor, una subjetividad desgarrada, fragmentada, desligada de anudamientos simbólicos, que vacía la máquina de pensar. Una subjetividad que sustituye objetos sin hacer experiencia de apropiación de los mismos, que debe ser flexible y reinventarse otra, de acuerdo a los imperativos del Mercado. Esta destitución permanente, amenaza la existencia de proyectos y de vaciamiento subjetivo: se es *pura imagen*.

Los autores se preguntan cuáles son los sufrimientos del desgarro actual. Conocemos las violencias de las *sociedades disciplinarias*, como la alienación, el encierro, la represión, la imposición normalizadora a las subjetividades. El correlato de las estrategias para la subjetivación eran la destitución, la inversión, la subversión. Hoy no hay Estados de los cuales librarse. La oferta de libertad actual es la del vacío de sentido. Todo es opinable. No es violencia de disciplinamiento sobre los cuerpos, sino desgarro lo que producen las marcas de la velocidad, la sustitución, la in-

mediatez, las operaciones básicas del Mercado.

Los padecimientos y sufrimientos actuales están ligados a una pura indeterminación, no están localizados, están en exceso respecto a lo que es posible ahí saber.

*Del fragmento a la situación.
Nuevas estrategias de subjetivación*

Llegamos al final del recorrido del Grupo Doce. Producieron pensamientos que habilitan realizar operaciones sobre las subjetividades instituidas de Mercado. Nuestro enigma actual, cómo operar en situación de *galpón*, comienza a tomar cierto cuerpo. El pensar ha devenido herramienta de intervención, nuestras impotencias comienzan a dejar paso a la invención de nuevas prácticas. Nos proponen los autores que, como operadores, debemos declarar en nuestros trabajos grupales e institucionales el *galpón*. Declararlo, es partir de que no hay organizadores ni significaciones comunes, sino que lo que se presenta son puros hechos. Admitir transitar un *sufrimiento no localizado* en la medida en que estar adentro de un *galpón* no es implicación, pues ésta consiste

en poder pensar donde no se puede pensar. El trabajo de intervención será producir esa implicación. El trabajo de intervención será configurar «eso» *galpón* en una *situación*, establecer «una demarcación, producir un espacio y un tiempo autónomos en un medio sin marcas socialmente instituidas». Transformar los fragmentos en espacios que se simbolicen forjando sus propias reglas. Producir un espacio y un tiempo en la propia inmanencia, sin remisión a ninguna totalidad previa. A su vez, «la fundación de una situación es también fundación de su habitante». El *habitar* es la subjetivación. *Habitar* es una operación de pensamiento que *hace ser*, y que permite pensar la diferencia entre *situación* y el *estado de la situación*, siendo éste último lo que está ahí, los puros hechos, los fragmentos efecto de la operatoria del Mercado. «*Habitar en condiciones de fluidez es sinónimo de construir (...)* construcción que no es de una vez y para siempre, sino que exige una tarea permanente». Nuestras intervenciones se realizan sobre subjetividades fragmentadas, esa es nuestra materia prima. Por lo tanto, las estrategias actuales, «desvanecida la subjetividad estatal, trabajan el material subjetivo, no en la ruptura sino en la reinven-

ción subjetiva». Trabajar en ruptura, en subvertir, en destituir son estrategias agotadas. Las actuales tenderían a deslindar espacios y tiempos, a sentar las propias reglas, a construir pausas, a desacelerar. «*Desacelerar* no es una operación meramente cuantitativa sino centralmente cualitativa». Los autores enfatizan la distinción entre el neoliberalismo y el pensamiento situacional: si bien son ambos formas de pensamiento sin Estado, el primero trabaja en la relación de adecuación, mientras que el segundo fija sus propios imperativos.

Ya es tiempo de concluir. De concluir el diálogo que entablé con este libro, con un alto grado de implicación. Todos los protagonistas de la autoría me son conocidos, algunos más cercanos que otros, pero todos son compañeros de ruta. Otros, como los coordinadores del seminario-encuentro lo son tam-

bién, en especial Ignacio Lewkowicz, con el que trabajo desde hace ya largo tiempo en un grupo que hemos nominado «Viernes». Agrego: estoy escribiendo esto en el desasosiego que me produce la crisis institucional y política que se ha precipitado en nuestro país en diciembre, y que no sabemos cuándo ni cómo terminará.

¿Lograremos instalar un Estado Técnico-administrativo? Después de estas acotaciones supongo que tendrán más deseo que nunca de hacer la propia experiencia de lectura para no quedarse sólo con mi impronta. Vale la pena. Nos han entregado no sólo un trabajo intelectual, sino también el testimonio de una experiencia. He disfrutado del trabajo, compañeros. Gracias.

Marta Lyda L'Hoste
Enero de 2002

Ensayo y subjetividad
Eudeba, Bs. As., 1998
Marcelo Percia (compilador)
El ensayo como clínica de la subjetividad
Lugar Editorial, Bs. As., 2001
Marcelo Percia (compilador)

**Daniel Calmels, Julieta Calmels, Nicolás Casullo, Ester Cohen,
David Díaz, Fabio García, Alberto Giordano, Horacio González,
Mónica Gragnolini, Eduardo Grüner, Luis Guzmán,
Gregorio Kaminsky, Alejandro Kaufman, Santiago Kovadloff,
Carlos Kuri, Pedro Orgambide, Marcelo Percia, Juan Ritvo,
Nicolás Rosa, Daniel Rubinsztein, Fernando Ulloa**

La Asociación Argentina de Psicología y Psicoterapia de Grupo y la Sociedad Argentina de Psicodrama son dos instituciones que a partir de 1985 se han unido, junto a otras instituciones, en varias y variadas oportunidades para realizar jornadas grupales, la publicación de dos libros y organizar algunos congresos internacionales. Hoy, una vez más estamos juntos para dar lugar a esta mesa «Ensayo y subjetividad», nacida del deseo de echar a volar, entre nosotros, algunas ideas en base a dos libros colectivos: «Ensayo y subjetividad» y «El ensayo como clínica de la subjetividad», compilados por Marcelo Percia.

Contamos con la presencia en la mesa de tres de sus 21 autores: Ester Cohen, Alejandro Kaufman y Marcelo Percia, y con la de todos nosotros para trabajar lo que vaya surgiendo.

Estos libros son el producto visible de un espacio de seminario realizado en el ámbito del Instituto de Investigaciones de la Facultad de Psicología de la UBA, compartido por varios profesionales provenientes de diferentes formaciones y de distintas generaciones, con un interés en común por el ensayo, por una interrogación compleja y por salirse de lugares comunes y establecidos.

En sus páginas nos encontramos con momentos de la historia del pensamiento en los que algunos conceptos caen y advienen elaboraciones conceptuales diferentes. Otras maneras de interrogarse, ver, pensar. El surgimiento de otras miradas.

Dice Marcelo en uno de los prólogos: «Inquietudes que piensan la literatura, la política, la filosofía, la estética, el psi-

coanálisis, la retórica. Intereses desinstalados del dominio de una cátedra o de un proyecto de investigación». ... «Saberes que no se reducen a los modelos habituales»...

La idea de subjetividad atraviesa estos textos tan heterogéneos, sin que se queden ceñidos, apresados, por una necesidad de definir ni de restringir, sino que los autores despliegan sus «pliegues», sus posiciones esclarecedoras respecto a los conceptos, las épocas, lo imprescindible de la crítica, la producción de subjetividad, los campos de subjetivación, la escritura y un sin fin de reflexiones.

Nos dicen de la ética, la estética, el compromiso, los sentimientos, la política, el devenir trágico, la crueldad, los cuerpos...

Algunas referencias a pensadores insisten sin que esto sea limitante, pues en cada autor se abre, se extiende su relación singular con cada una de las lecturas o posiciones mencionadas y aparecen también otras voces.

Múltiple, pero no como idea aplanada, de moda, repetida, sino en acto.

Al leerlos asocié con situaciones de la vida, del amor, de la profesión, de lo cotidiano, de la política y de la creación o su ausencia. En lo difícil que es sostener las tensiones que existen entre teorías, conceptos, ideologías, pensamientos, en uno mismo.

Frases del cotidiano social, político, profesional, dichas como elogio por alguien a un tercero y que significan estrategias de aplacamiento, de disciplinamiento. Y se agiganta en mí la idea de sujetamiento, de los juegos de poder y la importancia de diagnosticar los juegos de verdad y poder, como dice Ester Cohen.

Estos libros desnudan conflictos, los generan, los trabajan desde múltiples miradas singulares.

Estamos muchas veces «abriendo paraguas» ante la crítica con mayúscula y con minúscula, ante el disenso, ante las posiciones fácilmente enfrentadas en vez de escuchadas, sin conciencia de lo que perdemos, de nuestra coautoría con la mediocridad obediente.

Herencias del pensamiento único, del totalitarismo en el que gran parte de nuestra vida ha transcurrido y transcurre...

Sostener una ética, entre el desamparo y la violencia, sostener ideas, compromisos, pensamiento crítico, no es sencillo. Los autores de estos textos lo intentan, tomando el ensayo como posibilidad de subjetivación, como clínica de la subjetividad.

Confieso que hay textos que me resultaron muy complejos y

que debo releer. La complejidad genera un ejercicio de pensamiento cuando es auténtica. Despierta curiosidad, ganas, esfuerzo. Ellos y los otros más cercanos a mi conocimiento, están transformándose conmigo y yo con ellos.

*Toti García
Noviembre de 2001*

«Criterios de evaluación de trabajos psicoanalíticos»
Jornadas Internacionales en A.P.A.
31 de Agosto y 1º de Septiembre de 2001

Ante todo, queremos agradecer a la Secretaría Científica, la Comisión de Formación Permanente y la Comisión de Publicaciones de A.P.A., el habernos convocado a estas Jornadas, en las que participaron los Editores del *Internacional Journal* (Revisa de Psicoanálisis de la A.P.I.), Glen Gabbard y David Tuckett, representantes de distintas asociaciones de F.E.P.A.L. y de otras instituciones psicoanalíticas que producen publicaciones periódicas, como la nuestra.

La realización de esta Jornada obedeció al objetivo de avanzar en la tarea de comprensión sobre el trabajo de evaluación de textos. Este trabajo se propone: brindar a los autores la posibilidad de una «segunda mirada» para una elaboración más profunda de los textos; asegurar a los lectores que el material de lectura respeta y refleja el conocimiento más representativo que en la actualidad se reconoce sobre el tema; proporcionar a la institución y al psicoanálisis las condiciones más adecuadas para el desarrollo del pensamiento científico, así como

para la formación y la transmisión psicoanalíticas.

La Jornada tuvo dos modalidades de trabajo: a) disertaciones –David Tuckett, Gustavo Jarast, Glen Gabbard– y su debate; b) la evaluación y discusión, por parte de todos los participantes, de dos trabajos que habían sido presentados al *International Journal* para su publicación. Esta segunda propuesta generó un clima de genuino interés y de fluido intercambio entre los asistentes, muy interesados por comprender el proceso de selección.

Cómo evalúa trabajos el International Journal

Al recibir un artículo, y tras informarse de cuáles son los temas tratados, los Editores lo remiten –utilizando la técnica del «doble ciego» (autor y evaluador desconocen recíprocamente sus identidades)– a dos especialistas sobre el tema («revisión por pares»), externos al Comité, y pertenecientes a la misma región de donde procede el tra-

jo, elegidos al azar dentro de su lista de lectores-evaluadores.

El Comité solicita del evaluador una actitud pluralista y lo exhorta a no ser perfeccionista, priorizando el interés que pueda ofrecer la publicación del trabajo. También deberá diferenciar si el autor cubre o no el campo de controversias, o si abarca el campo bibliográfico de los principales autores que han contribuido al tema. Luego de la evaluación, siempre se estimula a que los autores corrijan o rehagan sus trabajos. Tanto si no se recomienda su publicación, como si se la recomienda, pero con la revisión de lo señalado.

El autor finalmente recibe una carta del Editor, a la que se adjuntan las síntesis de las evaluaciones. Un trabajo considerado no apto para la publicación, puede tener observaciones del tipo: «*Ud. trata de manejar demasiados tópicos al mismo tiempo, no se vislumbra el argumento eje*»; «*Hay poca argumentación en sus fuertes afirmaciones*»; «*Es potencialmente interesante pero necesita más exploración*»; «*Tómese su tiempo para hacer progresar su pensamiento y mandarnos su versión mejorada*»; etcétera.

Los expositores

El Dr. David Tuckett¹ destaca la necesidad de desarrollar un cultivo más riguroso de la investigación. Señala que la historia de las publicaciones desde el principio de la disciplina está basada en decisiones fundamentadas en el autoritarismo, el prejuicio personal y la política. Tras el quiebre de esfuerzos (principalmente en América del Norte) para mantener la adhesión a un cuerpo único consen-

¹ David Tuckett, Editor saliente –tras doce años de gestión– del *International Journal*, apoya su presentación en dos trabajos: «Evaluar trabajos psicoanalíticos. Hacia el desarrollo de normas editoriales generalizables», publicado anteriormente en el Libro Anual de Psicoanálisis (2000), XIV, 21-37, y «Hacia un ambiente facilitador entre colegas», basado en dos publicaciones suyas, más extensas: «Theoretical pluralism and the construction of psychoanalytic knowledge», en J. Sandler y otros (eds) *Changing ideas in a changing world: The revolution in psychoanalysis. Essays in honour of Arnold M. Cooper*. Londres, 2000. Karnac, pág.235-46; y «À la recherche d'une compréhension du sujet humain: vers une meilleure coopération avec nos pairs», *Rev. Franc. Psychanalyse*, (Supplément) 2001, pág. 93-110.

suado de teoría y técnica, basado en la autoridad de la tradición y la exclusión de puntos de vista diferentes, la teoría y práctica psicoanalítica se volvieron pluralistas y, si bien fue un avance con relación al sistema anterior, también el pluralismo puede consistir en una invitación a la confusión y al caos. En este sentido, sostiene, junto con Wallerstein², la necesidad del desarrollo de un acuerdo común apoyado en la situación clínica y, como Kernberg³, destaca el interés de llegar a un consenso, sin descuidar la metodología en el debate psicoanalítico.

Estima que nuestra disciplina debe crecer sobre las bases seguras de un conocimiento que se enriquezca gradualmente y en ese sentido propone para las revistas de psicoanálisis «la revisión por pares basada en argumentos».

Un primer requisito es que los evaluadores se abstengan de seleccionar escritos basados en

acuerdos o desacuerdos personales. A la distinción clásica entre forma y contenido agrega la clave para evaluar el razonamiento principal que expone el autor.

Los parámetros de evaluación que propone abarcan varias problemáticas de los escritos científicos. Lo que se debe tratar de valorar es lo esencial del razonamiento, lo pertinente de los argumentos y bases que le sirven de apoyo. Los puntos generales a considerar son: claridad, profundidad y originalidad de la tesis, la calidad del razonamiento en su desarrollo, la precisión y lo apropiado de los argumentos y de las descripciones, y la calidad y relevancia de los ejemplos clínicos que se aporten en el contexto de lo que se esté defendiendo. Propicia los trabajos que exemplifiquen, desde el *setting* analítico, el particular argumento que un analista desea plantear, las cuestiones metodológicas y las dificultades. Importan, por sobre todo, las ideas, el punto de partida para la discusión, no la posibilidad de validar.

El estilo no puede regularse, puede variar considerablemente y las reacciones frente a él son bastante subjetivas. Puede ser una dificultad o una facilidad

² Wallerstein, R. S. (1990) «Psychoanalysis: the common ground». *Int. J. Psychoanal.*, 71: 3-19.

³ Kernberg, O. (1998) Review of *The Contemporary Kleinians of London*, Ed R. Schafer. *Int. J. Psychoanal.*, 79: 401-405.

para el evaluador, ya sea para interesarse lo suficiente por leer y terminar el artículo o para aprender de él. El estilo sólo debe llegar a impedir la publicación de algún artículo si se cree que las dificultades que presenta imposibilitarían su comprensión.

Una publicación científica existe como foro en el que las ideas de su campo se registren y transmitan, para que se aprenda y se debata con razones, no con afirmaciones que el lector deba aceptar o rechazar. Se busca que los artículos hagan pensar ideas nuevas, que generen un aprendizaje, que ayuden al desarrollo del conocimiento disponible; por lo tanto, deben decir algo nuevo. Esto no impide la publicación de artículos de revisión o de contribuciones clínicas que se refieran a observaciones conocidas. Tales artículos pueden todavía aclarar cosas, si introducen una perspectiva válida o ayudan a ver cómo se llevó a cabo el trabajo realizado. Es importante que un trabajo arribe a conclusiones originales, tanto sea por lo novedoso del planteo como por la articulación entre hipótesis. Lo que se busca reconocer es la evidencia de que el autor ha pensado y elaborado, por sí mismo, los supuestos, las conexiones y las implicaciones

de sus razonamientos. Un buen artículo no debe contener un trabajo elaborativo obsesivo y rígido de cada aspecto de la idea; lo que debe mostrar es que ha sido objeto de elaboración.

El primer paso para elaborar lo que se está debatiendo es definirlo. Es importante que haya una síntesis de los planteamientos de las diferentes posiciones y citas precisas de las páginas, para que el lector pueda confrontar. Se requiere pensar con cuidado quién va a leer el trabajo y lo que el autor pretende trasmitir en él. El método de hacer alusiones muy generales para discutir impide, al lector no informado, lograr claridad sobre los temas que el autor desea que sean juzgados; y a un lector informado, no le permite un mayor aprendizaje. Tampoco deben realizarse afirmaciones que suenen como artículos de fe a los que hay que adherir.

Los principios del razonamiento pueden aplicarse a la manera en que el autor apoya y define sus ideas. Pueden detectarse tanto las premisas, como las falacias formales o informales del razonamiento esgrimido. Desde el punto de vista lógico, los planteamientos pueden ser más o menos válidos. Los métodos retóricos estudiados desde

la perspectiva de su forma lógica, permiten captar las dificultades en el razonamiento inductivo o deductivo. Los razonamientos por analogía, a pesar de que generalmente son débiles, pueden considerarse convincentes si se usan para sustentar la validez de la analogía. Los argumentos de autoridad, otra forma débil, pueden ser adecuados cuando se trata de defender un caso que fue diagnosticado por una autoridad en ese campo. Cuando se utilice el razonamiento inductivo, es importante la selección de los datos que apoyan las conclusiones, si el tipo de datos presentados es adecuado para lo que se está discutiendo, asumiendo que el significado otorgado a las muestras clínicas o de otra naturaleza es válido por sí mismo. A veces para demostrar una proposición, no sólo se requiere una definición clara y un razonamiento elaborado y bien pensado a su favor, sino también un intento de argumentación en contra de un planteamiento alternativo.

Habrá que realizar, también, una detección de los errores «de hecho» o puntos de vista estrechos, que pueden presentarse como: a) atribuir «razonamientos de paja» a las posturas contrarias: postura que de modo tendencioso o de cualquier otra manera, presenta el punto de

vista opuesto de una manera excesivamente simplista y en términos distorsionados, con lo que la comparación que se hace resulta engañosa (por ejemplo: citas fuera de contexto o sin referencias precisas; citas de muchos autores de tradiciones muy diferentes); b) errores de información, en donde no se corresponde lo informado con el sentido de los textos o autores citados, con la teoría en que se ha apoyado el trabajo o con relación a otras investigaciones expuestas; c) errores por omisión, si se hacen generalizaciones sobre el trabajo de otros autores sin el debido soporte bibliográfico y de textos, de páginas exactas de referencias, citas, etc. Es frecuente encontrar que quienes piensan según una determinada escuela o esquema referencial carecen totalmente de un conocimiento serio de otras escuelas; d) errores «de hecho», que refieren a aspectos del razonamiento del autor basados en fundamentos correctos pero escasos, o incorrectos; e) errores de metodología, como pueden ser los errores de muestreo, de confiabilidad en la medición y validez, de uso de pruebas estadísticas apropiadas, etc.

Es muy importante cuidar de la calidad de los datos clínicos y de los ejemplos, aunque no

todo razonamiento requiere de material clínico para ser defendido o ilustrado; lo primero que hay que tener en cuenta es que sea relevante para los objetivos del artículo. Se requieren tres condiciones adicionales: a) transparencia, es decir que se necesita de un contexto de comprensión para ayudar, a quien lee, a comprender las deducciones principales del analista, que deben hacerse explícitas. Ello requiere de un buen relato de lo que se dijeron analista y paciente, pero también, lo que el analista cree que significa el material del paciente, su reflexión en la construcción de las interpretaciones y la comprensión del efecto provocado, de acuerdo con la reacción del paciente; b) credibilidad, en el sentido de que la actividad descrita sea reconocible, porque contiene los elementos básicos de lo que pensamos que es psicoanálisis o tenga justificación por parte del autor. Como regla general, los datos clínicos deben ser extraídos de sesiones psicoanalíticas con información clara sobre detalles del encuadre, frecuencia de las sesiones de tratamiento y otros acuerdos, algunas interpretaciones del contenido inconciente del mismo material y que se nos dé una información clara sobre los elementos centrales del tratamiento analítico, tales

como el estado concreto de la transferencia y de la contra-transferencia, indicados a través de algunos intercambios entre los dos participantes. Sin embargo, se deberá aceptar si el autor explícitamente decide proceder de manera opuesta. Se exige la privacidad del paciente y garantías de que cualquier otra persona involucrada haya sido adecuadamente protegida; c) plausibilidad, o sea que se puede admitir y aprobar en tanto el autor demuestre que aporta algo concreto y definido para comprender el trabajo clínico descrito, y que se han considerado algunas alternativas más obvias. Algunas veces, tener en cuenta y discutir interpretaciones alternativas aumenta de manera significativa la confiabilidad en cuanto a en qué se apoyan los hallazgos de un artículo, y esto puede verse favorecido en la revisión por pares. La experiencia demuestra que el pensador agradece la tarea de los evaluadores y se siente ayudado en la cuestión central, que es que el trabajo debe ser comprendido.

Por su parte, el Dr. Glen Gabbard⁴, destacó algunas reco-

⁴ El Dr. Gabbard es el actual Editor del *International Journal of Psychoanalysis*.

mendaciones concernientes a la publicación y presentación de material clínico. Se refirió a las obligaciones de confidencialidad del analista, cuando presenta material o publica casos. Esto atañe a la opción de cumplir con dos requisitos: a) consentimiento o b) enmascaramiento (disfraz). La idea que enfatiza la obtención de un consentimiento informado, insiste en la protección del anonimato de paciente, lo que, en ocasiones, puede ser dañino, ya que los datos del paciente son de naturaleza íntima. El enmascaramiento, por otro lado, provoca que el material pierda exactitud, aunque se contrarreste manteniendo los rasgos psicodinámicos y reflejando el proceso analítico.

Un argumento de peso, que ya sostenía Freud, avala la prescripción de no escribir sobre un paciente en tratamiento, ya que parece inevitable que el *self* del analista se introduzca en la diáda con un propósito diferente al del alivio y la comprensión del paciente. Además, pacientes que ya terminaron el tratamiento resultarían menos identificables.

La era de Internet hace que los materiales estén a disposición de un público más amplio. Se trata de evitar la sensación de violación que pudiera tener un pa-

ciente al descubrirse en un escrito del analista (Stoller ha descripto casos de pacientes que se encontraron en un material). A veces el analista solicita el consentimiento del paciente, debido a la culpa por el provecho que trae el reconocimiento. Lo que es obvio es que, si se pide el consentimiento, éste debe ser analizado tanto como sea posible.

Solucionar el conflicto entre la demanda de privacidad y la apuesta al avance científico representa un riesgo potencial. Si bien el material textual que el autor presenta debe ser suficiente para que se pueda juzgar el proceso deductivo seguido por el analista, las cuestiones del ámbito ético sobre la privacidad deben ser priorizadas sobre las necesidades del analista. Como Editor del *International Journal*, aclara que el Comité solicita a los autores el reaseguro de que se toman los recaudos necesarios para la salvaguarda del secreto profesional.

En su presentación, Gustavo Jarast (A.P.A.) plantea algunas preocupaciones: a) la dificultad en arribar a una verdadera contrastación conceptual en el debate de los argumentos; b) que la evaluación por pares devenga un detimento en la creatividad de los autores.

La experiencia de evaluación externa de los trabajos enviados para la publicación resulta un intercambio con pensamientos diversos y afines, a la vez que se hace visible el núcleo de la propuesta; el autor toma conciencia de que tiene destinatarios concretos. El proceso va formando y enriqueciendo a todos.

El evaluador no es un comentador. Su función es ayudar a precisar las ideas centrales de un autor y darle elementos para que éstas sean expresadas con la mayor transparencia posible, ayudar a que no se detenga el proceso de indagación. Identificar conceptos, clarificarlos, argumentar, es imprescindible para un debate auténtico. La creatividad puede verse menoscabada por el proceso evaluativo, a menos que se ayude a revisar los supuestos argumentales del autor para contribuir a que pueda reconocer y precisar sus ideas originales.

Jarast se manifiesta a favor de la contrastación de posiciones científicas, en trabajos en profundidad en los que se realicen esfuerzos por el debate interno entre argumentos, para poder avanzar sobre el mero pluralismo o sobre el consenso aparente. Buscar la contrastación,

las diferencias, inquirir por la perspectiva, da mayor libertad para ubicar el pensamiento propio en comparación con otros puntos de vista posibles.

En las instituciones psicoanalíticas hay tendencias hacia el desconocimiento o hacia el descubrimiento. Es por allí por donde pasan los ejes actuales del psicoanálisis. La búsqueda de interlocución, la exigencia de explicitación, de desarrollo, de argumentaciones, es un buen camino para evitar el retorno al pensamiento único, la sugestión, el personalismo y la regresión del pensamiento.

Es preciso recrear una cultura de referato, con árbitros que abrevan en diferentes ámbitos culturales, pero con una afinidad suficiente con el tema del texto a evaluar. Aquí, la decisión del Comité Editor es central en la elección de los *criterios de selección* de los evaluadores.

En suma, apuesta a que, del intercambio intenso entre los diferentes lectores y autores, surgirá una respuesta más lúcida, más sólida, más satisfactoria para el psicoanálisis y los psicoanalistas.

Nuestras conclusiones

Apreciamos las ideas que fueron expuestas en estas Jornadas, en la medida en que enriquecen y amplían la posición que hemos sostenido durante estos años de gestión, acerca de los criterios que un Comité Científico debe emplear en la selección de trabajos. Por otra parte, la propuesta, que apuntó a promover la divulgación de dicho trabajo –excelentemente sistematizado por los editores del *International Journal*–, y la participación de potenciales autores en un «como si» de Comité Evaluador, contribuye evidentemente a disminuir el abismo que a veces parece crearse imaginariamente entre evaluadores y evaluados.

Creemos que en la tarea de evaluación y selección es efectivamente inevitable un cierto nivel de arbitrariedad. Nos referimos aquí a una cierta «traición», esa misma que habitualmente se liga a la traducción. Y es que un Comité Evaluador, como un traductor, lee en nombre de otro y para otro. Lee en nombre de la publicación-institución de la que es delegado, y lee para el lector. Esta posición de intermediario no es sin embargo neutral en el sentido de implicar la desubjetivación:

quién querría ser evaluado por una máquina, sin emoción, sin afectación, sin pertenencias, sin historia...

Pero claro, como no podría ser de otro modo, en el doblez de la subjetividad del evaluador se sospecha, justificadamente, esa traición. Hay subjetividad, por supuesto. Por lo tanto, hay traición. La diferencia que vale la pena hacer no consiste, entonces, en si hay o no un punto de arbitrariedad, sino en si esa arbitrariedad es la legítimamente aceptable, o si se desliza más de la cuenta y se vuelve ilegítimamente tendenciosa. Es en este sentido que adquiere su pleno valor un encuentro como éste.

Otro de los puntos que nos interesa destacar, es cómo este encuentro nos ha permitido volver a pensar algunas particularidades de nuestra institución, muy específicamente en cuanto a su producción escrita, con relación a las vicisitudes que afectan a otras instituciones psicoanalíticas y sus propias producciones.

La AAPPG, fundada fuera de la API, no ha tenido que lidiar con el mismo tipo de obstáculos que ésta y sus instituciones-miembros. Podríamos decir que sus cimientos tuvieron quizá más que ver con un deseo de

juego y creación, no ajeno a la transgresión, tomada en su mejor sentido.

Tales condiciones no podrían favorecer un despliegue idéntico de dificultades. No podrían favorecer, por ejemplo, que su propia publicación se basara en decisiones autoritarias y cargadas de prejuicio personal, como las que describe el Dr. Tuckett para la historia del *International Journal*.

Es así que nuestros riesgos podrían ser más bien otros, más ligados a una cierta «economía de la creación»: una polarización en el afán de originalidad podría sustentar una tendencia al uso de términos sin ajuste a su sentido consensuado; o una opuesta, a inventar innecesariamente términos para sentidos hace mucho nominados. Podría-

mos pretender no tener que fundamentar suficientemente una propuesta novedosa, si con ello temiéramos no resultar lo bastante «originales» o idealmente «libres» y «creativos».

En fin, el hecho de que no podamos identificarnos con algunas de las encrucijadas en que los expositores hicieron particularmente hincapié, no nos deja fuera del riesgo de nuestros propios excesos.

En este encuentro, nos encontramos con otros y, por eso mismo, con nosotros-otros. Y esto, que nos permite ver y vernos, pensar y pensarnos, es muy especialmente algo que tenemos para agradecer.

*Comité Científico de la
Dirección de Publicaciones*

INFORMACIONES

